



Un **amor** de
otra galaxia

Patricia Robledo

En
EDICIONES HADES

*Un amor de
otra galaxia*

Patricia Robledo

EDICIONES HADES

“Novela”

© Patricia Robledo Sánchez
© Ediciones Hades
12163 Culla (Castelló)
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-120495-3-4
Depósito Legal – CS 897-2019

Imágenes Portada – pics4sale / Memory Stockphoto
Diseño Portada – Javier Blázquez Murillo

*Un amor de
otra galaxia*

*“Tu cuerpo se ausentó,
tu alma se quedó.”*

En memoria de mi abuela
Regina Barrio Barrio,
1917-2019.
Descanse en paz.

Prólogo

Cinco de noviembre de 2020, una fecha marcada en la historia de la humanidad, como el principio del fin. Un acontecimiento que causó grandes consecuencias en el mundo, a nivel social, político y por último científico...

Una gran tormenta solar llegó hasta nuestra luna desintegrándola por completo. Resultaba muy extraño y perturbador no ver la luna por la noche. Las flores brotaban a destiempo, floreciendo en algunos casos durante las horas de más calor del día, luchando en contra de su propia biología. Los animales tampoco sufrieron mejor suerte que las plantas y también andaban perturbados. Los lobos no aullaban, los búhos no ululaban, incluso los seres humanos más sensibles al influjo de la luna, quedaron trastornados tras la desaparición del satélite de la tierra. Cambiaron las corrientes marinas, y provocaron grandes cambios en las zonas costeras, tanto a nivel biológico como social. Ciudades costeras de todo el mundo que vivían gracias al turismo se vieron afectadas, quedando demasiado alejadas de las playas para que fueran atractivas para los turistas.

Mientras la gente corriente sufríamos estos primeros cambios, importantes científicos investigaban el efecto negativo en la rotación de la tierra, sobre sí misma o sobre el sol. Los datos fueron concluyentes, con el paso del tiempo el eje de la tierra se iba a ver afectado, se preveía que cambiara también la órbita del planeta sobre el sol. Con el paso de los años y tras muchas investigaciones, se disponían de suficientes datos para que con la ayuda de físicos teóricos, resolvieran la nueva órbita terrestre.

Según esta teoría, nuestra nueva órbita sería una elipse alrededor del sol, pasando varios meses alejados de la estrella que nos da la vida y provocando cambios drásticos en la temperatura, convirtiéndonos en un planeta helado. Por supuesto existía la otra cara de la moneda, pasaríamos tan cerca del sol que llegaría a destruirnos, esto sucedería poco a poco y con el paso de los años. Concluyeron que el planeta sería destruido quince años después de la desintegración de la luna, por lo que pusieron en marcha el proyecto más grande jamás creado con la participación de todos los países del mundo, a nivel gubernamental. Tenían siete años por delante para encontrar la salvación para la humanidad, por supuesto nosotros, la gente de a pie, no tuvimos constancia de nada hasta apenas 24 horas para el final.

Capítulo 1

Aquel verano estaba resultando ser el más caluroso de todos los tiempos. Así lo hacían ver los datos que tenía frente a mí. Sentada en una mesa al fondo del bar-cafetería El Rincón de Monti disfrutaba de una de mis debilidades, el café, mientras terminaba de leer el guión del noticiario de mediodía. En esta ocasión mi café era con hielo. Los datos que leía en el parte meteorológico mostraban a través de los gráficos, el aumento de la temperatura de todo el planeta.

El bar lo regentaba un matrimonio joven. Era mi lugar favorito, todos los días tomaba allí un café antes de entrar en el plató de televisión. Se trataba de una pareja estupenda, abierta y amable, que se convirtieron en unos verdaderos amigos para mí. “Como había cambiado todo” pensé, cuando era una niña pequeña, el mes de noviembre siempre había resultado frío y desapacible siendo la estación de otoño, “¿Ahora?”, el mes de noviembre era claramente el verano. Pasar al sol más de cinco minutos sin protegerse de alguna manera, provocaba quemaduras de primer grado, y siempre era mejor ir bien abastecido de agua, pues las temperaturas eran tan altas, que la deshidratación era notable.

—Montse, Tino, me voy a trabajar. Nos vemos mañana.

—Que tengas un buen día Jane —contestaron ambos al unísono, ella desde la cocina, el detrás de la barra.

—Igualmente chicos —me despedí de ellos y salí a la calle.

Me protegí la cabeza del sol con la Tablet y corrí hacia mi coche para dirigirme al trabajo que estaba muy cerca de la cafetería. Aparqué y entré en el estudio de grabación, allí el ambiente era fresco, aunque todo el mundo corría de aquí para allá estresados con sus quehaceres.

Llamaron a la puerta del camerino, la voz del regidor me informó que salía en cinco minutos. Me levanté de la silla, estiré mi traje de falda y chaqueta y me dirigí al plato. El noticiario de mediodía me pertenecía desde hacía seis meses, me gustaba mucho mi trabajo.

Me senté en la silla y tuve que parpadear repetidamente cuando me puse frente a los focos, ya encendidos. Detrás de estos, entre las sombras, la actividad siempre era frenética, esto se debía sobre todo porque al realizador, como siempre, le entraba un ataque de pánico mientras se sentaba frente a los monitores de su cabina, lo cual quería decir al mismo tiempo, que solo

quedaba un minuto para entrar en directo. La maquilladora que se había llevado la mano a la oreja, recibía instrucciones desde arriba, inmediatamente se puso en marcha y me dio unos cuantos retoques con sus polvos compactos sobre mi frente y nariz. Uno de los ayudantes de cámara, comenzó la cuenta atrás.

—Y entramos en cinco, cuatro, tres...

Terminó la cuenta atrás con sus manos, marcando de forma enérgica, dos, uno... me dio paso.

—Buenas tardes a todos, soy Jane Johnston, bienvenidos a esta nueva edición del telediario —el realizador dio paso al video con los principales titulares... la luz roja de mi cámara se apagó y se encendió otra de mi izquierda.

—Hace trece años en un día como hoy, se produjo la destrucción de la luna, y como todos los años en nuestro país al igual que otros muchos, se celebran reuniones religiosas y otras que no lo son tanto... vean —dije a la cámara con la luz roja encendida.

El realizador metió el video con el reportaje, y así una noticia tras otra se fueron sucediendo todas, hasta el final del noticiario, donde le daba paso a la chica del tiempo...

—Dinos Beatrice. ¿Qué tiempo nos espera para esta semana que entra? —mi cámara de nuevo se apagó.

Cuando nadie me prestaba atención, reclinaba mi espalda sobre la silla y estiraba disimuladamente mis piernas bajo la mesa, aquello me daba la energía suficiente para acabar el programa. Cuando doblaba de nuevo mis piernas para volver a sentarme derecha una voz gritó en mi oído.

—¡Jane, tienes que interrumpir a Beatrice, es muy, muy importante! — me he golpeado las rodillas con la mesa por el susto. “Esto dejara marca” pensé.

—¡Joder... Ben, esto duele! ¿Podrías alguna vez tener un poco más de cuidado? Es mi oído donde estas chillando...

—Lo siento, pero esto es muy importante. Su auricular no funciona, está todo el mundo avisado y solo esperan que interrumpas su guión, y las cámaras volverán a ti.

—¿Qué ha pasado?

—¡Mierda, tú solo haz lo que te he dicho! Yo te iré diciendo los detalles.

—¡Beatrice, discúlpame un momento, pero debo interrumpirte...!

Se encendieron los focos y la luz roja bajo la cámara de mi izquierda, justo donde estaba apoyada para dirigirme a Beatrice, que me miraba desde su pared verde con estupor. Me incorporé y me coloqué mejor sobre la silla, la cámara cambió a una que tenía frente a mí, mientras el realizador me iba diciendo al oído lo que tenía que decir.

—... tenemos una noticia urgente que comunicar a nuestros telespectadores y que no puede esperar a la edición de la noche, tenemos pocos datos en estos momentos, pero tendremos ediciones especiales para mantenerles informados... dos centrales nucleares de Japón han estallado en las últimas horas. Se trata de la central nuclear Tomari, la segunda que ha explotado hace solo unos minutos, es la central nuclear de Sendai, estas están situadas en extremos opuestos de la isla japonesa, otras diez que están situadas en ese país están en alerta máxima, disparadas todas las alarmas debido a las altas temperaturas. Eso es todo lo que sabemos hasta el momento, les mantendremos informados... Que tengan una feliz tarde.

Mientras recogía mis papeles, las luces empezaron a apagarse, pero sabía que las cámaras seguían funcionando. Cuando me levanté de la silla, salí casi corriendo en dirección a la cabina del regidor... Para cuando llegué allí, los monitores estaban todos fundidos en negro. La única iluminación de la sala provenía de unos fluorescentes de una luz blanca azulada que se encontraban empotrados entre el suelo y la pared, como todo era tan negro, el lugar parecía siniestro y claustrofóbico, no me gustaba nada visitar aquella sala.

—¿Sabes algo más? —pregunté nada más entrar.

—Nada en absoluto —negó el regidor.

—¿Me necesitas por aquí?

—No aquí exactamente, pero quiero que estés disponible toda la tarde de hoy, quiero una edición especial esta tarde, cuando tengamos más información.

—Estaré en casa toda la tarde, avísame cuando quieras y me paso por aquí —me despedí mientras cruzaba la puerta.

Ya en mi camerino, me desnudé y guardé el traje que habían escogido para mí sobre el perchero. Me cepillé el pelo con fuerza, eliminando cualquier rastro de la laca que me habían puesto para mantener el peinado. Me quité el maquillaje pero delineé suavemente mis ojos, puse un poco de brillo en los labios y me vestí con mi ropa.

Aquel día llevaba puestos mis vaqueros favoritos, desgastados y rotos en varios lugares, fue necesario romperlos. Un día del primer “verano de los

infiernos”, así los bauticé, llevaba puestos esos mismos vaqueros, solo que nuevos. Se me apretaron tanto al cuerpo al salir a la calle, que me asfixiaron de tal forma que sufrí una lipotimia, una pequeña pérdida de consciencia. No podía deshacerme de ellos y los modifiqué, rasgando aquí y allí de manera estratégica, de modo que ahora resultaban frescos y cómodos. Una blusa de tirantes, unas sandalias planas, y un gran sombrero para cubrirme la cabeza. Por último, la chaqueta térmica que era de color negro, muy intenso. Estas chaquetas recogían el calor transformándolo en frío debido a las fibras que lo componían.

Salir del estudio de televisión resultaba ser un acto insoportable, el trayecto entre un edificio climatizado y tu propia casa climatizada podía convertirse en peligroso. Vivía en un piso céntrico de la ciudad, un edificio moderno de apartamentos. Al entrar en el garaje de mi edificio, mi vehículo inmediatamente cambió del color blanco, que lo cubría por completo, por el negro debido al cambio de temperatura. Según la guía del vehículo, esto era el modo defensa, una cualidad que poseía el coche de protegernos, en este caso de las altas temperaturas y rayos solares. Aparqué el coche en mi plaza y me encaminé hacia el ascensor.

El ático era mío, un espacio completamente diáfano, con un gran ventanal que daba a unas magníficas vistas al río. La cocina, el salón y el dormitorio estaban juntos, una gran unidad dentro del apartamento. Me gustaban los espacios abiertos y luminosos. Una luz roja parpadeaba en el teléfono, que había dejado esa misma mañana sobre la barra de desayuno. “¡Tienes un mensaje!” pensé alegremente. Era mi madre, quería hablar conmigo, pues había visto las noticias. Dejé mis cosas en la cocina y me llevé el teléfono conmigo, marqué el teléfono de mis padres mientras me dirigía hacia el baño, quería una ducha fría para refrescar mi sobrecalentada piel. Mi madre cogió el teléfono al segundo tono.

—¡Hola mamá! ¿Qué pasa?

—Que pregunta más tonta. ¿Sabes algo nuevo?

—Noo —contesté acentuando la negativa—. Pero me llamaran y daremos una edición especial en caso de que haya noticias nuevas.

—¡Ahí, hija! Qué pena toda esa pobre gente.

—¿Hablamos más tarde, no te importa mamá, verdad? Acabo de llegar a casa y quiero darme una ducha. Si tengo noticias te llamo.

—Sí, perdona. Refréscate y ya me llamarás, o mejor no. La falta de noticias, son buenas noticias, ¿no?

—Eso dicen, te quiero mamá.

Me desvestí rápidamente, entré en el interior de la ducha y abrí el grifo del agua fría. El agua se calentaba rápido al contacto con mi piel, y eso que el sistema de depuración de aguas que había instalado en el piso, era uno de los mejores, sin embargo, este hecho no le importaba a la temperatura, que con el paso de los minutos y el roce de mi piel caliente con el agua, terminaba calentándola. “Debo llamar al plató cuando termine con esto” pensé mientras el agua fría corría sobre mí.

Mi jefe no tenía más noticias importantes que dar como para interrumpir la programación del canal televisivo y se despidió rápidamente hasta el día siguiente, momento en el cual comenzaría una nueva edición de noticias.

Capítulo 2

La semana trascurrió sin más incidentes, y por fin había llegado el fin de semana. Dos días libres que había solicitado, pues todos los años sobre estas fechas, mis padres se marchaban a la casa del lago. Allí solían dar importantes fiestas, en realidad eran aburridas reuniones de gente importante y con dinero, que usaban esas fiestas para hacer negocios y mantener contentas a sus esposas.

Cuando llegué a casa, todo estaba a oscuras, “es muy tarde” pensé, y estaba en lo cierto, el reloj marcaba más de las once de la noche y mis padres no solían acostarse tarde, “seguro que están dormidos”. Busqué en el interior de la campana de latón que había junto a la puerta y allí estaba, pegada al metal mediante un adhesivo, la llave de repuesto. Entré al interior de la casa, me quité los zapatos para no hacer ruido y subí hasta mi dormitorio. Sin quitarme siquiera la ropa, me metí entre las sábanas y me quedé por completo dormida.

Un delicioso olor a café recién hecho me despertó, y cómo si de un fuerte influjo mágico se tratara, me dejé llevar por mi olfato hasta la cocina. Allí estaba mi madre, en pijama dando vueltas por la cocina con su taza de café en la mano mientras mastica la tostada que llevaba en la otra, “parece nerviosa” me dije a mí misma. A mi padre no se le veía por ningún sitio.

—¡Hola, mamá! —me acerqué hasta ella y la abracé fuerte—. ¿Dónde está papá?

—Hablando por teléfono, lleva casi media hora pegado al auricular, y cada vez que me acerco al estudio, me despacha con un gesto de la mano para que lo deje a solas.

—Por eso pareces nerviosa —afirmé.

El olor a café y tortitas recién hechas me inundaban las fosas nasales, me senté a la mesa y me serví una tortita con un chorrito de chocolate y una gran taza de café humeante. Diez minutos después mi padre entraba en la cocina, traía el gesto desencajado, el rostro completamente blanco, las cejas levantadas y la boca abierta, asustándonos a las dos.

—Cielo, ¿qué ocurre, estás bien? —preguntó mi madre.

—No os vais a creer lo que me acaban de contar. Tengo dos noticias que daros, una buena y otra mala, ¿cuál queréis primero?

—La mala —dijo mamá.

—La buena —pedí yo.

—La mala entonces. Dentro de veinticuatro horas todo esto habrá desaparecido —hizo un gesto con la mano abarcando todo a su alrededor.

—¿La casa? —pregunté bromeando.

—No hija, me refiero al mundo —contestó secamente, como si creyera de verdad que hablaba en serio.

—Antes de explicarme lo que significa eso... dame la buena noticia —exigió mi madre.

—La buena noticia es que existe un plan de evacuación y estamos dentro...

—De acuerdo, aclarado eso, cuéntanos qué pasa.

—La tierra desaparecerá como lo hizo la luna, no exactamente de la misma forma pero lo hará. Tienen un plan de evacuación a nivel mundial, han calculado que tenemos veinticuatro horas para embarcar y salir a tiempo del planeta.

—¿Y nos enteramos ahora, cómo han podido mantenerlo en secreto? —pregunté yo.

—No lo sé, pero lo han hecho. Supongo que por el bienestar social decidieron no anunciar una muerte segura para toda la población mundial, y que en consecuencia la sociedad se viniera abajo.

—¿Por qué nosotros, papá? —pregunté a mi padre directamente.

Para ser realistas, las plazas en esa evacuación eran caras, muy caras. Toda la ciudad nos conocía, mi padre y yo aparecíamos en televisión todos los días, pero no creía que ese fuera un motivo suficiente como para incluirnos en un plan de evacuación. Por otro lado, la única referencia que tenía eran las antiguas películas de ciencia ficción. En aquellas historias se veía claramente quien se salvaría y quien no... pero aquello era ficción.

Mis padres en sus inicios, compartían un programa televisivo matinal, al principio no se soportaban el uno al otro y se podía palpar la tensión existente entre ellos en los primeros episodios. Tenían grabaciones con todas y cada una de sus apariciones guardadas en el sistema de imagen y sonido que incorporaba la casa de mi infancia, un aparato algo complicado pero muy útil. Al pasar tanto tiempo uno al lado del otro, se conocieron y se enamoraron. Desde entonces no se habían vuelto a separar. Cuando Tony, mi madre, se enteró que estaba embarazada, decidió dejar su carrera en la pantalla para centrarse en su maternidad.

Había visto alguno de los videos en los cuales aparecía ella y tenía un gran talento para comunicar y entretener, “¿por qué decidió abandonar?” eso es algo que nunca llegaría a entender.

Yo empecé colaborando en el programa de mi padre, pero terminaron concediéndome mi propio espacio, siendo la única presentadora en el noticiario de mediodía. En el plató todos me llamaban J.J., era mi seudónimo, se trata de la primera inicial de mi nombre y apellido, “Jane Johnston” tengo veintiséis años, soy soltera, aventurera e intrépida, este puede que sea uno de los motivos por el cual estoy soltera, me gusta correr por las mañanas, un poco de gimnasio por las tardes y las duchas largas y calientes.

—¿Qué debemos hacer? ¿Te han dicho dónde tenemos que ir? —no comprendía por qué mi padre mantenía la tensión que sentíamos, dando la información que tenía, gota a gota.

—De momento mete en una maleta lo que creas que puedes necesitar.

—¿En una sola maleta? —eso era algo imposible.

—Así es, una sola maleta por persona.

Una sola maleta no era suficiente, tenía varias cosas que debían guardarse. Había unos cuantos libros que eran únicos. Allí mismo, en la casa de mis padres había importantes obras. Tuve una pequeña discusión con mi padre, sobre lo que podía ser importante preservar y lo que no.

—Vamos a comenzar una vida nueva, te gustaría conservar ciertas cosas para salvarlas, lo entiendo. Yo prefiero que en este nuevo camino, no me recuerden lo que he perdido.

—No me eches una reprimenda papá, que ya soy mayorcita. Y sigo creyendo que nosotros deberíamos llevarnos algo, el presidente de nuestro país seguro que decide llevarse documentos importantes.

—No tendría porqué, ten en cuenta que todo lo que hemos conocido hasta ahora dejará de existir. No sabemos hacia dónde vamos, ni tampoco si llegaremos a algún sitio.

Con la postura bien clara de cada uno, nos metimos en un debate absurdo, absurdo pues tanto una postura como la otra eran igual de insignificantes, no significaba nada aquella discusión, sería una maleta por persona y nada más. Mi madre se nos unió un poco después, poniéndose de mi lado.

Teníamos tan solo unas pocas horas para prepararlo todo, suerte que allí, en la casa de mis padres, disponía de todo o casi todo lo que podía necesitar, debíamos coger un autobús que nos esperaba en el centro de la

ciudad. Fuimos caminando cargados con nuestras maletas hasta la gran plaza donde se encontraban cinco autobuses. Nos acercamos al primer autobús, el más cercano de todos, para preguntar a un hombre uniformado de militar, que estaba parado junto a la puerta.

—Buenas tardes, ¿los autobuses están asignados o me puedo subir en el primero que vea? —preguntó mi padre

—Están asignados, ¿me dice su nombre, por favor?

—Somos Alfred, mi esposa Anthony y mi hija Jane. Somos los Johnston —el militar miraba el listado.

—Su autobús es el tercero.

—Muchas gracias —contestó mi padre.

Nos dirigimos allí, el autobús no estaba ni mucho menos lleno cuando nos subimos a él, sin embargo, mis padres ya tenían alguien con quien hablar. Yo me senté en el primer asiento que vi libre, alejado del resto para escuchar mis pensamientos.

¿Dónde podríamos acabar nuestro viaje? Sabíamos que en nuestra galaxia no existía otro planeta que permitiera la vida, aunque... si habían mantenido todo esto en secreto, ¿qué más podrían habernos ocultado? Las teorías podían ser infinitas.

Cuando el autobús arrancó, volví de nuevo al presente, en ese momento mi padre caminaba por el pasillo del autobús en mi dirección para hacerme un poco de compañía. “¿Qué hombre más considerado!” Pensé.

—¿Qué tal vas, pequeña? Te veo muy callada y pensativa —preguntó tras sentarse a mi lado.

—Precisamente estaba pensando en lo que se nos viene encima a partir de ahora.

—No te preocupes por eso ahora. Tengo una buena noticia, ¿te acuerdas del senador Ritter?

—Sí que le recuerdo.

—Estamos designados en la misma nave que la suya, quiero decir que viajamos juntos.

—Eso está bien, supongo que de alguna forma... puedes sentirte como un auténtico político si pasas algo de tiempo con él. Eso te habría gustado antes de que pasara todo esto, encontrarte en el centro de la tormenta —apunté lo más serio que pude sin conseguirlo realmente, sin embargo, mi padre no prestaba atención.

—Bueno, no voy a negar que estás en lo cierto, pero no van por ahí lo

tiros.

—Entonces, no comprendo lo que me intentas decir...

—Su hijo Jack, pertenece a la confederación mundial del espacio, es astronauta y será nuestro piloto.

Hacía mucho tiempo que no me permitía pensar en Jack, y aquello me cogió por sorpresa, debía controlar mi voz antes de responder y que mi padre no se diera cuenta de mi nerviosismo.

—¿Y...?

—Es un hombre joven, que además estará en la misma nave que nosotros, perdona hija pero como padre que soy, me alegro de que al menos tengas una persona con quien compartir algo —me explicaba como si fuera tonta.

—¿No me lo presentaste ya? Creo que fue precisamente en una fiesta que el senador dio en su casa. Recuerdo que te pusiste pesadísimo.

—Es verdad, tienes razón. Debió impresionarte si recuerdas que le conoces.

—Era muy atractivo e inteligente, pero también creído, pedante y un poco *snob*.

—Todo eso ha podido cambiar, ¿no crees?

Por un momento llegué a imaginármelo, realmente era muy atractivo, moreno con los ojos verdes, mandíbula cuadrada y marcada, labios sensuales y nariz recta; un metro noventa de estatura, musculoso e inteligente. Podría tratarse del hombre ideal de cualquier mujer, pero para mi gusto la personalidad de Jack, dejaba mucho que desear. Le conocía bien y los sentimientos de Jack no eran buenos para mí.

Aquella conversación con mi padre, me recordó la última vez que estuvimos juntos. Nuestros padres, ni los suyos ni los míos, llegaron a enterarse nunca de nuestra pequeña historia, no una de romanticismo y amor, sino de sexo ardiente.

Aquella noche salíamos a cenar a un restaurante nuevo, uno que estaba en su momento álgido, tras una buena crítica.

—¿Te apetece tomar una copa, Jane? —pregunta Jack, me encanta el sonido de mi nombre en sus labios, es como una caricia sobre mi piel.

—¿Dónde tienes pensado que tomemos esa copa? —preguntó con voz juguetona.

—Podríamos tomarla en mi casa, ¿te parece bien? —dice mientras

enarca su ceja izquierda.

—Me parece bien, necesito que hablemos —conozco a la perfección, sus gestos y sé lo que significa esa ceja levantada “Sexo”.

Esto último a Jack le pilla por sorpresa, lo sé por cómo se enarcan ahora ambas cejas sobre sus penetrantes ojos verdes. Es un hombre muy inteligente, supongo que ya debe saber que algo me ronda la cabeza. Voy preparando mi discurso mientras vamos en el coche hasta su apartamento. “Lo siento mucho Jack, pero esto no avanza entre nosotros, debemos dejar de vernos”.

Me he enamorado de Jack, pero para él solo soy alguien más, por supuesto nunca lo ha expresado con esas palabras, pero sus acciones y modo de tratarme en público, habla por sí solo. He aguantado durante algún tiempo debido al sexo, que es realmente bueno pero no lo suficiente para mí pasado ente tiempo. Por eso esta noche quiero aclarar que será la última vez que estemos juntos, sería nuestro final.

Llegamos al edificio de apartamentos donde vive Jack, esperamos en el vestíbulo a que se abra el ascensor. No veo al portero que siempre suele estar de noche y que cada vez que vengo me saluda amablemente, “habrá tenido que subir al piso de algún inquilino”, me entretengo pensando mientras por fin, suena el timbre del ascensor y se abren sus puertas. Entramos y Jack pulsa el botón de su piso con uno de sus largos dedos. Mis ojos traicioneros se entretienen en lo musculoso que es su antebrazo mientras lo deja caer junto a su cadera.

No puedo evitar mirarle de arriba abajo, lleva unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca que deja adivinar lo musculoso que es su cuerpo bajo la ropa.

“Esto no está bien” me grita una voz dentro de mi cabeza, se trata de mi subconsciente. “¡Vas a dejarle!, no puedes acostarte con él, lo confundirás”. Sigue gritándome... “¿Y por qué no? ¿No es lo que hacen algunos hombres? y me gusta mucho el sexo con Jack”, le contestó a mi subconsciente en mi interior.

El timbre del ascensor anuncia nuestra llegada al ático, hemos llegado a su piso. Solo he estado aquí en otras dos ocasiones anteriores, pero ahora lo veo de otra manera. Es un lugar frío e impersonal, todos los muebles en colores grises y blanco, el piso diáfano, con cocina americana abierta al comedor, el salón un poco más alejado, y el dormitorio se encuentra en una planta superior, tras una escalera de cristal que parece simplemente

suspendida en el aire.

“Nada que ver con el mío”, aparte del hecho de que este piso se trataba de un ático dúplex, mis muebles eran cálidos y confortables, salpicado de colores miraras donde miraras, las paredes y cortinas, las alfombras repartidas por todo el piso, en un amalgama de colores.

—Ponte cómoda —dice, mientras se acerca a la cocina.

Hago lo que me pide y me quito la chaqueta, la dejo encima del sofá. Me acerco hasta la barra de la cocina del comedor observando a Jack moverse. Me siento en uno de los taburetes y apoyo mis codos sobre la barra para poder seguir mirándole mientras prepara un par de copas para los dos. Me fijo en su trasero, con esos pantalones vaqueros tiene un culo espectacular, redondo y respingón, justo del tipo que me gustan.

—¿Qué quieres tomar, Jane? —me pregunta en voz alta.

—Lo mismo que tú —contesto enseguida, él se gira sorprendido, pues estoy justo detrás mirándole.

Me bajo del taburete y rodeo la barra que nos separa mirándole directamente a los ojos durante todo el trayecto, el único momento en que pierden nuestras miradas contacto, es al pasar tras una columna. Al entrar en el mismo espacio en el que Jack se encuentra, parpadeo varias veces antes de bajar la mirada a su fuerte pecho, sus abdominales firmes y por último hasta sus caderas. Vuelvo a mirar de nuevo sus ojos, su expresión ha cambiado por completo, y cuando llego hasta él, pongo mi mano derecha justo en medio de su pecho. Su expresión es totalmente sensual, la forma en que me mira y como sus labios se tuercen en una sonrisa triunfante, me excita por completo y subo mi otra mano hasta su nuca y acercando su cara a la mía susurro...

—Dejamos la copa para después, antes me apetece otra cosa.

Me acerco a su boca y le beso con dulzura al principio, gime bajito por la sorpresa inicial, ese sonido me incita aún más y le beso más profundamente, metiendo mi lengua en su boca. Al principio está conmocionado, pues en raras ocasiones suelo llevar la iniciativa, pero tengo que continuar con lo que he empezado. Así que, acerco mi cuerpo al suyo y sigo besándolo cuando con mi mano... la que todavía estaba sobre su pecho, lo voy empujando suavemente contra la pared de la cocina, cuando su espalda choca con la pared mi Jack posesivo, reacciona. Suelta el abridor que lleva entre las manos, golpeando en el suelo de baldosas blancas. Me aprisiona con su cuerpo rodeándome con sus brazos, una de sus manos me sujeta por la parte baja de la espalda, mientras la otra mano sube hasta mi nuca, mete sus dedos por entre mi pelo y lo cierra en

un puño para mantenerme bien sujeta. Mientras, con la otra mano masajea mi trasero, pero no se entretiene y rápidamente esa mano viaja hasta mi pecho que acaricia con suavidad mientras emite un suave gemido en mi boca, suelta mi pelo y acaricia mi otro pecho con tacto experto.

Sin perder tiempo, me desabrocha la blusa que cae en el suelo, al lado del abridor. “Que suerte que precisamente hoy estreno un conjunto de lencería nuevo, muy sexy” pienso. “¡Sí, menuda suerte la tuya!” Me espeta mi subconsciente, en modo sarcástica.

Deja de besarme y mordisquea mi barbilla, continúa despacio por el arco de mi cuello, llenándolo de besos húmedos hasta mi hombro, donde me muerde y yo, gimo. Sus manos han vuelto a mis pechos, con sus largos y ligeros dedos recorre la línea de mi pecho sobre el encaje negro, sus ojos no se apartan de mis pechos, introduce sus dedos índices en el interior de las copas de mi sujetador negro y redondea mis pechos desde el interior, rozando mis pezones ya endurecidos por sus caricias. En ese camino sensual libera mis senos del sujetador, dejándolos henchidos y apretados para sus ojos, gimo más fuerte. Su mirada le dice a mi cuerpo “Te tengo” y esa sensual lengua que ahora mismo repasa ese labio inferior, me vuelve loca de éxtasis. Quiero más y voy a por ello, me lanzo a sus labios, lo beso con fuerza introduciendo mi lengua en su boca mientras le aprieto con mis manos su erección que siento bajo la dura tela de su pantalón vaquero, él no gime, nunca pierde el control pero sé que le gusta, lo noto en su lengua que ahora está en mi boca tomando lo que quiere, en respuesta mis manos acarician su largo pene arriba y abajo, animándolo a seguir. Gimo de nuevo pero de frustración, sigo queriendo más, pero Jack se lo está tomando con mucha paciencia, algo que no entiendo. Su boca sigue descendiendo... se dirige a mis pechos, lame y succiona uno de mis pezones, mientras el otro lo aprieta con sus dedos estimulando más mi excitación. Siento su mano acariciándome la piel desnuda, llega hasta la cremallera de mi falda y la baja dolorosamente despacio hasta abrirla completamente, mi falda cae a mis pies. Casi medio desnuda, empiezo a desnudarle a él empezando directamente con el botón de sus vaqueros...

—Jane, ¿hija me estás escuchando?

La voz de mi padre me sacó totalmente de aquel delicioso recuerdo.

—Sí, te escucho. A tu pregunta te contestaré, que encontrándonos en la situación en la que estamos, no creo que sea importante buscar romances.

—Y yo creo, que no debemos encerrarnos en nosotros mismos, ocurra lo

que ocurra.

“Aunque pensándolo bien, un poco de sexo no vendría mal, teniendo en cuenta las circunstancias” esa es mi voz interior, mi subconsciente que o bien es adicta al sexo o puede que solo se trate de mi libido descontrolada.

—¿Crees que podemos estar en este autobús gracias al senador? —pregunto a mi padre para cambiar de tema.

—¡Querida!, se te da igual de bien desviar la atención como a tu madre. No puedes negar que eres hija suya, e igual de hermosa que ella.

—Todavía no has contestado a mi pregunta. Por cierto, gracias por el piropo.

Realmente para mí era un gran cumplido, mi madre es una mujer preciosa, muy inteligente, generosa y mi mejor amiga. Nos parecemos en muchos aspectos, pero no creo que la belleza fuera un rasgo común entre nosotras. Las dos somos altas, ella rubia; yo morena. Ojos azules; los míos verdes. La figura de mi madre siempre estilizada y elegante sin que le costara esfuerzo, yo tenía una figura curvilínea que debía de trabajar, todos los días en el gimnasio, si quería mantenerla.

—¿Me estás preguntando... si creo que estamos aquí gracias al senador? —mi padre repitió la pregunta, como queriendo tomar tiempo para pensar seriamente su respuesta—. Sí, creo que es posible. Voy a sentarme con tu madre, cielo.

—Está bien, papá. Gracias por pasar por aquí un rato.

Cuando mi padre me dejó sola en mi asiento, me fijé por primera vez en el ambiente que se respiraba en el autobús, melancolía y tristeza. Cabía esperar alivio por escapar de una muerte segura, sin embargo, allí reinaba la tristeza. Tal vez después de todo, el ser humano no fuera tan egoísta y conocer de antemano la cantidad de vidas que se perderían, pesara de verdad en nuestros corazones.

Capítulo 3

En los últimos días, habían estallado nuevas centrales nucleares en Japón y en China. Corea del sur y Rusia estaban en peligro inminente. Parecía que existía un patrón de temperatura que marcaba cuál de las centrales nucleares que existían, iba a explotar.

Miraba desde la seguridad de nuestro autobús las calles de la ciudad. No se veía ni una sola alma, “lo cual era lo más lógico”, pensé. Era más fácil hallar un refugio seguro, fuera de la ciudad. Lo que no me esperaba encontrar, fue a más de cincuenta personas en la puerta de una iglesia intentando entrar.

El viaje que duró varias horas, se hizo largo y pesado. Cuando llegamos a nuestro destino, los autobuses como en el que viajábamos, se agolpaban unos al lado de los otros en el aparcamiento. Algunas de las personas que bajaban de los vehículos, llevaban la maleta en los brazos, otros sacaban sus maletas del interior del maletero. Un grupo de personas caminaban en fila hacia una verja que separaba el complejo. Aquello parecía más el traslado de unos presos, o tal vez unos refugiados llevados a un campamento, que un plan de evacuación. Según bajábamos del autobús, un militar bastante brusco nos indicaba hacia dónde dirigirnos. En aquel sitio la amabilidad brillaba por su ausencia.

Cogimos nuestras cosas y seguimos la fila. Todo cuanto observaba era terreno llano, ninguna construcción ni complejo militar, solo una pequeña casita rectangular que parecía un pequeño establo. Hacia allí nos dirigíamos. Desde donde me encontraba no podía ver que era exactamente esa pequeña construcción. Media hora más tarde, estuvimos lo suficientemente cerca como para ver unas puertas metálicas que se abrían. Junto a ellas había un soldado uniformado, que con el fusil a la altura del pecho, ordenaba a las personas que entraran en aquel espacio minúsculo. Las puertas se cerraban y tras diez minutos se abrían de nuevo. Ya no había nadie en su interior. Se trataba de un ascensor, por lo que nuestro primer destino debía ser bajo tierra.

Desde fuera y estando ya bastante cerca de la pequeña construcción, me fije un poco más en el aspecto de aquel sitio. Parecía un cuchitril de mala muerte, mal construido además de viejo y destartado, “espero que el interior esté mejor que esto, no parece demasiado seguro viéndolo desde aquí” pensé en mi interior.

Ya era casi nuestro turno cuando se abrieron de nuevo las puertas del

ascensor, de allí salió otro militar uniformado, pero este no llevaba arma. Se acercó al compañero de la puerta e intercambiaron el fusil. El soldado que recogía el rifle, puso su pulgar derecho sobre el arma y una luz azul iluminó la mirilla, tras un pitido agudo intercambiaron el fusil. El militar que hasta ahora había permanecido junto a las puertas, se metió en el ascensor. El nuevo soldado armado pidió que avanzáramos.

—Vayan entrando en orden...

Avanzamos hasta el interior, estaba cubierto completamente de acero y no era nada acogedor. En el panel de botones solo había dos; arriba y abajo indicaban sus flechas, “más básico, imposible” apuntó con malicia mi subconsciente. Me distraje contando las personas que nos encontrábamos allí para huir de la voz de mi interior. Éramos veinte personas en total en el ascensor. El soldado pulsó el botón y la caja de acero se puso en marcha inmediatamente junto con una musiquilla que sonaba de fondo. Al principio se movió de forma titubeante, pero enseguida empezó a bajar más rápido. Momentos después una voz conocida por todos comenzó a hablar.

—Queridos ciudadanos, os habla vuestro presidente. Este comunicado que realizo no es un placer como en otras ocasiones. Os hablo para contaros el proyecto de evacuación que se ha puesto en marcha. Los líderes mundiales junto con otras grandes personalidades hemos diseñado este proyecto. Abandonaremos nuestro planeta... en unas naves espaciales a falta de un nombre mejor, construidas en estas instalaciones.

»Este lugar no fue construido para este cometido, en realidad se construyó para albergar el mayor número de personas en caso de ataque nuclear. Aquí es donde se han creado las naves, hechas a base de una fusión de los materiales más duros del planeta y de meteoritos recogidos aquí y en la luna antes de su destrucción. La tecnología es la más moderna, grandes científicos han trabajado para conseguirlo. El combustible utilizado por estas naves es una combinación muy estable, que solo necesitaremos para una pequeña parte del viaje. Cuando hayamos superado Júpiter, la nave será capaz de generar su propia energía para llevarnos al futuro de la humanidad.

»También he de deciros... que esto no se trata de un crucero de vacaciones por el espacio, para poder convivir todos juntos dentro de un espacio tan recudido, tendremos que establecer unos horarios para la comida y aseo. También os asignaremos turnos de trabajo para todos. Vuestro espacio personal será una pequeña habitación, estas habitaciones se encuentran en una de las plantas de la nave, repartidas en las paredes.

»Finalmente, les deseo un feliz viaje a todos y bienvenidos al proyecto *New Life*.

—Papá, ¿tú crees que esto va a salir bien? —pregunté a mi padre en lengua de signos.

—No para todos, cariño. No sobreviviremos todos —contestó mi padre, usando el mismo lenguaje.

Hacía mucho tiempo que había convencido a mis padres para que aprendieran el lenguaje de signos. Yo lo aprendí de una amiga en el instituto, recordaba el día que la conocí, como si solo hubiera trascurrido unos días...

Era el primer día de clase. Conocimos a nuestros profesores, y el tutor de aquel curso fue quien dio la primera clase, pasando la lista de alumnos por primera vez. Una lista que escucharíamos todos los días de clase a partir de ese momento, menos ella. Su nombre era Guio Bianchetti, nacida en la misma ciudad donde nací yo, Madrid, pero de padre italiano y de madre griega, era sorda y aunque podía leer los labios, usaba el lenguaje de signos. Ese mismo día, en la pausa de media mañana me acerqué a ella y le pedí que me enseñara su forma de comunicarse, desde ese momento fuimos grandes amigas.

El ascensor cesó en su bajada con un golpe seco y fuerte debido a la gran velocidad a la que íbamos, levantando un murmullo en el interior. El soldado que se encontraba con nosotros sonreía abiertamente, le debía hacer gracia la reacción de la gente. Las puertas se abrieron y el soldado dijo...

—Salgan ordenadamente y colóquense en fila de uno, por favor.

Era la primera vez que escuchaba una palabra amable desde que habíamos llegado allí. Hicimos exactamente lo que nos habían dicho y nos colocamos unos detrás de otros. Por un lado de la fila venía otro soldado, o al menos eso parecía por la forma en que iba erguido mientras caminaba, aunque este no llevaba uniforme. Entregaba unos papeles a cada persona, cuando estaba a nuestra altura se dirigió a mi padre...

—¿Nombre?

—Alfred, Anthony y Jane Johnston —contestó mi padre.

—¿Las señoras no saben hablar? —la pregunta sonó como un insulto.

—Es posible que mejor y con más educación que usted. Vamos los tres juntos —contestó mi padre mientras cogía los papeles que le tendían.

Cuando hubo terminado de entregar todos los folios, regresó informándonos a todos.

—La hoja que les acabo de entregar son instrucciones, ya tendrán tiempo de leerlas. Ahora sigan la línea roja de puntos hasta el final. Allí pasaran por un control más, el último.

“¡Qué tipo más amable!” suelta mi subconsciente. “Si estuviera aquí mi abuela Angelita, se le caía el poco pelo que tiene” pensé. “Todavía recuerdo que en una ocasión me dio un cachete por no dar las gracias tras comprar una chuchería”

El grupo comenzó a avanzar lo más ordenadamente posible unos detrás de otros. La oscuridad que nos rodeaba no dejaba diferenciar nada más que la línea de puntos rojos luminosos sobre el suelo. Caminábamos con precaución y en silencio. A lo lejos se podía escuchar un suave murmullo metálico. Aquel sonido me hacía querer ir más rápido, y pasé al lado de mi padre para adelantarme a los demás, pero me detuvo. Me agarró suavemente del brazo y con un suave gruñido, me recriminó mi impaciencia; me colocó detrás de él de nuevo en mi sitio.

Seguíamos caminando por aquel estrecho y largo pasillo, empezaba a coger manía a aquellas luces rojas del suelo. El sonido que provenía del fondo a cada rato se hacía más fuerte. El túnel giraba hacia la derecha, se podía notar en las luces rojas del suelo que giraban en una curva bastante pronunciada, larga y cerrada. “¿Podíamos estar volviendo sobre nuestros pasos?” me preguntaba a mí misma. Por fin, se divisaba el final del túnel, una luz brillante me cegaba a medida que nos acercábamos a la salida, protegiéndome los ojos con mis manos, salimos del túnel.

Cuando mi visión se adaptó a la luz, me encontré en un área inmensa, la vista se perdía a lo lejos aunque calculaba a simple vista, mirando a uno y a otro lado, que debíamos haber salido justo en el medio de aquel lugar. Frente a nosotros se encontraba una de las grandes naves espaciales que nos salvaría de una muerte segura viajando fuera de nuestro hogar, la tierra. Era aproximadamente del tamaño de un campo de fútbol, negra y metálica se alzaba imponente delante de todos nosotros. El sonido que se escuchaba desde el túnel, ahora se había convertido en un ruido insoportable. Los motores, de aquellas naves espaciales, trabajaban duramente y lo seguirían haciendo, durante mucho tiempo.

Un soldado trataba de llamar nuestra atención, me hacía gestos con las manos para que me acercara. Cuando llegué hasta donde estaba, me señaló unos auriculares que había sobre una mesa; señaló los que él llevaba puestos y después a mí. Cogí los primeros que había y me los puse en la cabeza.

—Bienvenida, ¿podrías hacerme el favor de avisar a los demás? — escuché a través de los auriculares. Asentí.

Me acerqué hasta los demás y los fui avisando, primero a unos pocos para que se acercaran a la mesa, el resto siguió al grupo y rápidamente, estábamos todos alrededor del soldado. Cada uno de nosotros con los cascos puestos sobre la cabeza.

—Buenas tardes, siento mucho el ruido. Esta es la única forma de comunicarnos aquí —dijo mientras señalaba de nuevo sus auriculares.

Todos asentimos al mismo tiempo.

—Continúo entonces. Tienen dos horas para instalarse, cada uno sabe ya sus asientos, ¿verdad?

Como muñecos asentimos de nuevo.

—Esto es muy sencillo, una vez que hayan guardado sus cosas, deben ir a la cubierta superior, esta se encuentra justo encima de la cubierta de los dormitorios, allí es donde deben quedarse para poder despegar, que será dentro de dos horas. Yo se lo mostraré todo, en otro momento tendrán tiempo para familiarizarse con el entorno en el que viviremos. Serán varias las horas que pasaran hasta que podamos movernos libremente por la nave, prepárense para pasar bastante tiempo sentados. Ahora por favor, síganme...

Se giró y caminó hacia el fondo de la sala, dando un rodeo a la nave que tenía autentica forma de platillo volante... como esos que había visto en películas antiguas de alienígenas. En el fuselaje no se observaban a simple vista fisuras, ni soldaduras de ningún tipo. La superficie era negra y pulida, tan brillante que pude verme reflejada. Como siempre, se había soltado un mechón de pelo de la coleta y lo coloqué tras la oreja rezagándome del grupo, cuando llegué hasta ellos con una rápida y corta carrera ya empezaban a subir de uno en uno por una estrecha escalerilla.

—Señorita —dijo el soldado que nos había llevado hasta allí.

Entré en el interior de la nave seguida por el militar que cerró la puerta tras de sí, sellándola. Ví a mi padre y a mi madre, se encontraban parados en el lado derecho del pasillo y me acerqué hasta ellos. El soldado pasó por delante de nosotros hasta el final del pasadizo, donde se paró.

—Síganme, por favor...

Se quitó los auriculares y los depositó en el interior de un cajón que sobresalía de la pared del pasillo, dio media vuelta y empezó a andar por él. Dejábamos los auriculares en el mismo cajón según nos íbamos acercando y seguíamos al soldado por el pasillo, este se bifurcaba en dos más, escogió el

camino de la izquierda. Las paredes y los techos de los pasillos eran grises, también eran del mismo color las vigas de metal, que se podían ver cruzando algunas paredes e incluso los techos. El suelo era blanco, el lugar no parecía ser el más acogedor de nuestra existencia. “¿Podríamos llamar a esto hogar?”, me preguntaba mi subconsciente.

Seguíamos al soldado en silencio, torció a la derecha en otra bifurcación de pasillos. “Primer pasillo a la izquierda y tras cincuenta metros, metro arriba metro abajo, segundo pasillo a la derecha”, repetía en mi interior. Rápidamente llegamos a unas escaleras, descendimos mucho, conté sesenta peldaños desde que comenzamos a bajar sobre lo que consideraba que era la planta principal, siguiendo al soldado.

Era un tipo muy fornido, demasiado musculado para mi gusto, ojos negros grandes y mirada seria, con el ceño fuertemente fruncido y labios apretados en una sonrisa anodina. Solo le quedaba exhalar con fuerza por sus fosas nasales para parecer un toro, que quisiera embestir todo cuanto se le cruzara por delante.

El último peldaño, era literalmente el último peldaño, no se podía descender más. Teníamos ante nosotros otro pasillo, con dos únicas direcciones. Hacia la derecha se encontraban los aseos, que nos mostró rápidamente mientras nos contaba que eran para compartir unos con otros, pues no había para todos, por eso mismo habría unos horarios de uso. En cada planta había uno, lavabos, duchas y retretes todo en el mismo espacio, me tranquilicé cuando dijo que cada dormitorio disponía de su propio retrete o algo parecido a lo que conocíamos como retrete. “¡Gracias! Un poco de privacidad”, pensé. Avanzamos por el mismo pasillo por el cual habíamos venido, dejando atrás la escalera llegamos hasta una puerta. Esta empezó a subir en cuanto nos acercamos a ella.

—Esta es la sala de descanso o dormitorios, pueden llamarlo como ustedes quieran. Cada dormitorio está equipado con todo lo necesario.

Se trataba de una sala muy grande, debía ocupar al menos la circunferencia completa de la nave y estaba separada en varios pasillos que se podían contar desde la puerta. Entramos en el interior de la sala, por el pasillo que más cerca teníamos, las paredes que separaban a estos parecían el interior de una colmena de abejas.

—Esto que ven ustedes a su izquierda y a su derecha, son los dormitorios, están equipados para que puedan guardar sus cosas y se instalen cómodamente.

Me acerqué a uno de ellos e intenté ver el interior, pero el cristal era opaco y no permitía ver lo que había dentro. Debía de haber cientos de ellos, repartidos por toda la pared, desde el suelo hasta el techo.

—Disculpe, ¿cómo se supone que debemos llegar hasta el nuestro? —preguntó una mujer—. Cuando nos digan cual es el nuestro, claro —añadió en *petit comité* junto a mí.

“Esta mujer no se entera de nada, menos mal que nos han entregado unas instrucciones”, comentó mi subconsciente.

—Esta sala en la que nos encontramos será la única de toda la nave que permanecerá ingravida siempre, tras haber despegado. Solo tienen que agarrarse a los asideros que tienen por todas las paredes y sin el menor esfuerzo llegarán sin problemas. En el interior de la habitación sí habrá gravedad.

“Esto será divertido”, apuntaba mi subconsciente. Mis padres lo observaban todo sorprendidos y también abrumados por cuánto sucedía a su alrededor. El soldado seguía hablando...

—Continuemos... la próxima sala que vamos a visitar es el comedor y la sala de ocio. Aunque se convierte en muchas otras cosas.

Volvimos por el mismo camino por el que habíamos llegado, la escalera. El comedor estaba en una planta superior de donde se encontraban los dormitorios, solo que en esta ocasión, el soldado cogió el pasillo de la izquierda, uno de los tres que teníamos para escoger. Caminamos unos pocos metros por ese pasillo que ya no era tan amplio, y tras una puerta rectangular bastante grande, nos encontramos dentro de otra sala. Esta no era tan grande, ni con los techos tan altos como la de abajo, pero allí se podía ver el exterior a través de una gran cristalera que ocupaba toda la parte frontal de la sala. Tenía forma ovalada y chata, las paredes y los propios cristales estaban combados hacia fuera, dándole ese aspecto.

—Bien... damas y caballeros la visita guiada por hoy ha terminado, poco a poco nos iremos acostumbrando a todos estos cambios. Tienen tiempo de guardar sus cosas, dentro de cuarenta minutos deberán encontrarse de nuevo aquí, para ocupar sus asientos.

Una vez se hubo marchado el soldado, me acerqué rápidamente hasta el ventanal. Casi podía imaginar las vistas que podría ver desde aquí en el momento del despegue y que recordaría... por el resto de mis días. Ahora solo veía el exterior de la nave y la nave contigua. Una fila de gente llegaba en ese momento para ocupar su nave.

“¿Volveremos a ver nuestro hogar algún día?”, me preguntaba en mi interior. “Tal vez tus descendientes en un futuro muy lejano”, me contestó mi subconsciente. “Eso será si algún día decido tener hijos”, contraataco para intentar hacer callar a mi subconsciente, pero no lo consigo y me grita... “¿Y qué pretendes hacer con el resto de tus días?”, finalmente decido ignorar la voz de mi cabeza, sinceramente empezaba a preocuparme el monólogo interior que tenía con mi subconsciente. “¡Pues ya puedes acostumbrarte! No vas a tener muchas opciones para mantener una conversación”, continuaba incordiando. Ya no era solo una voz en mi cabeza, empezaba a hacerse un hueco en mi interior, y se volvía cada vez más irritante si la ignoraba.

El suelo de aquella sala era pulido y de un blanco brillante. Baldosas blancas alineadas unas tras otras que medirían al menos un metro cuadrado cada una de ellas. Una pequeña vibración que sentí en los pies me distrajo de mis pensamientos y observé detenidamente mis zapatillas. Los cordones vibraban igual que el suelo. Se volvía más fuerte hasta que de repente ceso.

Las baldosas blancas comenzaron a abrirse, cada una hacia un lado distinto, se abrían en forma de abanico. La primera de ellas se abría hacia delante, la siguiente de la misma fila hacia la izquierda, otra más hacia atrás y la siguiente hacia la derecha, y de nuevo volvía a empezar. Delante, izquierda, atrás y derecha en todas las filas igual, las baldosas se iban escondiendo bajo el suelo, pero lo que realmente me impresionó, fueron los sillones de piel negros que ascendían por el hueco que habían dejado las baldosas al esconderse. Aquellos debían ser nuestros asientos.

En ese momento mi padre me cedió los papeles que antes le había entregado el soldado y miré los asientos que nos correspondían. Se trataba de la cuarta fila, empezando a contar desde la primera, la más cercana a la vidriera, los tres primeros asientos. “La vista desde ahí será espectacular”, pensé.

—Vamos a guardar nuestro equipaje.

Al llegar por segunda vez a aquella sala, me fijé un poco más en los detalles. Ya me había dado cuenta de lo grande que era y observé un poco más las habitaciones, las celdas se encontraban distribuidas desde el suelo hasta el techo, abarrotando de agujeros la pared. Sin ver el interior no podía calcular el tamaño de aquellas habitaciones, pero a simple vista parecían medir dos metros de ancho, más dos metros de alto, los suelos blancos y pulidos. Parecía que habían escogido un color y estilo predominante en los suelos y paredes de toda la nave.

—Mira Cielo, allí están colocando todas las maletas. Nosotros también las dejaremos allí.

Con la férrea determinación de mi padre y empujando las maletas, hacia allí nos dirigimos los tres juntos. Colocamos y atamos bien las maletas y cuando nos disponíamos a subir a la planta superior, mi madre quiso echar un vistazo al resto de la sala, que era igual miraras donde miraras. Faltaban solo veinte minutos para que despejáramos de la tierra, cuando llegamos de nuevo al comedor, allí nos estaban esperando los mullidos sillones de piel.

Me senté en uno de los sillones que se nos había asignado, y comprobé que realmente eran muy cómodos. “Han dicho que pasaríamos mucho tiempo sentados”, me recordó muy inteligentemente mi subconsciente y me levanté para acercarme a la vidriera. Allí continuaban las naves alineadas una tras otra. Un estruendo inundó todo el lugar, sonaba como una explosión controlada, seguida de mucho humo que podía ver a lo lejos. Se oyeron otros tres más antes de averiguar de qué se trataba.

Unos brazos grandes y mecánicos levantaban en el aire una de las naves, una que estaba tres posiciones por delante de la nuestra. Estos brazos elevaban y colocaban la nave dentro de un hueco que se encontraba en el techo, exactamente del mismo tamaño que la nave, dejándola encajada. Los brazos soltaban la nave mientras que un cilindro que subía desde el centro del suelo, la cubría por completo dejándola en su interior. Unos segundos después estalló de nuevo el estruendo, “Se trata del sistema de lanzamiento. ¡Claro!”, pensé.

El cilindro bajó de nuevo hasta su posición inicial, liberando todos los gases que la nave había expulsado, y comenzaba todo otra vez. Al ritmo al que iban pronto llegaría nuestro turno. Las naves eran lanzadas a intervalos de cinco minutos, yo no era una experta, ni mucho menos, pero eso parecía poco tiempo. “¿Era seguro lanzarlas tan seguidas?”, me pregunté. “Seguro que lo han tenido todo en cuenta”, me contestó mi subconsciente.

Ahora le tocaba el turno a la nave de al lado, ya estaba casi colocada en el agujero del techo cuando el comandante habló.

—Buenas tardes a todos, en cinco minutos comenzaremos la secuencia de despegue, por favor ocupen sus asientos y abróchense los cinturones. Cuando sea posible les avisaremos para que puedan moverse libremente.

Inmediatamente reconocí la voz de Jack, de esta manera se confirmaba lo que mi padre me había contado cuando nos encontrábamos en el autobús. Me senté y me abroché el cinturón, justo en el momento en que la nave de al lado fue lanzada. Los brazos mecánicos, ahora giraban hacia nuestra nave,

nunca había sentido miedo a volar, pero el temblor que sacudió la nave cuando la sujetaron los brazos, hizo que me temblaran todos los huesos del cuerpo, del susto me agarré fuertemente a los brazos del asiento.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mi padre mientras ponía su mano sobre la mía.

—Estoy bien, solo un poco nerviosa —le contesto como puedo, pues el nudo de mi garganta me lo pone difícil.

—Es normal —dice apretando suavemente mi mano.

La vibración aumentó a medida que nos movíamos, ahora era yo la que agarraba fuertemente la mano de mi padre.

—Damas y caballeros, el despegue es inminente, asegúrense de llevar abrochados los cinturones. Va a ser un tanto violento, relájense todo lo que puedan.

“Esto no me ayuda nada”, pensé en mi interior. “Va a ser genial y divertido. Ya lo veras”, el entusiasmo que mostraba mi subconsciente, me ponía enferma.

El despegue fue violento, Jack no mentía. En primer lugar nos quedamos a oscuras momentáneamente, hasta que las luces interiores se encendieron. En el exterior solo se veía el hormigón gris, estábamos en el interior del tubo. La detonación que nos lanzó al exterior era tan grande y fuerte, que sentía mi cuerpo aplastado contra el asiento. Mi estómago había desaparecido de su lugar habitual, viajando hasta mis pies donde posiblemente se quedaría durante los próximos días. Ahora vibraba todo a mi alrededor, seguía mirando fijamente a través de la vidriera, no debía quedar mucho hasta la superficie. Ya se podía ver una leve luminosidad en el exterior.

Por fin salimos a la superficie, la imagen que se nos desplegó ante nuestros ojos, no era la misma que recordaba horas antes. El planeta estaba cambiando mientras nos alejábamos de allí. Los colores de la tierra, los arbustos, hasta los hierbajos, tenían un color distinto, como enfermizo. La tierra antes de un color amarillento, ahora se veía rojiza, los arbustos perdían su color verde brillante, y otras plantas y hierbajos se prendían fuego solos, como por combustión espontánea. “Algo debía haber ocurrido”, pensé.

El cielo se desplegaba ante nosotros y lo estábamos surcando a gran velocidad. Creí divisar a varios kilómetros de distancia, otra de las naves surcando el cielo, pero... “¿Cómo había podido llegar hasta allí si habían salido del mismo sitio?”. La vibración no cesaba, y esta se hizo más fuerte al llegar a la estratosfera, todos los músculos de mi cuerpo hormigueaban.

Sin previo aviso, el ruido y la vibración cesaron de pronto. A la altitud en la que nos encontrábamos, podíamos divisar la circunferencia de la tierra en el horizonte. Ante mis ojos, flotaban los papeles que había dejado sobre mis rodillas. Solté la mano de mi padre que estaba blanca de lo fuerte que le apretaba, y cogí los papeles arrugándolos con la mano. Observé como nos alejábamos de la Tierra, este sería su final. Estábamos peligrosamente cerca del sol, y la superficie de la Tierra estaba salpicada de hongos atómicos, “nubes de fuego, humo y cenizas radiactivas que tenían forma de hongo”.

Aunque nos encontrábamos sentados en los sillones y sujetos por los cinturones, podía sentir en mi cuerpo, la desconexión de mis pies con el suelo. La gravedad de la Tierra ya no ejercía poder sobre nosotros. La vista que se extendía hasta el infinito, era espectacular, un inmenso manto negro salpicado de estrellas, y la Tierra alejándose de nosotros. Aunque claro, éramos nosotros quienes nos alejábamos de ella.

—Damas y caballeros, la tripulación de la nave Evasiva les da la bienvenida al espacio. Tenemos gravedad cero, pero pronto la restauraremos —dijo Jack, más animado.

Un niño que estaba sentado en la fila delante mía, jugaba con un bolígrafo que flotaba en el aire, con su dedito regordete lo hacía girar en el aire mientras se partía de la risa. De pronto, el bolígrafo se cayó al suelo ante los ojos curiosos del niño que había dejado de reír.

“La gravedad había vuelto a la nave”, apuntó mi subconsciente, cada vez que me hablaba, lo sentía de una forma distinta. Casi podía ver a mi subconsciente dentro de mi cabeza, empezaba a tener el aspecto de una mujer. Mientras tanto, el niño intentaba alcanzar el boli estirando su piececito, sin poder conseguirlo.

Capítulo 4

Varias horas después del despegue, los pasajeros podíamos movernos libremente por la nave. Me marché sola para dar una vuelta y conocer la que sería nuestra casa durante mucho tiempo. No tenía muy claro hacia dónde dirigirme, y posiblemente por eso acabé en los dormitorios, el único camino que me sabía de memoria. Solo podía pensar en el miedo que había sentido durante todo el despegue. “Ha sido peor que viajar en avión”, me susurraba mi subconsciente, en aquella ocasión no podía estar más de acuerdo con ella. El entusiasmo con el que me hablaba unas horas antes esa voz estridente de dentro de mi cabeza, había desaparecido por completo. Me alegraba mucho de ello, ahora era una voz suave y tranquila.

Tuve que pararme en seco, una puerta muy grande bloqueaba el acceso a lo que deberían ser los dormitorios. Busqué por toda la puerta y en las paredes del pasillo, algún interruptor o alguna luz que me permitiera abrir la puerta, pero no había nada. Me quedé allí parada, mirando fijamente la puerta. Como si fulminándola con la mirada, pudiera intimidarla para que se abriera sola.

Escuché a mi espalda un ruido sordo, seguido de un suave siseo. La puerta tras de mí empezaba a cerrarse, bajando lentamente hasta bloquearme la salida. Mantuve como pude la calma al verme allí encerrada. Apenas un segundo después de cerrarse por completo la puerta, mis pies empezaron a elevarse del suelo, rápidamente mi cuerpo flotaba en el interior de aquel pasillo.

Esa sensación de estar flotando, me provocó un poco de ansiedad y busqué algo a lo que agarrarme. “Hoy no está siendo mi mejor día”, pensé. Me estabilicé como pude apoyándome en una de las paredes, y haciendo algo de fuerza en dirección al suelo conseguí mantener el equilibrio y quedarme en posición vertical. La primera puerta empezaba a abrirse, tan lentamente como se había cerrado la anterior. Cuando se hubo levantado por completo, empujé con mis manos sobre la pared del pasillo, lanzándome con poco esfuerzo, pero con fuerza al interior de la sala, flotando y dando vueltas. Me agarré a una extraña escalera que estaba en una de las paredes cuando iba a chocar contra ella. Grite de júbilo, había sido emocionante y excitante al mismo tiempo.

Busqué mi dormitorio y me dirigí allí, en un lado del cristal había un botón verde, lo pulsé y el cristal se apartó hacia un lado, dejándome paso al interior de la habitación. Era más grande de lo que me imaginaba. Cuando entré en el interior de la habitación, el cristal se cerró volviendo a su lugar y desapareció la gravedad cero. Inmediatamente caí al suelo de culo,

golpeándome fuertemente. “¡Duele!”, exclamé en mi interior mientras me frotaba el trasero. La habitación era rectangular, al fondo había una cama individual y enfrente de esta, un escritorio acompañado de una silla, todo muy funcional y frío. En la pared, junto a la cama un botón amarillo parpadeaba, lo apreté para satisfacer mi curiosidad. Se abrió una pequeña puerta, tras ella había una pequeña habitación con un orificio que sobresalía de la pared. Cuando entré en el interior la pequeña habitación cambió, la iluminación antes normal, había cambiado a verde y se respiraba un aire limpio y fresco que salía por alguna rendija. Aquello era el retrete. Tras inspeccionar todo lo que pude fui en busca de mi maleta, al menos podía darle algo de color con mis cosas.

Cuando acabé de colocar las pocas cosas que traía en mi maleta, fui en busca de mis padres. Estos seguían en la sala del comedor. Cuando llegué allí, la sala había cambiado completamente, los sillones habían desaparecido, dejando espacio a unas mesas largas acompañadas de taburetes.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté en cuanto llegué hasta ellos.

—Son las mesas donde comeremos —contestó mi madre.

—Pues son enormes... —le señalé.

—Le han dicho a tu padre que dentro de unos minutos nos van a dar algo de comer. Menos mal, tengo mucha hambre.

—No me extraña, ahora mismo en casa deben de ser las once de la noche, y desde el almuerzo de mediodía no hemos comido nada.

—No pienses así, hija —me regañó mi padre.

—¿Así cómo? Dime tú cómo debo de pensar, que parece tenerlo tan claro.

—Piensas como si estuvieras en tu casa. Hazte a la idea de que el tiempo ahora no tenemos por qué medirlo como lo hacíamos.

—Díselo a nuestros estómagos, que son ahora mismo los que mandan —le señalé a mi madre mientras me pasaba la mano por el estómago.

Había otras diferencias en aquel lugar que antes no estaban, o no había visto. En uno de los lados de la sala tenían un expositor donde en aquel momento colocaban unas bandejas de comida justo encima. Una de las personas que se encontraba dentro, le indicó a un pasajero que podía acercarse y coger una bandeja. Enseguida más personas se colocaron frente al mostrador para coger la suya. Pronto se formó una pequeña cola. Esperamos un rato antes de ir a por la nuestra y así poder observar las reacciones de la gente. La comida estaba caliente, lo sabía por el humo que salía de las

bandejas al abrirlas, otros estaban ya probando bocado con cara de satisfacción.

Mis padres y yo hicimos igual que el resto y nos pusimos a la cola, rápidamente llegamos hasta el mostrador, recogimos nuestra bandeja y volvimos juntos a sentarnos a la mesa.

La comida estaba muy buena para lo que se cabía esperar, la apariencia era otra historia, apetitosa no se veía. Tras haber comido, nos fuimos a nuestras habitaciones, ayudé a mis padres a controlar sus cuerpos bajo la gravedad cero, y mientras ellos probaban y se reían como chiquillos, fui en busca de sus maletas que eran ligeras como plumas y se las dejé dentro de la habitación. Les avisé a los dos, antes de dejarlos solos, de lo que ocurría al cerrarse la puerta.

—Recordar situaros cerca de la cama rápido, que en cuanto se cierre la puerta os caeréis al suelo de culo.

—No nos pasará nada, quédate tranquila.

—Estoy tranquila, pero tener cuidado. Aquí no debe haber prótesis de cadera —bromeé con ellos.

Aquella misma noche nos entregaron los horarios de comida, aseo y trabajo. Todo bien dispuesto y organizado. Me fijé en el horario de mis padres, solo coincidíamos a la hora de comer.

Capítulo 5

Los siguientes dos días, los pasamos viendo las diferentes secciones de la nave, y dónde realizaríamos nuestras tareas a diario. Esperaba que no fuera un trabajo demasiado duro, pues nunca se me había dado demasiado bien el trabajo, ni trabajar en equipo. Nos explicaban sección por sección, cuáles serían nuestras tareas. Fue un alivio descubrir, que nuestra función allí era bastante fácil. En la sala del comedor, en una zona contigua a esta, estaba la cocina. Era un espacio pequeño para albergar a un par de personas en su interior sin que estas se estorbaran. Pero en aquel preciso momento, veía como seis personas intentaban entrar en aquel lugar para verlo todo, y parecía más pequeño. Tenía un complejo sistema, pero de fácil uso. Debíamos introducir los alimentos en grandes cantidades en un horno gigante situado al fondo de la cocina. Este tenía un temporizador, que tras diez minutos la comida estaba lista. Era transportada a la pared contigua, donde se cortaba y separaba en raciones, que luego se envasaban en las bandejas y salían por una ranura directamente a la zona de servicio, que eran aquellos mostradores que vi la primera vez y que se replegaban al acabar.

En una planta superior estaban las salas de ganadería y agricultura; la primera de ellas era una maloliente sala llena de animales, vacas, cerdos, ovejas y gallinas. Era una de mis salas favoritas, porque pese al mal olor y al ruido que todos esos animales hacían juntos, ese lugar estaba lleno de vida.

Los primeros animales que pude ver al entrar en la sala, fueron las gallinas y los cerdos, las gallinas a la izquierda con un pequeño gallinero al fondo. Los cerdos estaban a la derecha, cada zona destinada a unos animales, bien delimitada, unos a izquierda otros a derecha. Del lado de las gallinas estaban las ovejas, enfrente de estas las vacas, con un poco más de espacio al fondo. Nuestra misión en aquella sala, era un poco más dura y sucia; debíamos alimentar a los animales, seleccionar los huevos, ordeñar las vacas y por último, recoger los excrementos que servirían de abono.

Por eso, si tuviera que elegir una de ellas, la mejor de todas, sería la sala de agricultura. Tenía un tamaño parecido a la sala que la precedía, pero completamente diáfana aun con sus zonas separadas y bien diferenciadas según el tipo de cultivo; cereales, verduras y hortalizas, junto con otras muchas plantas. Una pasarela ancha y larga cruzaba toda la sala para poder acceder a los cultivos. La luz de aquella sala era igual que un día soleado, con una temperatura agradable de verano suave y el punto justo de humedad. El

sistema de riego era automático, en el borde de la pasarela unos aspersores, vaporizaban una suave brisa de vapor de agua sobre los cultivos. Solo había unos pocos brotes verdes sobre la tierra fértil.

Al día siguiente tocaba cocina, debíamos servir el desayuno a todo el mundo, recogerlo después y volver a la hora del almuerzo, servir y recoger y volver a la hora de cenar. Me quedé dormida pensando en el grupo de gente con el que me tocaría colaborar todos los días.

Al día siguiente me despertó una voz artificial, me llamaba y me sacaba de mi sueño avisándome que debía acudir a la cocina. Me levanté y me vestí, me puse los mejores vaqueros que tenía en casa de mis padres y una camiseta negra. Me recogí el pelo en una coleta alta y corrí al cuarto de baño, no era mi hora de aseo, pero si no me lavaba la cara y cepillaba los dientes, no podría hacer mi trabajo. Acabé rápidamente y me fui al comedor.

Nuestro grupo estaba formado por cinco personas, solo dos chicas en el grupo, una chica morena muy guapa y yo misma, el resto eran hombres. Nos repartimos el trabajo, tres de nosotros repartiríamos las bandejas a los mostradores mientras en el interior de la cocina, el resto del equipo, comprobaba el correcto funcionamiento del sistema.

Con una gran eficiencia, pese a que acabábamos de conocernos, entregamos las bandejas de comida entre la gente. Cuando acabamos de repartir y sin salir del interior de la cocina, nos comimos nuestro desayuno.

Entablé conversación con la única chica que se encontraba conmigo, rápidamente se enfrascó en una conversación. Me contó que estaba recientemente casada y me presentó a su marido, que formaba parte de nuestro equipo. Hacían una pareja perfecta, muy guapos los dos. Ella morena y él castaño rojizo, altos y esbeltos.

Mi subconsciente, esa voz que me molestaba de vez en cuando, ahora se había convertido en una persona de carne y hueso en el interior de mi cerebro. Tenía mi cuerpo y mi cara, y no paraba de mirar embobada al hombre que acompañaba a mi nueva amiga. Nos caímos bien al instante, eran July y Robert, psiquiatra y arquitecto, que acababan de trasladarse de Estado cuando recibieron la noticia.

—No hago más que hablar de nosotros, ¿y tu marido, dónde está? —me preguntó July.

—No estoy casada, estoy aquí con mis padres —contesté.

—Pues ya tienes dos amigos —continuó July, algo apurada.

Desprendía una energía amable, sincera y tranquila, me alegraba

sinceramente haberla conocido, además es psiquiatra “debía pedirle consejo sobre lo que pasaba en el interior de mi cabeza, no era algo normal”, pensé. Me separé del grupo en cuanto acabamos nuestra tarea, como no sabía muy bien dónde ir, terminé dando vueltas por pasillos que no conocía. En uno de esos pasillos me encontraba, cuando me crucé con Jack por primera vez después de mucho tiempo. Estaba al final del pasillo, busqué desesperadamente una salida, pero no veía ningún sitio por donde escapar y así no tener que enfrentarme a ese momento que tanto temía.

Estaba exactamente igual de cómo lo recordaba, alto, moreno y musculoso, sus ojos verdes me miraban de arriba abajo mientras caminaba por el pasillo hacia mí.

—Para estar en un sitio tan reducido, hemos tardado en encontrarnos, ¿verdad? —pregunta Jack mientras acorta la distancia que hay entre nosotros.

Pese a la arrogancia y demás defectos que caracterizaban a ese hombre que tenía frente a mí, la atracción sexual que sentí fue brutal y me dejó sin aliento. Cuando todavía estábamos juntos me regañaba a mí misma, pues sucumbía rápidamente a sus encantos sexuales. Tenía que echar mano de toda mi concentración para no comérmelo con los ojos en aquel mismo momento, aunque un rápido vistazo no se notaría. Vestía con un uniforme naranja, que estaba forrado en su interior y que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, “está muy sexy”, apuntilló mi subconsciente.

De nuevo me invadió el recuerdo de nuestro último encuentro. Recordaba con claridad el rastro de ropa que habíamos dejado por el tramo de la escalera, mientras nuestras lenguas exploraban los límites en la boca del otro. Sus manos grandes, suaves y firmes se ocupaban de mis pechos. Sus dedos excitaban mis pezones que se endurecían al sentir su aliento sobre ellos. Los cubría su hábil boca excitándolos aún más, sus manos se ocupaban de mi trasero, me quitó las bragas suavemente por las piernas y las dejó a un lado. Mis manos se deslizaban sobre su pecho hasta sus hombros y por detrás de su cuello, deleitándome en lo suave y dorada que era su piel. Jack apretaba su cuerpo contra el mío, sintiendo su erección contra mi vientre, enlacé mis dedos tras su nuca y de un salto rodeé sus caderas con mis piernas, apretándolo fuertemente contra mí.

“Vuelve en ti, JJ”, me suelta mi subconsciente, Jack estaba esperando a que dijera algo, parado delante de mí.

—Tienes razón, aunque supongo que debe ser normal, las tareas que tenemos tú y yo son muy distintas y por eso no hemos coincidido —dije

bromeando.

—Tenemos pensado algo distinto para ti cuando haya pasado un tiempo —continuó Jack.

Tal vez Jack no había entendido lo que pretendía decir, sin embargo pensaba que me quejaba de mis tareas, y era justo todo lo contrario, estaba contenta con tener un trabajo que hacer.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—Algo más acorde para ti, pero ya lo verás cuando llegue el momento. Mientras tanto, cuando tengas un rato, podías pasar a verme por el puente, allí me encuentro muy solo.

—¿No hay tripulación contigo?

—Créeme, estoy solo ahí arriba.

—Veré que puedo hacer... —contesté mientras pasaba frente a él para continuar mi camino.

Pero Jack, sujetándome suavemente por el brazo, se acercó un poco más y me susurró junto al oído.

—Hazlo, por favor —“No suena a petición, es más bien una súplica”, pensé en mi interior.

—Jack, lo siento de veras, pero lo nuestro murió hace tiempo y aunque la tierra no exista, no creo que eso cambie —“Aunque eres increíble en la cama”, añadió mi subconsciente.

—Lo sé, pero no pienso rendirme. Sabes, he cambiado bastante desde la última vez que nos vimos.

—Hasta pronto, Jack —me despedí de él mientras soltaba suavemente su mano de mi brazo.

—Seguro... —contestó con la sonrisa arrogante de siempre en los labios.

En mi interior me reía de mí misma y esperaba que mi exterior se mantuviera bajo control. Por supuesto que era arrogante su sonrisa, él estaba muy seguro de sí mismo, sabía perfectamente que tarde o temprano nos volveríamos a encontrar, dado que estábamos confinados en aquella nave. Lo único que podía hacer, era intentar que nos volviéramos a ver más tarde que pronto.

En aquel momento, me di cuenta de una cosa, no me gustaba ver a Jack. Provocaba en mí, sentimientos encontrados; por una parte estaba mi lado racional, que era el que sabía que si me rendía y me implicaba de nuevo, sufriría. Volveríamos a encontrarnos en el mismo punto que la última vez, y lo

pasaría mal. Por otro lado se encontraba el irracional, que es esa pequeña voz en mi cabeza que de vez en cuando me increpa. Ahora se ha convertido en una reportera, va vestida con traje de falda y chaqueta, y un micrófono. Esa parte quería sexo salvaje con ese hombre, pero también me tocaba lidiar con las sensaciones que él le provocaba a mi cuerpo, que también lo deseaba. “¡Esas manos lo conocen tan a la perfección...!”, mi pulso se aceleró rápidamente, mi respiración era entrecortada, me escondí tras la primera esquina que encontré e intenté calmarme, me costaba gran esfuerzo meter aire a mis pulmones, “¿podía estar sufriendo un ataque de pánico?”

La imagen de la Tierra volvió a mis recuerdos. Teníamos delante de nosotros la Tierra en toda su circunferencia, con todos sus colores, pero grandes nubes grises la iban cubriendo poco a poco, desde el este al oeste y del norte al sur, barriéndolo todo a su paso, dejando ante nosotros aquella bola gris, nuestro peor temor se hacía realidad, ahí nada podría sobrevivir.

Inspiré hondo y continué mi camino. Me dirigí hacia el comedor, pues era el único sitio al que podía ir. “Parece que a mis compañeros les pasa lo mismo”, pensé en mi interior al entrar y verlos allí a todos sentados a una mesa. July, Robert, e Ian y Mike, los mellizos. El primero, Ian, era alto y de complexión delgada, rubio y muy guapo. El otro era Mike, más musculoso, pero unos centímetros más bajo que su hermano, tenían la misma nariz recta y mandíbula cuadrada, sus ojos eran de un color azul intenso y cristalino. Los saludé a todos y fui a sentarme junto a July.

“¿Por qué son todos tan guapos por aquí?”, preguntó mi subconsciente, en tono mordaz... cuando se unió a nosotros, otra chica. Tenía largas piernas bronceadas y sugerentes curvas, una preciosidad de piel color caramelo, rostro redondeado y ojos verdes felinos, muy bien maquillados y arreglados. Ian y Mike no apartaban sus ojos de ella. Robert también se fijó, pero rápidamente sonrió cálidamente a July y besó a su esposa con pasión. La mujer caminaba hacia nosotros, de forma sugerente, como si se tratara de un desfile de lencería. Mi subconsciente, que ya había salido de su estupor al ver a aquella mujer, me hizo caer en la cuenta. “Es Simona, una de las *Top-model* mas importantes”. “Es verdad, sin el glamour, los taconazos y el gentío de alrededor, no la he reconocido”, contesté a mi subconsciente.

—Hola, ¿tú no eres Jane Johnston, la presentadora de televisión? —me preguntó la *Top-model*.

Y pillada por la sorpresa de que esta me reconociera a mí, contesté con una grata sonrisa.

—Sí, la misma que viste y calza.

—¿Presentadora de televisión? —preguntó July, arqueando una de sus perfectas cejas—. ¿En dónde?

—Soy periodista, pero me metí en el mundillo de la televisión. No es para tanto, solo se trata de la cadena local.

—Sí, la cadena local más importante —dijo Simona.

—¡Qué bien! Tuve una amiga muy querida que también era periodista.

—¿Y por qué hablas en pasado?

—Es una larga historia —mientras decía aquello, miró a su marido con auténtica devoción y amor.

—Ajá.

Así terminamos formando un grupo de lo más variopinto, una psiquiatra, un arquitecto, Ian era abogado y Mike llevaba un año de residencia en medicina, una modelo y la periodista. Hacíamos las tareas todos juntos y comíamos en la misma mesa, excepto Simona que tenía mejores cosas que hacer. A Ian le cambiaba el humor cuando la modelo dejaba el grupo. Ya me había fijado en la forma de mirar de Ian a Simona mientras trabajamos juntos. Ian empezaba a sentir algo por la modelo.

Llevaba varios días sin saber nada de mis padres. Con esta nueva rutina de horarios no me había acordado de ellos hasta que un día cuando ya me marchaba del comedor para acostarme, mi padre me paró sujetándome suavemente por el codo.

—Quédate un rato con nosotros —pidió, señalándome con la cabeza su asiento de al lado, y como buena hija me senté junto a él.

—¿Qué tal todo? —preguntó mi madre.

—Bien, estoy muy contenta, la verdad.

—Ya lo vemos —dijo mi padre—. Desde hace varios días solo te vemos en las comidas.

—He hecho amigos, eso es todo.

—Y nos alegramos por ello, cielo. Es solo que... ya que hemos sobrevivido al fin del mundo, no queremos perder ahora a nuestra hija.

—Es solo cuestión de tiempo, las cosas se normalizarán y nosotros volveremos a nuestra rutina.

“Los padres, ¿no deben dejar a sus hijos a su aire a partir de cierta edad?”, preguntó mi subconsciente. “Sí, supongo que sí, cállate por favor”, cuando usaba su tono mordaz, me molestaba mucho, y sobre todo que incordiará en momentos como ese.

Capítulo 6

Aquella noche, fue la primera de todas en la que no sufrí ningún ataque de ansiedad al cerrarse la puerta del dormitorio. Hasta entonces, cada vez que me metía allí, tardaba quince minutos en recuperar una respiración normal y tranquilizar el pulso mientras escuchaba la música de mi viejo iPad. Como no sentía miedo, esa noche disfruté de la música, la tranquilidad y soledad de ese espacio privado, y de mis pensamientos. No me permití volver a pensar en Jack ni una sola vez, algo que a mi subconsciente no le gustó nada, y me lo hacía saber en sueños. Sueños calientes y salvajes con ese hombre, aunque en realidad no eran sueños, sino recuerdos de momentos pasados.

Deliciosos recuerdos de su cuerpo suspendido sobre el mío, sus manos plantadas a cada lado de mi cabeza, disfrutando de la visión de su piel siempre bronceada, tersa, firme y suave, sobre aquellos músculos trabajados. Me desperté bañada en sudor y muy excitada. Pulsé el botón de apertura de la habitación con una única misión, llegar hasta el puente de mando y pedirle a Jack que me echara un polvo salvaje. Y ese era precisamente el plan que tenía mi subconsciente, pero no lo consiguió, porque reaccione a tiempo, retrocedí y me tumbé de nuevo sobre la cama, excitada y acalorada no volví a pegar ojo.

Miraba el techo de mi habitación cuando sonó la alarma. Miré la pared junto a mi cama, hoy no había ningún mensaje para mí, llegaría a tiempo para mi turno de aseo. Recogí mis cosas y me fui a la ducha, tras pasar varias horas tratando de olvidar el cuerpo de Jack y haber fracasado en el intento, lo que necesita era una buena ducha fría. Las duchas y baños eran mixtos, pero a aquellas horas tan tempranas, sería la primera. Solo habían dado el primer aviso.

Esa mañana tocaba revisar las máquinas, el trabajo de aquel día era uno de los que menos me gustaba realizar. En las plantas inferiores, donde se encontraban todas las máquinas y motores, hacía siempre mucho frío, para refrigerar el ambiente. Era muy estrecho y encima estaba oscuro. Otros aprovechaban esas circunstancias para hacerse cariñosas caricias y cosquillas. En ese momento, nos interrumpió un mensaje de megafonía.

—Buenos días, señoras y señores, les informamos que hoy tras el último turno de comida, deben asistir todos a una reunión en la sala común, gracias.

Salí del lugar donde me encontraba al mismo tiempo que la parejita, July se sonrojó al verme salir, no sabía el tiempo que llevaba allí y lo que podría haber visto.

—¿Qué será lo que ocurre? —le pregunté directamente a ella para que se le pasase rápidamente el apuro.

—No lo sé, la verdad —contestó July guiñándome un ojo cómplice, y sonrió tímidamente.

Volvimos al trabajo, no era duro y al igual que las otras tareas, no nos llevaría mucho tiempo. Debíamos revisar números, y con un listado en las manos comprobar que estaban encendidas las luces en los paneles correctos, y revisar cualquier fallo o fuga en la estructura. En caso de encontrar algo fuera de lugar o en mal estado, debíamos avisar al personal de la nave.

Una hora más tarde, habíamos acabado. Durante toda esa última hora, July y Robert no volvieron a tocarse, ni siquiera hablaron entre sí. Yo no dejaba de darle vueltas a una pregunta en mi cabeza. “¿Qué ocurría? De qué podría tratarse para reunirnos a todos”. Ideas sombrías cruzaban por mi cabeza. “¿Podíamos habernos quedado sin combustible? No, esta nave genera su propia energía”, otras ideas eran extravagantes. “¿Podíamos habernos perdido en el espacio? No, Jack es buen piloto” y otras completamente imposibles o ridículas. “¿Podríamos llevar a bordo un alienígena, como en una película? No es creíble”.

Mi subconsciente se rió de mis imaginaciones y yo me uní a ella en el interior de mi cabeza.

Había llegado el momento de ir a ver a Jack, y tal vez conseguir algo de información acerca de la reunión de esa tarde.

Íbamos el grupo al completo, camino de la cocina para comer, cuando uno de los integrantes de la tripulación pasó por mi lado, le había visto el primer día cuando repartían la comida. No me lo pensé dos veces y le pregunté...

—Perdona, ¿cómo puedo llegar al puente de mando?

—Tienes que subir tres niveles desde aquí, en el último coge el pasillo central y al final, encontrarás una puerta y tras ella, el puente de mando. Pero no podrás entrar, vuestras tarjetas no tienen acceso.

—Voy a ver a su capitán, o comandante o lo que sea que ustedes le llaman, el piloto es amigo mío, me abrirá la puerta.

—Si usted lo dice —me dijo y se marchó con paso airado.

“Que tío más borde”, soltó mi subconsciente. “Más que borde, yo diría que es un gilipollas”, añadí a mi yo interior y continué con mi camino hacia la cocina.

—¿Oye, y tú de qué conoces al piloto de la nave? —me preguntó July al

llegar hasta donde me esperaba.

—Hace algún tiempo, éramos amigos —“Ha debido escucharte mientras le preguntabas al tripulante”, me aclaró mi subconsciente.

—¿Amigos? ¿Hace algún tiempo? —continuaba indagando mi amiga, que parecía no darse por vencida hasta conocer todos los detalles.

—Nuestros padres pertenecen a la misma comunidad de vecinos, pero nos conocimos de casualidad en la fiesta de un amigo, después de eso estuvimos viéndonos durante un tiempo. Aquello terminó hace meses, se volvió una relación solo física.

—Digamos... que os pasabais el día dándole, ¿no es cierto?

—No, todo el día no, lo más importante era el sexo, el resto no importaba. Estuvo bien durante un tiempo, pero empecé a necesitar algo más, y con ese hombre no puede ser, es superficial, y no voy a decir más.

—¿Lleva un uniforme naranja ajustado al cuerpo? —me preguntó.

—Sí.

—¿Alto, moreno, de ojos verdes y musculoso? —seguía insistiendo.

—Sí.

—Le he visto y... ¡Dios mío... está buenísimo!

—Sí, además sabe utilizar su atractivo —solté sin pensar en lo que decía.

—¿Qué casualidad que este aquí, no?

—No te creas, no tiene nada de casual —dije mientras cogía la primera bandeja de comida—. Pero dejémoslo ahí, no quiero pensar en ese tipo de cosas.

—Debes seguir tu instinto, yo lo hice y gracias a eso, tengo la vida que deseaba.

—Es un buen consejo, lo tendré en cuenta. Vamos a sentarnos a comer.

Después de comer me despedí de mis compañeros y dejé la bandeja encima del mostrador, y me marché de allí. Seguí las instrucciones que me había dado el tipo de la tripulación. “¡Ese tío tan borde!”, apuntó mi subconsciente. La puerta estaba cerrada. “Tal y cómo me había advertido”, me recordé a mí misma.

Observé que en el lado derecho de la puerta, había un lector de tarjetas iluminado en color verde. Saqué mi tarjeta del bolsillo de atrás de los vaqueros, crucé los dedos y agité la tarjeta delante de mi rostro mientras pensaba una y otra vez... “Que funcione, por favor, haz que funcione”, besé la tarjeta y con decisión la pasé por delante del lector. Por un momento me

invadió el pánico, una luz amarilla se encendió en el lector, pero el pánico pasó rápidamente al júbilo al ver iluminarse de nuevo en el lector, ese maravilloso color verde.

Con un suave siseo, la puerta empezó a deslizarse hacia la izquierda, dejando a la vista un pasillo estrecho y muy oscuro. Crucé la puerta que se cerró inmediatamente tras de mí, dejándome completamente a oscuras. Usando mis manos conseguí palpar la pared, y guiándome a través de ella, llegué hasta el final del pasillo. El puente de mando de la nave, parecía pequeño y además oscuro. La única iluminación que había allí, se trataba de unas pequeñas lucecitas, botones esparcidos por todas las paredes y una sutil luz azulada que parecía irradiar de una mesa. Se encontraba en el centro de la sala, pero no era una mesa. Se parecía a la encimera que tenía en la cocina de mi casa, un bloque rectangular, negro y brillante.

Esa leve iluminación me permitió ver a Jack, estaba junto a la mesa, ligeramente inclinado sobre ella, observando algo. La luz azulada marcaba su rostro, sus atractivos rasgos masculinos, los pómulos, la fuerte mandíbula y su enérgica barbilla. Se le veía muy concentrado, o tal vez estaba enfadado. Era difícil saberlo. Llevaba puesto el mismo uniforme que vestía la primera vez que nos vimos en el pasillo. “El mismo o uno igual”, apuntó mi subconsciente.

La voz que continuaba en el interior de mi cabeza, seguía con su evolución propia. En aquel momento se presentaba en mi cabeza, vestida con su traje oscuro. El pelo recogido en un moño ligero y unas gafas de pasta negra. En una mano tiene un bloc y en la otra un micrófono de reportera. Se humedecía los labios que llevaba pintados de un rojo brillante, solamente con verlo. Por mucho que la reportera me irritaba en muchos casos, en esta ocasión y por segunda vez, solo podía estar de acuerdo con ella. Jack era un hombre muy sexy.

Llevaba el mono naranja puesto solo hasta las caderas. Los brazos del uniforme se los había atado por delante, su torso cubierto por una camiseta interior blanca de tirantes. Casi podía notar lo suaves y fuertes que eran esos músculos de los hombros y los brazos, tragué saliva intentando serenarme y entré en la sala.

—¿Estás enfadado con esa mesa? Porque estas fulminándola con la mirada, ¿puedo ayudarte? —pregunté mientras avanzaba por la habitación.

—Esta mesa se porta genial, solo es un problema que me llevará algo más de tiempo resolverlo —contestó y pasando una de sus manos sobre la mesa, se atenuó la luz de esta.

—¿Tu problema tiene algo que ver con la reunión de esta tarde?

—Sí y no. Solo has venido para sacarme información, ¿verdad?

—Lo siento, pero es cierto. Creo que ya te lo he dicho.

—Recuerdo que lo pasábamos bastante bien juntos —dijo y empezó a acercarse a mí.

—Lo pasábamos bien en la cama, punto. No era suficiente para mí.

—Te olvidas del coche, y aquella limusina, el ascensor de tu apartamento y en el mío...

—Basta ya... —le interrumpí, abrió la boca para decir algo, pero rápidamente la cerró. “Buen chico”, aprobó la reportera—. No me refería a eso, y lo sabes.

Jack avanzaba con paso lento pero seguro en dirección a mí, retrocedí varios pasos intentado poner distancia entre nosotros. Me resultaba difícil resistirme a su atracción física. Si se acercaba más, tendría que luchar con su aroma y su tacto. Rompería mis barreras y así conseguiría lo que quisiera de mí. El muy arrogante, lo sabía. Así que... decidí que debía cambiar de táctica. Voy directamente a su encuentro, pero en el último momento giró sobre mí y rodeó la mesa, poniéndola justo entre los dos. Jack me mira perplejo. No puedo evitar pasar mi mano por la superficie de la mesa, que continúa iluminada aunque su luz es tenue. Jack se paró al otro lado de la mesa, apoyando de nuevo sus brazos en ella, exactamente como estaba cuando llegue.

—Algún día deberíamos hablar, ya te dije que soy una persona distinta, he cambiado —dijo mientras me miraba a los ojos.

—Voy a ser muy sincera contigo, aunque suene mal o pienses mal de mí —se acercó hasta mi lado y apoyó su trasero contra la mesa, me giré apoyando la cadera también contra la mesa para mirar su perfil, y continué—. Me alegro que estemos aquí juntos, al igual que me alegra que todavía sientas algo por mí.

—Pues así es, pero necesito que me des una oportunidad.

—Lo que tú y yo teníamos era algo solo sexual, que por un tiempo me pareció genial y fue refrescante, pero yo no soy así.

—Siempre he tenido problemas con el compromiso.

—Dime algo que yo no sepa —contesté cortante.

—Pero ya no, ha pasado poco tiempo, pero ha sido suficiente para darme cuenta de las cosas que me importan.

Estábamos sorprendentemente cerca el uno del otro y las palabras que

estaba diciendo... “Y además hace mucho que no echamos un polvo...”, añade la reportera, que otra vez se humedece los labios, mirando a Jack.

—¿Te apetece que volvamos a intentarlo? —preguntó directamente, como yo me había quedado muda de pronto, él continuo—. Pásate a verme de vez en cuando y hablamos como un par de personas que acaban de conocerse.

—¿Cómo si fuéramos amigos? —pregunté, poniéndole a prueba.

—Si no existe otro camino... seríamos amigos. Me cuesta mucha concentración tenerte aquí a mi lado y no estrecharte entre mis brazos y besarte —contestó, cruzándose de brazos.

—Bueno, a mí me parece bien —contesté y di un paso al frente. Pasé por su lado y dejé que mi mano acariciara un instante su vientre por encima de la camiseta, él inspiró bruscamente al sentir mi suave contacto, yo retiré mi mano y continúe hablando—. ¿Amigos con derecho...? —dije sin terminar de hacer la pregunta.

—A roce —terminó mi frase y ya lo tenía pegado a mi cuerpo.

“Ha picado el anzuelo, esta vez vamos a jugar a su juego”, pensé. “¿Sabrás manejar tus armas?”, preguntó la reportera, “¿acaso no lo estás viendo?” Zas, en toda la boca. Rápidamente se esfumó de mi cabeza.

Me empujó suavemente contra la mesa y me mantuvo ahí reteniéndome con su cuerpo. Me cogió por sorpresa y no pude contener la risa. Inmediatamente dejó de sujetarme separándose de mí. Cuando conseguí controlar mis carcajadas levanté la cabeza, Jack me estaba mirando con ojos divertidos. “O eso me parece”, pensé.

—Me has pillado por sorpresa, y me ha hecho mucha gracia —él sonreía, como nunca le había visto hacerlo.

—Bueno, me alegro de haberte hecho gracia. Nunca te había oído reírte así —volvió a aprisionarme con su cuerpo, manteniéndome quieta.

—Eso no es cierto, nos hemos reído mucho juntos.

—No, como esa risa no. Era autentica y aunque parezca una estupidez, sonaba feliz.

En ese momento comencé a sentir su erección contra mi vientre, debía parar esto. “Déjate llevar, tonta”, me decía mi subconsciente que no podía resistirse a la presencia de Jack y seguir enfadada conmigo. Debía detener eso ya, o sería demasiado tarde, lo supe en cuanto le miré a los ojos. Conocía bien esa mirada, sensual y ardiente, sus labios entreabiertos rozaban mi mejilla, y sujetándome la cabeza con ambas manos, me besó apasionadamente. Me invadió la boca con su lengua, de forma implacable. Y... me dejé llevar,

aunque solo fuera un poquito. Me excité inmediatamente, mis manos seguían su propio camino, subiendo hasta la parte superior de sus brazos, devolviéndole el beso con la misma intensidad.

“Todavía puedo parar esto”, rezaba en mi interior. Volvió a empujarme suavemente con sus caderas y de nuevo noté su erección, estaba tan excitada que gemí en su boca, lo que nos dio a ambos un segundo para recuperar el aliento y la cordura.

—Para Jack por favor, no podemos empezar a ser amigos, acostándonos juntos.

—¿Por qué no? Sabes que esta parte, funciona muy bien —dijo junto a mi oído, mientras regaba de besos, húmedos y tiernos todo mi cuello, desde la oreja hasta el hombro. Sujeté con firmeza su cara a la altura de la mía y le miré a los ojos.

—Tienes razón, por eso deberíamos dedicarnos a fomentar otros aspectos más importantes en una amistad —defendí mi postura mientras le daba un suave cachete en la mejilla, él abrió mucho los ojos haciéndose el sorprendido, pero con un brillo travieso en sus profundidades verdes.

—Con que esas tenemos ¿no? —ataca, intentando hacerme cosquillas de forma un tanto torpe.

En este aspecto soy una experta y puedo aguantarme bastante la risa. Por fin, empecé a reírme pero solo para darle ánimos, consiguiendo de esa manera, que pusiera más atención en su cometido, hasta que me hizo cosquillas de verdad y me reí de forma histérica, sin poder parar, hasta que me faltó el aliento.

—¡Para, para ya, por favor! Déjame respirar.

Se apartó un poco y aproveché la oportunidad, era más rápida que él y conseguí escabullirme de sus brazos, poniendo distancia entre nosotros. Le miré y sonreí.

—Vale, creo que entiendo lo que dices —aceptó mientras estudiaba sus pies—. Estoy un poco confuso —confesó sin levantar la cabeza.

—¿Por qué estás confuso?

—Quieres que seamos amigos, y por el momento no te interesa otra cosa.

—Vas bien encaminado —apunté animándole a continuar.

—Entonces, ¿por qué juegas conmigo?

—¿Jugar contigo? —pregunté haciéndome la tonta. Esto no me lo esperaba y necesitaba reaccionar.

—Bueno... me refiero a lo de dejar la pregunta sugerentemente en el aire, y cuándo me tocas como si no te dieras cuenta...

“Suéltalo”, me gritaba mi subconsciente. Ella tenía razón, era mejor quitarnos ese peso de encima, decir la verdad y no empezar una amistad con mentiras, parecía lo más correcto.

—En primer lugar, debo decir que en una relación de amistad, existe el contacto físico. En segundo lugar y sé que me voy a arrepentir de decirte esto... —me callé para inspirar profundamente y continué—. Me pones muy caliente. ¡Ala, ya lo he dicho! Me siento mucho mejor —volví a guardar silencio, ya se está acercando a mí, ha vuelto esa sonrisa arrogante que tanto odio a sus labios—. Pero eso no cambia el hecho de que eso no es suficiente para mí.

Inmediatamente dejó de acercarse, volvió junto a la mesa y allí apoyó su trasero contra ella.

—Por lo menos, ya sabemos la parte que funciona, ¿no es un alivio?

—Sí, pero nos estamos desviando del tema. ¿Amigos? —pregunté y extendí mi brazo para un apretón de manos. Él se incorporó con la intención de estrechar la mía—. ¿Prometemos que mantendremos las manos alejadas el uno del otro? —pregunté antes de cerrar el trato.

—No, lo siento. Que no haya sexo lo entiendo, va a ser muy duro pero lo entiendo, pero me gustaría cruzarme contigo y poder darte un beso, aunque sea solo en la mejilla, como buenos amigos —corrigió al ver mi expresión.

—Eso es lo que haría un amigo, yo me refería al magreo que nos acabamos de dar. Ese tipo de cosas son las que debemos evitar.

—Estoy de acuerdo, no creo que te fuera tan sencillo escabullirte de mí si vuelve a ocurrir, me gusta mucho estar dentro de ti.

Diciendo esas cosas tan sensuales, sabía que me iba a costar mucho esfuerzo, pero no podía cuartar su forma de expresarse, al fin y al cabo él era así.

—Está bien, tomo nota para que no vuelva a ocurrir, por el bien de nuestra salud.

—Creo que hemos llegado a un acuerdo, ¿tienes algo que hacer ahora? —preguntó.

—No, nada que hacer. En realidad ya sabes por qué he venido, quería preguntarte por la reunión de esta tarde, me puedes adelantar algo.

—¿Quieres que te enseñe cómo es esto?

—Claro —me tendió su mano y yo la acepté.

Cruzamos la sala en una oscuridad casi completa. “Terminaremos rápido con esto”, pensé. “El sitio es bastante pequeño”, o eso era lo que parecía.

Mientras caminábamos, se iban iluminando las zonas a nuestro paso, y me sorprendí al ver el tamaño real de aquel lugar, que era de todo menos pequeño. Las paredes, suelos y techos eran todos en color negro, pulido y brillante. Por eso parecía un sitio pequeño. Miles de luces parpadeaban y brillaban por todos lados.

—Cuántas luces, parece una decoración navideña —digo, solo por llenar el silencio.

—Sí, es posible que algún día del aburrimiento me ponga a contarlas todas.

—¿Acaso aquí no trabajas? Porque nos vendrías muy bien a la hora de recolectar.

—Aquí lo único que hago es trabajar, cálculos en las trayectorias espaciales, comprobación de todos los sistemas de la nave, intentar contactar con lo que pueda haber ahí fuera...

—Entonces, no tienes tiempo de contar lucecitas.

—Sí, sí que lo tengo —dice soltando mi mano para pasar la suya por delante de un lector digital, tras un suave siseo se abrió una puerta.

Aquella habitación se trataba de un dormitorio convencional, y no las celdas que teníamos nosotros. Un escritorio, una cómoda, mesitas de noche y una gran cama, en la cual entrarían perfectamente cuatro personas. Los muebles en colores blancos y negros, y formas frías e impersonales. “Como su apartamento”, añadió la reportera. Era un lugar moderno y sofisticado, equipado con todo lujo.

Intenté fingir mi mejor cara de asombro al mismo tiempo que acusatoria antes de girarme y mirarle a la cara, y protestar en broma a su costa.

—Pero que morro tienes —le acusé.

—¿Morro? —repite—. ¿Pero tú cuántos años tienes, siete?

—Eres un maldito cabrón con suerte, ¿te gusta más así? —contesté dándole la espalda con fingida indignación.

—Este cabrón con suerte, puede compartirla contigo —susurró junto a mi oído, y me sobresalté pues no me esperaba tenerlo tan cerca. Se irguió y continuó hablando—. También tengo una cocina, no es gran cosa pero puedes venir aquí cuando tú quieras.

—Supongo que también tendrás tu propio cuarto de baño, ¿no es cierto?

Me vuelvo para mirarle pues no ha contestado a mi pregunta, veía en su

cara como estaba conteniendo la risa. Tiene una expresión muy graciosa y acabamos los dos riéndonos a mandíbula batiente por mi fingida indignación y por su expresión.

—¿Sabes la suerte que tienes al tener todo esto? —pregunto cuando remite la risa.

—No se trata de suerte, yo casi no puedo salir de aquí, excepto en raras ocasiones.

—Entonces, por eso dijiste que te encontrabas muy solo aquí, ¿verdad?

—Sí —algo en su tono de voz llamó mi atención, parecía triste.

—¿No sube nadie ha verte? —pregunté, realmente interesada.

—Gente de la tripulación, algunos de ellos tienen que pasar un informe todos los días. Eso es todo.

—Ahora lo comprendo.

—Bueno... —dijo como dudando—. Tengo algo parecido a compañía, se trata del ordenador de a bordo, Inteligencia Artificial.

—¡Oh, qué interesante!

—No te creas, es una sabihonda —dijo susurrando junto a mi oído

—¿Puede oírnos? —pregunté igual de bajito.

—No, aquí no. Yo puedo escucharla a ella.

—¿Es una mujer? —pregunté extrañada.

—No. Es una voz femenina, pero no tiene absolutamente nada parecido a una mujer. Luego te la presento —lo siguiente que me enseñó fue precisamente el cuarto de baño, que además incorporaba una gran bañera hidromasaje.

—Ahora entiendo que este lugar esté tan equipado, si no puedes salir de aquí... es comprensible.

—Tenías que haber visto la cara que has puesto antes. ¡Qué graciosa estabas!

—Mi ira no es graciosa, es terrible —dije, enarcando la ceja izquierda para mostrarme amenazante.

—¿Ira? —preguntó extrañado—. A mí me ha parecido una rabieta de niña pequeña —dijo mientras me miraba a los ojos.

Parecía que mi cara de amenaza no funcionaba, sin embargo, caminaba hacia mí con los brazos extendidos y las palmas de las manos en mi dirección, como si quisiera protegerse de mi reacción.

—Ya averiguarás como son mis rabiets —amenacé, señalándole con el dedo—. Solo estaba fingiendo estar enfadada.

—¿Me has amenazado? —preguntó mientras dejaba caer los brazos, que

todavía tenía extendidos hacia mí.

—Sí, te estoy amenazando —contesté tajante.

Pero una sonrisa bobalicona se extendió por mi cara. Me lo estaba pasando bien, y eso se notaba. A cambio recibí una sonrisa suya igual de bobalicona que la mía.

—¿Tú no habías venido hasta aquí con una misión? —preguntó con una sonrisa.

—Es verdad, me distraes. Quería preguntarte por la reunión de esta tarde, por si podías contarme algo.

—Una simple reunión informativa —contestó, pero sin continuar.

—¿Informativa sobre qué?

Tenía la sensación de estar haciendo una entrevista. Una de esas en la que el famoso que estás entrevistando, no te lo pone fácil y es reticente a contar lo que sabe. “Muy propio”, decía la reportera dentro de mi cabeza, se estaba retocando ella sola el maquillaje, como solían hacer conmigo en el plató antes de salir en directo por televisión.

—En breve llegaremos al final de la galaxia, nosotros para entonces deberíamos estar todos dormidos, supongo que os informaran esta tarde.

—Ajá —fue lo único que pude contestar.

—Precisamente por eso quería pedirte algo...

—Lo que sea, por nuestra recién estrenada amistad —admití aunque de inmediato quise morderme la lengua, había hablado demasiado a la ligera.

—¿Te importa si lo hablamos después de la reunión? —preguntó ansioso.

—No, no me importa. ¿Quieres que venga más tarde?

—Yo también tengo que asistir a la reunión. Cuando termine te busco —dijo mientras salíamos de allí, le seguí en silencio hasta el puente de mando.

Me iba a marchar de allí por el mismo camino por el cual había llegado, cuando Jack me detuvo, sujetándome suavemente por el codo.

—¿San? —dijo mientras me miraba. No sabía muy bien con quién hablaba.

—¿Sí señor? —dijo una voz de mujer, incorpórea y sensual.

—Quería que una persona te conociera, San esta es Jane, es amiga mía y puede que algún día venga a visitarnos —contestó Jack.

—Hola San, encantada de saludarte —dije mientras dirigía mi mirada a todas partes y a ninguna, pues no sabía de dónde salía aquella voz, acabé mirando a Jack que en ese momento estaba sonriendo.

—¿Qué? —pregunté articulando solo con la boca. Quería saber a qué venía aquella radiante sonrisa.

—Nada.

—Bienvenida al puente de mando, Jane —me saludó San.

—Gracias San, muy amable por tu parte. Jack debo marcharme, se estarán preguntado dónde estoy.

—Te acompañé hasta la puerta —y me cogió de la mano.

—Tan galante como siempre —bromeé.

Intentaba controlar la sensación que me provocaba su piel en contacto con la mía. Pasó la mano que tenía libre por el lector y la puerta se abrió. Nos quedamos allí parados, iluminados por la luz del otro lado del pasillo.

—Hasta luego —se despidió, llevándose mi mano hasta los labios, donde me plantó un beso en los nudillos.

—No vemos, Jack —me despedí.

Me marché de allí sintiendo sus ojos clavados en mi espalda hasta que se cerró la puerta, por fin me sentí liberada.

Capítulo 7

Me dirigí inmediatamente a mi dormitorio, en aquel momento necesitaba pensar en lo que habíamos hablado. Crucé el largo pasillo hasta las escaleras, corrí escalón por escalón con rapidez y agilidad, bajando los tres pisos en un momento. Iba con tanta prisa, que creí haber visto a July y al grupo al pasar por la sala común y coger la otra escalera, la que llevaba directamente a los dormitorios. La buscaría más tarde para hablar con ella.

Me encerré en mi habitación, me preparé para cuando se estableciera la gravedad en el interior de mi dormitorio. Cada vez era más fácil caer de pie. “¡Menos mal! Creo que ya tengo el culo amoratado de los golpes”, decía la reportera en mi interior.

Me quedé allí tumbada mirando el techo, allí había colocado todas mis fotos favoritas, no estaba demasiado alto y podía ver fotografías de paisajes preciosos de todas partes del mundo formando un *collage*. Había montañas cubiertas de nieve, valles verdes y frondosos, que se ven reflejados en el agua cristalina de un lago; grandes cascadas de agua tan cristalina, que casi parecen estar en movimiento. En el centro del *collage* estaban las fotos de las últimas navidades, las vacaciones del verano pasado con mi amiga Guio y mis padres. Aquellas imágenes me tranquilizaban, y empecé a recordar las bromas que nos habíamos gastado Jack y yo, minutos antes.

Una sonrisa genuina se extendió por mi cara. En el fondo sabía que estaba enamorada de Jack cuando le dejé, y no estaba preparada cuando le volví a ver aquí en la nave. Sin embargo, ese rato que habíamos pasado juntos había sido diferente, y las cosas que había dicho debía procesarlas. “Que ha cambiado pero... ¿será suficiente?”, le pregunté a mi subconsciente. “Será divertido averiguarlo”, me contestó, pero esta vez no podía estar de acuerdo con ella, si quería jugar a su juego, debía dejar los sentimientos a un lado. Mi cerebro lo tenía todo bien claro, pero una pizca de esperanza prendió en mi pecho.

Salí de la habitación en busca de July, quiero disculparme y hablar con ella. La última vez que creí haberla visto estaba en el comedor, y me encaminé hacia allí. En cuanto entré por la puerta, July se giró y me miró como si hubiera sentido mi presencia. Se puso en pie y se acercó hasta mí andando con paso rápido, enérgico y con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado? ¿Has averiguado algo? —me bombardeaba con

preguntas.

—Sí y no, perdóname July por lo de antes, necesitaba estar un rato a solas, para pensar —añadí, como si ella necesitara esa aclaración.

—Me has dejado preocupada, llevabas una expresión extraña, el ceño fruncido y una sonrisa muy desconcertante.

—Iba un poco confundida —contesté, pues era la verdad.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó ella alarmada.

—En realidad nada, es solo una reunión informativa.

—Entonces, ¿a qué se debía tu confusión? —me preguntó, yendo directa al grano.

—Es por algo personal.

—¿Es por tu ex? —intentaba sacarme información.

—Sí, luego hablamos —contesté, solo faltaban unos minutos para que empezara la reunión. Y los sillones ya estaban listos—. Voy a sentarme en mi sitio, luego hablamos y te lo cuento todo. Va empezar a la reunión.

Me senté en mi sitio, otros ya estaban sentados esperando. Delante de nosotros, había congregado un grupo de gente. Todos iban vestidos de uniforme. “Deben de tratarse de parte de la tripulación”, me dije a mí misma. Hablaban unos con otros cuando se les unió Jack. Nuestras miradas se cruzaron por un momento, en el fondo de sus ojos había una pizca de diversión. Saludó detenidamente a cada uno de sus oficiales y observé cómo hablaba con ellos, estaba muy serio.

Mi padre que no se perdía una... estaba rondando alrededor de Jack y la tripulación, encontró su momento y alcanzó su objetivo. Mi padre estrechaba la mano de Jack, e intercambiaron unas palabras al tiempo que me miraban, primero mi padre y luego él. Jack asentía a lo que fuera que mi padre le estaba diciendo, y vuelven a estrechar sus manos, despidiéndose. Sonriente, mi padre vino a sentarse a mi lado.

—¿Ese que has saludado, era Jack? ¿Qué ha sido eso? —pregunté, haciéndome la tonta.

—Sí, era Jack. Tenía ganas de saludarle, es la primera vez que le veo y quería asegurarme que sabía que tú estabas aquí.

—Misión cumplida, ya has conseguido que se entere, si es que no lo sabía ya.

—Sí que lo sabía. Me conocía perfectamente, enseguida se ha dado cuenta que era tu padre —sin que nos hubiéramos puesto de acuerdo, Jack me echó un cable en ese momento al fingir que casi no nos conocíamos.

—Habéis hablado muy poco.

—Bueno... me ha dicho que después de la reunión hablaríamos.

“¿Qué tendría que hablar Jack con mi padre?”, pensé. Nos quedamos allí sentados y en silencio esperando. July vino a sentarse a mi lado. Era Jack quien hablaría durante la reunión. Solo él, se adelantó al grupo de gente, que tenía a su alrededor. Mira el conjunto de personas que tiene delante y se detiene brevemente al cruzarse nuestras miradas. July que se ha dado cuenta, me propina un suave codazo en las costillas. Finjo que estoy dolida y enfadada, pero al mirarla me guiña un ojo y tengo que sonreír. Ese gesto cómplice en mi nueva amiga, arranca una sonrisa de mis labios. Jack ya no está rodeado de gente, le han dejado solo y se han sentado en los sillones. Los situados en la primera fila.

—Buenas tardes, es posible que muchos de ustedes no tengan ni idea de quién soy, voy a presentarme. Mi nombre es Jack Ritter y soy el piloto de esta nave. Les hemos reunido aquí esta tarde, para informarles que la primera parte de nuestro viaje está concluyendo. En menos de dos semanas, estaremos en el final de nuestra galaxia, lo que significa que comienza otra parte de nuestro recorrido. Encontraremos un agujero de gusano, por el cual cruzaremos. Durante ese trayecto, nosotros permaneceremos dormidos. Todos y cada uno de nosotros, tiene asignada una vaina de soporte vital, donde dormiremos. No es posible sobrevivir de otra manera. Todo esto basado en la teoría, una que dice, que al final de ese agujero encontraremos una galaxia desconocida, pero que puede ser muy parecida a la nuestra. Llegado ese momento, despertaremos al final de nuestro éxodo. La próxima semana, pueden estar tranquilos. Pero acabada la semana, comenzaremos a prepararnos. ¿Hay alguna pregunta?

—¿Quién nos despertará? —preguntó una voz familiar a mi lado, mire a July y esta vuelve a guiñarme un ojo, pero esta vez no me hace gracia. “¿Qué es lo que pretende?”, me pregunté.

—El médico y yo estaremos con ustedes cuando despierten. ¿Más preguntas?

—Sí, tengo una pregunta. ¿Cómo funciona? Me refiero al sistema para dormirnos y mantenernos con vida —pregunto ganándome de nuevo una sonrisa de su parte.

—Eso mejor, se lo pregunta directamente al personal médico que le acompañará. No queremos aburrir a todas estas personas con detalles técnicos —contestó sonriente.

—¿No será peligroso, verdad? —preguntó alguien, situado a nuestra

espalda.

—No, no lo es. ¿Alguna otra pregunta? —contestó dando por zanjado el tema.

Mira hacia uno y otro lado esperando alguna otra pregunta, y finalmente se despide de nosotros.

—Si no hay más preguntas, supongo que eso es todo. Gracias por haber venido.

La gente se levantó y se marchó, posiblemente ocupados con algo que hacer. Jack viene caminando hacia mí y eso me pone nerviosa porque mi padre se ha quedado rondando sutilmente a mi alrededor. “Escuchará nuestra conversación”, me susurra mi subconsciente.

—Hola Jane, ¿me recuerdas? Nuestros padres nos presentaron hace algún tiempo, creo que fue en una fiesta.

—Claro, eres Jack si no recuerdo mal —contesté justo cuando mi padre se acercaba.

—Hola chicos, ¿poniéndooos al día? —nos preguntó mi padre.

—Algo así papá, gracias —le contesté con la esperanza de que captara el mensaje y nos dejara solos.

—Solo quería saludar, os dejo para que charléis —respiré de alivio, y esperamos un momento hasta que se alejó.

—¿Y bien? ¿Qué es eso que querías preguntarme?

—Ya has oído que seré yo quien os despierte —empieza diciendo dubitativo.

—Sí, me ha quedado claro.

—Me gustaría que estuvieras conmigo. Quiero decir, déjame despertarte al mismo tiempo que yo, sería una semana antes que los demás. Podrías ayudarme con el resto de viajeros —parecía que esto le emocionaba, o eso suponía por su tono de voz, que había ido subiendo conforme hablaba.

—Claro que puedes, me gustaría ayudarte en todo lo que pueda, seguro que será para mí algo interesante de vivir.

—Interesante no sé si será, pero desde luego la perspectiva general de mi trabajo ha mejorado considerablemente tras tu respuesta.

—Me alegra que mi compañía cambie tu perspectiva general, sea lo que sea lo que significa eso.

—Pensaba que no aceptarías, ha sido una grata sorpresa —contestó mientras me sonreía abiertamente.

“Me gusta mucho esa sonrisa, no es la arrogante que conozco, esta es

franca, abierta y terriblemente sensual”.

—¿Por qué pensabas que no aceptaría?

—Por el primer día que nos vimos aquí en la nave. Estabas distante y fría conmigo, llegué a pensar que me odiabas, hasta que te vi aparecer en el puente.

—¿Por qué iba yo a odiarte?

—No lo sé.

—Nunca sería capaz de odiarte, ni a ti ni a nadie.

—Tengo que marcharme ya, Jane. ¿Nos veremos por ahí? —me pregunta.

—Sí, subiré a verte.

Estrechamos nuestras manos y se marchó. Era hora de buscar a July, y esto no me apetecía nada, me había presionado para que hablara y eso es algo que no me gusta. Debo sentirme cómoda para hablar según qué cosas. Siempre se me había dado mejor escuchar, y alargaba el momento de marcharme...

Una decisión que tomé demasiado tarde. Mi padre se acercaba a mí, deseaba con todas mis fuerzas poder volver atrás unos segundos y haber salido corriendo en busca de July. Resultaba mucho más fácil tratar con ella que con mi progenitor.

—Vuestra conversación no ha sido tan corta como la nuestra —suelta en cuanto está a mi lado—. ¿Qué tal ha ido?

—Supongo que bien, no sé qué contestar a eso. Me ha pedido que vaya a visitarle.

—¡Qué bien! —exclama.

—Deja ya de buscarme pareja, te lo pido por favor —dije mostrándome enfadada.

El comportamiento, que mi padre mostró en aquel momento, me molestó. Él nunca se inmiscuyó en mis relaciones personales, y deseaba que volviera a ser el de siempre.

—Lo siento cariño, me preocupo por ti.

—Pues no lo hagas, estoy bien. Tengo amigos aquí, me gustan los trabajos que me asignan, y además tengo a mi familia, no podría estar mejor.

—Está bien... ya lo he comprendido. Te dejo ya con tus cosas, voy a buscar a tu madre.

—Luego nos vemos —me despedí.

Salí del comedor tras marcharse mi padre para ir en busca de July, me encontré con ella y su marido camino de los dormitorios, y apartando un poco

a July de su marido, le pedí.

—¿Te espero cuando puedas en la sala verde? —y me marché sin darle tiempo a contestar.

Me fui directamente a la sala verde para esperar a July. Pasé la tarjeta por el lector y la puerta se abrió tras un suave pitido. Entré en la sala y cerré la puerta tras de mí. Me sorprendí mucho al entrar y ver el tamaño de los cultivos. Los pequeños brotes verdes, que hacía solo dos semanas atrás no levantaban ni un palmo del suelo, me llegaban a la altura de la barbilla, eran altas, verdes y frondosas. Me abrí paso entre las hojas, hasta que encontré un pequeño rincón despejado en el suelo cubierto de tierra, me senté allí a esperar. Observando las plantas de mi alrededor, note que algunas de ellas tenían el mismo grosor que mi muñeca, de un color verde oscuro e intenso en la base, pero más claro y brillante a lo largo del tallo, escuche el siseo de la puerta de cristal al abrirse.

—¿Jane? —preguntó July.

—Aquí—dije levantando un brazo por encima de mi cabeza—. He encontrado un escondite estupendo.

—Ya te he visto —se agachó y se sentó a mi lado—. ¿Cómo vas? —preguntó.

—Bien, solo quería hablar contigo.

—Tú dirás entonces.

—No sé por dónde empezar. Ya te conté que entre Jack y yo hubo algo. Esa relación fue para mí mucho más intensa, y no lo supe hasta que le dejé. Entonces fue cuando me di cuenta que estaba enamorada de él.

—¿Estabas? ¿Ya no sientes nada por él? —interrumpió,

—Creo que sí, pero no estoy segura. La primera vez que lo vi aquí, me sentí muy afectada. Pero cuando he subido a verle esta tarde, ha sido muy distinto. Supongo que estaba preparada para sentirme igual, sin embargo, hemos hablado y llegado a un acuerdo. Por el momento somos solamente amigos, también ha dicho que ha cambiado.

—¿Y tú qué crees?

—No creo que las personas puedan cambiar, estas son como son y no hay más. Aunque pronto lo averiguare.

—¿Por qué?

—Bueno... ya has oído que Jack será el encargado de estar con nosotros cuando despertemos.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Me ha pedido que le ayude durante ese tiempo, quiere despertarme antes que al resto, estaríamos una semana completamente solos, él y yo en esta nave tan grande, mientras vamos despertando a los demás. En ese tiempo, averiguare si de verdad ha cambiado.

—Tienes miedo, lo noto en tu tono de voz —estaba en lo cierto. Casi no nos conocíamos y me tenía calada. Sentía miedo, miedo por despertar sentimientos que creía enterrados.

—Sí.

—Plantéatelo de otra forma. Solo disfruta del tiempo que paséis juntos, ¿es un tío divertido?

—Supongo que sí, esta tarde nos hemos reído y gastado bastantes bromas.

—Pues ya está, solo necesitas eso.

—Gracias July, me has ayudado mucho. Aunque no lo parezca, tu presencia me ayuda.

—Siempre me dicen eso. Ya sabes que estoy para lo que puedas necesitar. ¿No vamos al comedor?

—¿Ya es la hora de comer otra vez?

—Sí. Recuerda que tenemos el primer turno y habían pasado ya un par de horas cuando tu amigo Jack nos ha reunido.

—No me doy ni cuenta de cómo pasa el tiempo. Vamos al comedor. ¿No deberíamos buscar a Robert?

—Me espera allí.

Salimos de aquella sala juntas en dirección al comedor. Mientras vamos andando, decido que esta noche deseo una cena familiar. Nos acercamos a la fila de las bandejas y cada una coge la suya. El menú de aquella noche, era una ensalada y filete de pollo, y la misma ración de pan de siempre. Pero lo más impactante fue el postre. A July y a mí, casi se nos salen los ojos de las orbitas, al ver una deliciosa porción de tarta de chocolate. Cuando hemos terminado y nos giramos para ir a nuestra mesa, la detengo...

—Esta noche cenaré con mis padres.

—De acuerdo, que aproveche.

Ella se dirigió a nuestra mesa y yo a la de mis padres, ellos en cuanto me vieron acércame con la bandeja de comida, sonrieron.

—¿Qué tal mamá, cómo va todo? —pregunté mientras le besaba en las mejillas.

—Bien cariño, estoy organizando un club de punto.

—¿Se apunta mucha gente?

—Un montón de viejas como yo —dice mientras se ríe de su propio chiste.

—A lo mejor es un poco aburrido. ¿Por qué no montas un club de lectura? Es más divertido. Y tengo cantidad de libros en el iPad, seguro que se puede compartir de alguna manera con los demás.

—Me gusta tu idea, cariño. ¿Te importa si la pongo en práctica?

—En absoluto, es más, apúntame ahora mismo a tu club de lectura. ¿Y tú, qué tal papá?

—Bien, paso mucho tiempo con el senador. Hablamos mucho, sobre todo de la Tierra tal y como era, y también del futuro.

—¿Qué futuro? —pregunté sorprendida.

Qué futuro podían soñar, si no sabíamos siquiera, si íbamos a sobrevivir al viaje, ni dónde aterrizaríamos en caso de conseguirlo.

—Situaciones hipotéticas de lo que podemos encontrar.

—¿Tiene más información el senador que el resto de nosotros? —pregunté.

—Qué gran olfato tienes, hija —soltó mi madre con el tenedor casi en la boca.

—No lo creo, pero ¿tanto te sorprenderías, de ser cierto? —respondió él, que intentaba tirarme de la lengua.

—No me sorprendería, como tampoco me sorprendería que se guardara esa información para él solo.

—Tu padre me ha dicho que has hablado con Jack —dijo mi madre cambiando de tema.

—Tú también no, mamá.

—Es por hablar de algo, lo siento si te he molestado.

—No quiero que os entrometáis en mi vida sentimental.

—Solo me preocupo por ti —se excusó mi padre.

—Pues no lo hagáis, bastante tengo ya con mis preocupaciones.

No debería haber dicho eso, y me doy cuenta de ello al ver la cara de mis progenitores.

—¿Qué te preocupa? Sabes que puedes contarnos cualquier cosa.

—Me preocupan las expectativas que pueda tener Jack por culpa de papá.

—Jack solo quiere que tú le visites de en vez en cuando, según él mismo me ha contado —aclaró mi padre.

—Y si mi padre hace de celestina empeora las cosas desde luego. ¡Dios mío! Jack debe pensar que estoy desesperada.

—Una mujer lista y atractiva como tú, no puede estar nunca desesperada. No creo que piense algo así.

—Eso lo dices tú, que para eso eres mi madre.

Veo pasar a July cogida del brazo de su marido, nuestras miradas se cruzan y asiente levemente con la cabeza, sonrió ligeramente en respuesta.

Capítulo 8

Los siguientes días pasaron rápido, hacíamos nuestras tareas mientras yo mantenía una lucha interna con mi subconsciente y conmigo misma. La reportera de mi interior quería subir todos los días al puente de mando para estar con Jack. Unas veces ganaba la reportera y otras, ganaba yo. El primer día que perdí la lucha interna con la reportera, y subí a ver a Jack, estuvimos hablando. Me mostró muchas cosas acerca del espacio y de la nave. Cuando me marchaba de allí aquel día, me di cuenta que mi humor había mejorado bastante con respecto al día anterior.

Así que dejé de luchar conmigo misma y subí a verle al día siguiente. Aquella mañana me encontraba más animada mientras iba al puente de mando.

—Hola, buenos días... —saludé mientras atravesaba el oscuro pasillo.

No hubo contestación alguna. Así que me adentré, poco a poco y con sigilo, en el puente de mando, enseguida San me dio la bienvenida.

—Buenas días, Jane. El comandante en estos momentos está algo ocupado.

—¿Está en su habitación? —pregunté a San.

—Sí, y no quiere que se le moleste —contestó muy seria.

—Ya lo imagino, aunque tal vez no crea que mi visita sea una molestia, voy a entrar con tu permiso o sin él.

—No puedo permitirlo, señorita Jane —dijo la voz mecánica.

—Intenta impedírmelo —amenacé.

En ese momento y como surgida de la nada, una pantalla grande y plana se plantó delante de mí bloqueándome el paso. Asustada, pegué un salto hacia atrás, para apartarme. En la pantalla vi el rostro de San, estaba muy seria. “¿Será esa su expresión normal?”, me pregunté interiormente. En ese momento, Jack salió de su habitación.

—¿Qué ocurre, San?

—Nada comandante, una visita inesperada. Le he dicho que no quería ser molestado, pero insistía. Me he visto obligada a ponerme en su camino.

—Gracias San. Lo siento Jane, lo cierto es que tengo mucho jaleo y descansaba un rato, por eso no quería ser molestado. Me ha parecido escuchar tu nombre y he salido para ver que ocurría.

—No pasa nada, creí que mi visita no te molestaría. Me voy, veo que estás muy liado.

Su expresión me desconcierta, no me mira a los ojos y no parece haber estado durmiendo. Respira muy fuerte y se le ve acalorado, su piel brilla bañada por una fina capa de sudor, que cubre sus hombros y brazos. “Ha dicho que descansaba, no que durmiera. El ejercicio libera, el cuerpo y la mente”, apunta mi subconsciente.

—Te lo agradezco, ¿nos vemos más tarde?

—Sí, nos vemos luego. Hasta otra San —me despido.

Pero antes de marcharme finalmente de allí, me paro junto a la puerta al final del pasillo, mi intuición me dicta que me quede para escuchar la conversación que continua en el puente de mando cuando creen que ya me he marchado.

—Ha faltado muy poco San —le escucho decir a Jack.

—Espero que no se enfade por lo que voy a decir, pero a lo mejor, debería tener más cuidado con sus visitas.

“¿Estarán hablando de mí?”, me pregunto a mí misma. “¿O tal vez tiene otras visitas?”, pregunta con maldad, mi reportera interior.

—¿Ya puedo salir, Jack? —preguntó en ese momento una voz femenina.

La reconozco inmediatamente, y me quedo allí plantada en silencio, escuchando la conversación aun sabiendo que lo que iba a escuchar, me iba a hacer sufrir. La chica que estaba en su dormitorio, era Simona. Otra vez se me había nublado el juicio y no lo había visto venir.

—Sí, ya puedes salir—contesta Jack.

—¿Qué ha pasado? —pregunta la modelo.

—Una visita.

—¿Cuántas amiguitas tienes, Jack? —pregunta ella, divertida.

—No tengo amiguitas, Simona —espeta Jack cortante, parece que la conversación con ella no le agrada mucho.

“Sí, le agradan otras cosas”, comenta maliciosa la reportera de mi interior, ahora se ha convertido en una arpía. La veo volando sobre Simona, con sus garras infectas abiertas, y preparadas para atraparla.

—¿Ah no, entonces yo que soy para ti? —pregunta la modelo.

Al escuchar aquello, me tuve que tapar la boca para que no se escapara la risa, que amenazaba con salir. “Lo lleva claro si pretende que Jack le ponga nombre, a lo que sea que hay entre ellos.”, le comento a la reportera de mi interior.

—Una pasajera de la nave, solo eso —sentencia Jack.

—Puedo soportarlo... —dice ella, con desinterés.

—No hace falta, esto no va a volver a suceder.

“Esto es nuevo, se siente culpable de acostarse con otra”, le digo a mi subconsciente. En aquellos momentos, mi subconsciente y yo, estábamos demasiado en consonancia la una con la otra, aquello me hacía sentirme más tranquila y segura, sentía que podía compartimentar los sentimientos.

Salí de allí lo más rápidamente que pude para que Simona no me pillara escuchando tras la puerta. Una extraña mezcla de sentimientos bullía en mi interior, por un lado estaba muy enfadada, porque se hubiera acostado con otra, aunque no tenía derecho a estarlo. Por otro lado, sentía una extraña satisfacción por el rechazo de Jack. A mi lado más malvado, le hubiera gustado ver la cara de ella en ese momento, una modelo rechazada de forma clara y concisa.

Después de aquello no volví a subir para ver a Jack. Tampoco volvimos a ver a Simona, que dejó de trabajar junto a nosotros. ¡Qué oportuno! Pasaban los días tranquilos, inmersos en nuestra nueva rutina hasta que un día, camino de la cocina para desayunar, me encontré con mis padres. Me buscaban para despedirse, pues esa misma mañana entrarían en sus vainas. Los acompañé hasta la misma puerta, pero no me dejaron pasar más allá. Me despedí de ellos con un beso en las mejillas. Estaban muy nerviosos. Intenté tranquilizarles, explicándoles que en realidad aquello, sería como pasar una noche de sueño profundo y reparador.

Con el paso del tiempo, el comedor empezó a quedarse vacío, hasta que solo quedó nuestro grupo. Había llegado nuestro turno para meternos en la vaina y dormir durante esa parte del viaje. Primero se marcharon July y Robert. Nos quedamos completamente solos, Ian, Mike y yo.

Esa mañana al levantarme, veo en la pared del fondo de mi habitación una pantalla verde que parpadea y que no había visto nunca. Me acerqué hasta ella, sentía curiosidad y presioné en el centro de la pantalla, esta cobró vida. Se trataba de una notificación, que me informaba de la hora que debía reunirme con el médico de la nave y de cómo prepararme. Debía ir aseada y en ropa interior a las cuatro de la tarde. El mensaje, también me pedía que usara, lo que había en el interior del primer cajón. Habían dejado allí una bata suave y ligera de color blanco, con la que debía cubrirme. Tendría tiempo suficiente para comer y pasear un rato por la nave, a solas.

Me fui a ver a los animales. Me apetecía verlos por última vez antes de marcharme, pero cuando llegue allí, la sala estaba completamente vacía. Desilusionada, me marché a mi otra sala favorita, allí las plantas habían

seguido creciendo a ese ritmo tan rápido, ahora me sobrepasaban por encima de la cabeza. Me pregunté quién cuidaría de ellas durante nuestra ausencia. Me agaché para pasar entre las ramas de las plantas hasta mi escondrijo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz que reconocí al instante.

—¿Ian, eres tú? —quise asegurarme de no estar equivocada.

—Sí —contestó él.

—Soy Jane, creía que ya os habíais marchado todos los de nuestro grupo.

—Somos tú y yo los últimos, por lo que parece. Hace unos diez minutos que me he despedido de Mike y necesitaba estar un rato a solas —dijo Ian en el momento en que entré en mi refugio. “Parece que no soy la única en haber encontrado este lugar”, pensé mientras me sentaba junto a él.

—Te entiendo. Yo también necesitaba un rato a solas.

—¿Ya te despediste de tu familia?

—Me despedí ayer de mis padres, de haber sabido que todavía andabas por aquí, te habría ido a buscar, he estado dando vueltas por la nave para pasar el rato.

—¿Y has acabado en esta sala?

—Sí, es uno de mis lugares favoritos en la nave —confieso.

—Es un lugar muy tranquilo, aunque hay un problema.

—¿Qué problema?

—La humedad, parece que mi pantalón vaquero tuviera la intención de meterse debajo de mi piel —dice Ian, mientras estiraba una de las perneras de su pantalón—. Sabes, me alegro que hayas entrado hoy aquí —dice Ian para despedirse pues ya se tenía que marchar.

—Yo también me alegro Ian, nos veremos cuando despiertes. Que será dentro de muchos años ¿no?

—Eso creo.

—¿Ha sido un mal chiste, verdad?

—Un poco solo —contestó juntando el pulgar e índice entre sí. Se levantó y desapareció entre las gruesas ramas en dirección a la puerta—. Hasta pronto Jane.

Tras la marcha de Ian solo me quedaba una cosa por hacer. Me armé de valor y salí en dirección a mi dormitorio, cogí mi neceser de aseo, la ropa interior y la bata, y me dirigí a las duchas. Cuando entré en el cuarto de baño, me quedé mirando el vacío y el silencio. Generalmente, este sitio solía estar repleto de gente. El suelo siempre estaba mojado en algunas zonas, el vapor de

agua que salía de las cabinas de las duchas empañan siempre los espejos.

Los aseos fueron diseñados para que se parecieran lo más posible a nuestra realidad, aunque el tamaño de estos, no era el mismo pues eran más pequeños y desconocía los materiales. “No debían ser materiales comunes”, supuse, pues nadie se encargaba de mantener limpio ese sitio, y sin embargo, nunca había estado sucio.

La sala de aseo era un espacio unisex, compartíamos mujeres y hombres el mismo cuarto de baño. Sin embargo, el espacio estaba diseñado de tal forma, que se podía conseguir cierta intimidad entre tanta gente. Los suelos y paredes eran todos negros, de un material pulido y brillante, resultaba chocante... “¿Por qué no deslizaba aquella superficie estando mojada?”, me pregunté la primera vez, pero no tenía la respuesta.

Las duchas se encontraban situadas al fondo, nada más entrar a la derecha, delante de estas y en fila unas tras otras se encontraban los retretes, otorgándoles así a las duchas algo de intimidad. Todos los cubículos se podían cerrar con una puerta de cristal de color negro que no dejaba pasar la luz. En la parte izquierda estaban los lavabos, acompañados por unos grandes espejos que incorporaban pequeñas repisas para dejar los enseres de aseo.

Entré en la ducha, dejé colgada la bata y encima la toalla. Abrí el agua de la ducha cogí, el jabón y dejé el neceser en la repisa. Cuando volví al interior de la ducha, las paredes y el cristal de la puerta, ya estaban empañados de vapor. Me metí bajo el chorro del agua caliente y recordando las duchas que me daba en mi casa al regresar del gimnasio. Agua muy caliente y duchas largas. Me resultaban tranquilizantes, ahora eso era imposible, me enjaboné y lavé mi pelo rápidamente, lo aclaré y cerré el grifo.

Me envolví con la toalla y me sequé rápidamente. Me puse la ropa interior y la bata, me peiné frente al espejo, y acto seguido me cepillé los dientes. Lo guardé todo y lo dejé en mi dormitorio.

Mientras iba de camino para ver al médico, pensaba que hacer con Jack cuando estuviéramos juntos de nuevo. “¿Por qué vamos a dejar que disfrute otra lo que podemos gozar nosotras?”, me preguntó mi subconsciente. “¿Y olvidar lo de Simona? No, me niego”, contesté a mí yo interior. “Ya se lo harás pagar después, primero se cariñosa y luego... ya veremos”, la reportera no era buena consejera en ese momento. Conocíamos bastante el apetito sexual de Jack.

Una noche se le hizo demasiado tarde para marcharse a su casa y se quedó a pasar la noche. Me despertó dos veces reclamando mis atenciones, me

excitaba inmediatamente cuando sentía su erección presionando mi trasero mientras me acariciaba los hombros y el cuello con sus labios...

“Tienes razón, pero todavía siento algo por Jack y no quiero sufrir”, le confesé a mi subconsciente, aunque por supuesto ya lo sabía. “Pero ahora es distinto, la situación es diferente y Jack ha dicho que ha cambiado”, contraatacó mi subconsciente. “Carpe Diem”, me dije a mí misma, no podía luchar más y me rendí. “Aunque de alguna manera, me las pagará” la reportera se frotaba las manos, ya podía imaginarse la semana que íbamos a pasar los dos solos en la nave.

La sala donde me estaba esperando el médico era pequeña y oscura, creía que sería un sitio más grande, con gente dormida y colgada por todas las paredes, pero allí lo único que se podía ver, era la vaina donde tendría que meterme y que estaba completamente iluminada. Tenía forma de bala, pero más ancha, alargada y redondeada, de cristal o algún material parecido. Solo había una, por lo que debía ser la mía. “¿Dónde estarán las demás vainas?”, me pregunté.

El médico tecleaba algo en el aire, pero a medida que me iba acercando, pude comprobar que tenía una pantalla delante de él, suspendida en el aire.

—Buenas tardes —saludé cuando estuve suficientemente cerca.

—Buenas tardes —contestó el médico—. ¿Usted debe ser Jane Johnston, verdad?

—La misma, ¿qué tal está usted? —pregunté para ser amable.

—Ocupado —contestó el médico con una sonrisa—. Me llamo William —se presentó, extendió su mano para estrechar la mía.

Su apretón de manos era fuerte y firme, llevaba el mismo uniforme que el resto de la tripulación, pero el suyo era de color verde, lo que resaltaba su rostro moreno y atractivo.

—Encantada William, Jack su comandante, me dijo que usted me explicaría lo necesario de este procedimiento.

—Así es, que desea saber usted, algo en concreto o quiere que le explique todo el procedimiento.

—Si le parece bien, explíqueme por encima todo el procedimiento y si tengo alguna pregunta concreta, se la hago.

—Bien. Esto que tenemos aquí es su vehículo de suspensión temporal, es muy cómodo aunque solo lo podrás apreciar durante los minutos previos. Dentro hay todo lo necesario para mantener sus constantes vitales, que serán monitoreadas por el ordenador de la nave — “Eso resulta perturbador”, pensé,

no quería interrumpir al médico y cerré la boca—. Ahora, vamos a realizar una serie de revisiones de sus constantes vitales. Primero en movimiento y después en reposo para saber lo que es normal para usted. Luego, te introducirás en la cápsula y te conectaremos a ella. Te suministraré una serie de fármacos que propiciaran un sueño tranquilo. Una vez que hayan hecho efecto, procederemos a la congelación.

—¿Congelación? —pregunté.

—Sí, congelación aunque no como la conocemos habitualmente, su cuerpo no estará congelado literalmente, solo parte de sus células. Lo más importante que debe tener en cuenta, es que en el momento de despertar, estará usted exactamente igual que ahora.

—¿Dónde están el resto de los pasajeros? —pregunté al doctor, pues era algo que me intrigaba desde el momento que había entrado.

—Es una pregunta interesante, una vez que todo el proceso esté terminado, las vainas son llevadas por una serie de brazos y guías hasta una bodega vigilada, donde permaneceremos todo el viaje.

—Me parecía extraño ver nada más que una vaina, me imaginaba a la gente colgada de las paredes durmiendo plácidamente.

—Sí, le ocurre a la mayoría. Es culpa de la ciencia-ficción. Vamos a comenzar, te voy a poner un dispositivo en el brazo y quiero que te des un paseo por la habitación a un paso normal, que no sea muy lento —pidió William mientras me colocaba el aparato en la parte superior del brazo derecho, era pequeño y rojo, con un lector digital.

—Buenas tardes, doctor —saludó Jack de pronto junto a nosotros, me llevé un buen susto pues no le había oído llegar.

Mi corazón latió deprisa y con fuerza, lo supe por el aparato que llevaba puesto en el brazo, que pitaba al ritmo de mi corazón, lo que nos llevó a los tres a mirar el dichoso aparato.

—Menudo susto Jack, no esperaba que aparecieras por aquí.

—Debo reconocer, que yo también me he llevado una sorpresa, es la primera vez que el comandante se pasa por aquí —me tranquilizó el médico guiñándome un ojo—. ¿Se conocían ustedes de antes? —preguntó.

—Sí —contestamos ambos al mismo tiempo, lo que nos hizo sonreír a ambos suavizando algo el tenso momento.

—¿William, le importaría dejarnos un momento a solas? —pidió Jack.

—Claro —respondió el médico.

Tras haberme quitado el dispositivo del brazo, me froté allí donde lo

había llevado puesto. El médico salió dejándonos a solas. En cuanto la puerta estuvo cerrada, Jack empezó a hablar.

—Quería verte antes de que te durmieran, como voy a ser yo quien te despierte me hacía especial ilusión venir a despedirme —dijo acercándose poco a poco a mí.

—Si crees por un momento que diciendo esas cosas románticas vas a cambiar algo entre tú y yo... —dejé de hablar mientras me aproximaba a Jack, y cuando estuve lo suficientemente cerca, continúe diciendo—. Estás en lo cierto —y le planté un sonoro beso en la boca.

Le pillé por sorpresa y se puso rígido como una estatua. Reaccionó tarde y me escapé de él apartándome de su lado.

—¿Y este arrebató repentino, a qué es debido? —me preguntó con una mirada distinta en los ojos mientras observa mis movimientos por la habitación.

—Me he dicho a mí misma, Carpe Diem Jane.

—Oh, eso suena bastante bien —dijo observando mi cuerpo, con aquella mirada que era como sentir sus caricias sobre mi piel.

—Cuéntame un poco como va a ser la semana que pasaremos solos.

—Muy intensa —responde, con voz sensual—. Tendremos trabajo, pero también mucho tiempo de descanso.

—Ah sí, ya me acuerdo. Tengo que echarte una mano a despertar al resto de la tripulación y pasajeros.

—Eso es.

—Dime una cosa, ¿existe algún tipo de orden para despertarlos? —pregunté sabiendo lo que iba a decir a continuación.

—No, no hay ningún orden establecido, ¿por qué?

—Bien, porque me gustaría que la última en volver del mundo de los sueños sea Simona, ¿te importa?

—No, ¿debería importarme? —preguntó tanteando el terreno.

—Esa pregunta solo puedes responderla tú, pero me da igual la respuesta —contesté, me acerqué a la vaina y me apoyé contra ella.

Jack se acercó hasta mí, situándose a mi lado, cogió mi mano y dijo...

—Estamos de acuerdo entonces, Simona la última —y besó mi mano—. Espero que tengas dulces sueños, preciosa Jane.

—Nos veremos cuando me despiertes —me despedí, agarré su cara con mis manos y volví a besar los labios de Jack.

Ya no estaba con la guardia baja y no le pillé por sorpresa, me rodeó

con sus brazos y me apretó a su cuerpo, sin dejar de besarme ni un solo momento. Las manos de Jack me sujetaban por la cintura y mi nuca, atrayéndome más hacia su cuerpo.

El doctor que se encontraba en la puerta, carraspeo levemente para llamar nuestra atención. Interrumpimos nuestro beso. Tras un breve e incómodo intercambio de palabras entre el médico y el comandante, Jack se marchó dejándome de nuevo a solas con el médico.

—Túmbese dentro de la vaina —yo algo avergonzada, hice inmediatamente lo que me pidió.

—Tiene usted toda la razón, esto es muy cómodo.

—Disfrútelo durante los próximos minutos mientras la conecto a la vaina y a las máquinas, dentro de poco estará usted completamente dormida.

Noté un pequeño pinchazo en el interior de mi brazo derecho, como si me hubiera picado una abeja. Un hilo muy fino se introducía en mi vena, me entró el pánico al no ver ninguna mano guiando aquel fino hilo. Aparté la mirada y mirando al médico traté de tranquilizarme, él estaba guiando desde su monitor transparente el intravenoso. Un suave sopor comenzó a inundarme el cuerpo, tenía la mente despejada pero notaba como mi cuerpo, reaccionaba a los fármacos.

—¿Nota usted algo?

—Sí, siento como mi cuerpo se relaja.

—Eso está bien, en el próximo minuto se quedará completamente dormida. Que tenga dulces sueños —dijo el médico.

Esas fueron las últimas palabras que escuché en el momento que se cerraban mis ojos. Y con esa misma frase, que se quedó como un eco grabada en mi cerebro, pero pronunciada por los labios de Jack, me quedé dormida. Tal vez sugestionada por el recuerdo de su voz comencé a soñar con el día en que lo conocí.

Capítulo 9

“No me apetece nada salir esta noche”, me digo a mí misma, mientras me ducho. Pero como se trata de una gala benéfica, no me puedo librar de ninguna manera. Voy bastante justa de tiempo, no debería haberme quedado dormida en el sofá mientras echaba un vistazo al dossier que me había pasado una colaboradora del programa.

Se trataba de un informe, en el cual hablaban de una nueva banda de traficantes de droga a gran escala en nuestra ciudad y quería hacer un reportaje. Quería mi opinión, pero tras las diez primeras páginas, me quedo dormida. Me estoy embadurnando el cuerpo con la crema hidratante, mientras voy abriendo el armario para escoger el atuendo de aquella noche. Descarto inmediatamente los vestidos cortos de cóctel. Escojo uno largo y ajustado al cuerpo, con la espalda al aire. Mi piel, ha empezado a adquirir ese tono dorado que tanto me gusta a principios del verano. Es un vestido muy bonito de color dorado con brillos, de tirantes muy finos en los hombros que se cruzan a lo largo de toda la espalda. El pelo lo llevo recogido en un moño informal, y solo un poco de maquillaje nada más... las líneas de los ojos, un poco de rímel y mi pintalabios rosa. Ya estoy lista para salir, pero antes necesito un taxi, llamo por teléfono al portero de mi edificio.

—Frank, buenas noches. Siento abusar una vez más de tu inestimable ayuda.

—Dígame señorita Johnston. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesitaría un taxi para dentro de cinco minutos.

—No se preocupe, aquí tendrá el taxi esperando.

—Gracias, no sé qué haría sin vosotros —digo y cuelgo.

Cojo mi bolso al salir de mi dormitorio, compruebo que lo llevo todo; las llaves, mi móvil y mi monedero, dentro llevo mi tarjeta de identificación periodística, siempre la llevo encima, nunca se sabe cuándo se puede necesitar.

La velada de aquella noche, la organizaba la más alta sociedad de nuestra ciudad, lo supe al leer la dirección que debía entregar al taxista. El portero del edificio de apartamentos donde vivo, me espera en la puerta cuando salgo del ascensor, me acompaña al taxi que había parado en la calle, y le entrego una propina como agradecimiento por su dedicación. Me monto en el coche y tras darle la dirección al conductor, me relajo todo lo que puedo

sentada en aquel taxi mientras nos movíamos por la ciudad.

La casa hacia la que me dirijo, se encuentra al final de un largo camino de entrada, tras una puerta de hierro forjado demasiado ornamentada, a mi parecer. Se trata de una mansión... El taxi gira en la puerta de entrada y detiene la marcha bajo un pórtico de piedra que cubre los cinco escalones de mármol que hay hasta la puerta.

Al final de los escalones se encuentra una señorita con una libreta en sus manos. Tras ella, las puertas de la mansión están completamente abiertas. Pago al conductor y me bajo del coche. Una vez fuera y disimuladamente, coloco bien el vestido sobre mi cuerpo mientras sujeto el bolso y la invitación a la fiesta. Subo los cinco escalones hasta donde está la señorita y le entrego mi invitación. Comprueba la tarjeta que le entrego, y después la lista de su libreta.

—Bienvenida, señorita Johnston —dice devolviéndome la invitación.

—Muchas gracias —contesto agradecida y entro en la mansión.

El interior es igual de impresionante que la parte exterior. Solo el recibidor es más grande que todo mi apartamento junto, y la altura... “¡Dios mío!”, pienso. La altura de aquellos techos, llega al menos a los dos pisos de altura. Desde la misma puerta de entrada se puede ver la escalera de mármol blanco y los pasillos distribuidores de las dos plantas superiores. Los suelos son todos del mismo mármol blanco, las paredes parecen estar revestidas de alguna clase de pintura, totalmente desconocida para mí, pero que a simple vista parece mármol, sin embargo, al pasar la mano sobre la superficie, notas que se trata de pintura.

Una gran mesa de cristal y hierro forjado, domina por completo el vestíbulo. En el centro de la mesa hay situado un jarrón, lleno de rosas blancas de gran tamaño, que despiden un olor embriagador que se deja notar en toda la estancia, pese a estar repleta de personas que charlan y beben champán.

Me abro paso entre el gentío buscando a mis padres. Los encuentro en la parte posterior de la casa, en una gran terraza de piedra caliza que da a un inmenso jardín. Están acompañados por un hombre alto y corpulento. No tengo idea de quien se puede tratar porque está de espaldas. Mis padres al verme, dejan de charlar con su acompañante y centran toda su atención en mí, provocando que aquel hombre se de la vuelta. Se trata del anfitrión de aquella fiesta, un senador del gobierno.

—Buenas noches a todos —saludo mientras beso a mis progenitores.

—Buenas noches, querida. Estas muy guapa esta noche. ¿Conoces al

senador?

—No, no tengo el gusto de conocerle en persona, senador buenas noches —digo entregándole mi mano.

—Es un placer conocerte al fin, Jane. Puedes llamarme Philip —su apretón de manos es suave pero firme al mismo tiempo—. Alfred tienes una hija preciosa, clavada a su madre.

—Gracias —contesto avergonzaba y algo colorada.

Siento aquel calor familiar en mis mejillas, algo que suele sucederme cuando estoy nerviosa o ante una muestra de afecto por alguien desconocido.

—Estamos muy orgullosos de ella —comenta mi madre distraídamente—. Te estábamos esperando —dice.

—Pues ya estoy aquí. ¿Por qué me esperabais?

—Philip quiere presentarte a alguien —contesta mi padre.

—¿Y a qué esperamos? —pregunto más alto de lo que pretendo, provocándoles un ataque de risa

—¡Jack, ven un momento por favor! —grita el senador, haciéndose a un lado para mirar a nuestra espalda.

Cuando Jack se da la vuelta mis ojos recorren su cuerpo entero. Aquella fue la primera vez que mi subconsciente me habló. “¡Dios que bueno esta!”, me sonrojo solo con pensarlo. Está al borde de unas escaleras que dan al amplio jardín, rodeado por varias mujeres. Alto y delgado, con el pelo negro y unos ojos grandes y verdes, que puedo distinguir desde donde estoy. Cuanto más se acerca a nosotros más atractivo parece, lleva un esmoquin clásico e impecable. Es muy guapo, mandíbula cuadrada y nariz recta, pómulos altos. No puedo quitarle los ojos de encima y cuando se une a nosotros, me siento perdida y mareada. Sus ojos verdes me miran con detenimiento, estoy paralizada por su mirada. Una extraña corriente de calor fluye desde las puntas de mis dedos hasta el centro mismo de mi estómago.

—Ya conoces a Alfred y Tony, ella es Jane, su hija —dice el senador, Jack vuelve a posar su mirada en mí.

Estrechamos nuestras manos y tras un apretón suave, gira la mía y me da un beso en los nudillos mientras me mira a través de sus espesas y negras pestañas.

—Buenas noches, encantando de conocerte —dice, con voz profunda y ronca.

“Muy sensual”, apunta aquella voz en mi cabeza.

—Lo mismo digo Jack, un placer conocerte —sus labios carnosos se

curvan en una media sonrisa. “¿He dicho algo gracioso?”, me pregunto en mi interior.

Nos dejaron inmediatamente solos. “Para que andarse con sutilezas”, me dije a mí misma.

—Mi padre me comentó que eres periodista —dice Jack.

—Sí, ¿nunca has visto el programa?

—No, no tengo mucho tiempo. ¿Sales en televisión regularmente?

—Todos los días, de lunes a viernes a las ocho de la noche. —contesto orgullosa—. El programa lo comparto con mi padre, generalmente, discutimos sobre un tema de actualidad el uno con el otro, y en otras ocasiones traemos invitados.

—Si salen chicas tan bonitas como tú por televisión, creo que va siendo hora de empezar a verla —dice haciéndose el gracioso. “Demasiado pronto para hacer bromas”, pienso. “¿Cómo podía ser que estuviera rodeado de tantas mujeres hace solo un momento?”, me pregunto. “Por su atractivo”, contesta esa voz en mi cabeza. Ya era la segunda vez que me hablaba y aunque llevaba más razón que un santo, me inquietaba.

—Tú tampoco quedarías mal en la pantalla de plasma de mi piso todos los días a las ocho —suelto sin poder remediarlo.

—Bueno, en tu televisor no lo creo, pero te puedo asegurar que estaría encantado de ir a tu casa todos los días a las ocho.

Una risa tonta brota de mi pecho, estoy muy nerviosa y no sé por qué. “Quítate presión de encima, sé tú misma y échale un polvo”, mis propios pensamientos o la voz que oigo en mi cabeza me ruborizan.

—¿Quieres que te enseñe la casa? —pregunta apiadándose de mí, cambiando de tema.

—Querrás decir mansión —contesto.

—Lo que sea, ¿te apetece una visita guiada? —insiste.

—Claro.

Me lleva al interior de la casa y me muestra rápidamente la planta baja, tienen una cocina de tamaño industrial, muy moderna y sofisticada. Junto a ella, hay una habitación con una piscina de diez metros de larga, con dos calles claramente diferenciadas por una línea blanca en el fondo negro de la piscina. En las plantas superiores, están los dormitorios con lujosos cuartos de baño, un despacho y una pequeña biblioteca.

—¿Y tú a que te dedicas, Jack? —pregunto mientras subimos al tercer y último piso.

—En estos momentos solo me dedico a entrenar —dice muy bajito junto a mí oído, como si me estuviera contando un secreto.

“Voy a seguirle el juego”, pienso.

—¿Entrenas, para qué? —pregunto mostrándome falsamente intrigada.

—Soy piloto, me entreno para entrar en la elite —contesta, sin añadir nada más.

—Te gusta mantener el suspense —suelto por mi boca, aunque no pretendía decirlo en voz alta.

—¿Cómo dices?

—Nada olvídalo, continúa por favor.

—Llamo elite a los astronautas, eso es a lo que me refería. Para lo que me entreno —explica muy seguro de sí mismo—. Esta última planta es solo para mí, aquí tengo mis cosas, aunque la mayor parte del tiempo vivo en mi apartamento.

—¡Ah! —eso es lo único que acierto a decir.

Estoy impresionada, en aquella planta todo lo que debía haber sido en algún momento pared, ha desaparecido, siendo sustituido por un muro de pavés traslúcido. Debía tener una gran iluminación durante el día.

—¿Quieres verlo por dentro? Está decorado por mí —señala orgulloso.

—Sí, claro —contesto enseguida.

Este hombre me gusta y me atrae a un nivel extraño. La habitación no tiene nada de particular, es un gran espacio diáfano con muebles, salpicados aquí y allí. Máquinas de *fitness*, mezcladas con muebles que carecían de personalidad. Lo único bonito de aquella habitación eran las vistas, esta familia parecía ser muy dada a sustituir, los muros por el cristal. Desde aquí se puede ver toda la extensión del jardín, que parece no tener nunca fin.

—¿Te gusta? —pregunta ansioso.

—Es funcional, pero no es nada bonito.

En realidad era solo eso, funcional. La cama situada a un extremo de la habitación, a los pies un banco de ejercicios, seguido de una zona de sofás mullidos de piel y una mesita de cristal, un mueble que alberga la pantalla de plasma y un reproductor de música. Al otro extremo, tiene un banco de pesas y una cinta para correr.

—No suelo pasar mucho tiempo aquí, solo de martes a jueves. El resto del tiempo estoy en mi apartamento.

—¿Vives en la ciudad? Yo también tengo un apartamento allí.

—Sí, ven quiero enseñarte el sitio más especial de la casa. —me tiende

su mano y yo la tomo.

Tira de mí y pasamos por la puerta, me conduce por las escaleras, bajamos casi corriendo los tres pisos y atravesamos el salón. Salimos a la terraza, al pasar veo a mis padres de reojo, que miran nuestras manos unidas, con suspicacia. Solo puedo saludarles con la mano al pasar, pues debía casi correr con aquellos tacones para seguir el ritmo de Jack que tiraba de mi mano. Al llegar al final de las escaleras que conducían al jardín, le apreté la mano.

—Espera, tengo que quitarme los zapatos o me hundiré en el césped con estos tacones —no suelta mi mano, así que me quito los tacones haciendo malabares con la que me queda libre.

—Iremos más despacio ahora, lo prometo —dice suavemente.

Sin el estorbo de los tacones puedo caminar mejor, aunque vamos a un ritmo más tranquilo pero constante, pronto dejamos atrás las mesas impecablemente dispuestas sobre una tarima clara con miles de luces que titilan sobre las mesas iluminándolas, dándoles un aspecto mágico.

Llegamos al final del jardín, ahora el césped es más cortito y el terreno más firme, lo notaba en la planta de los pies.

—¿Tenéis un campo de golf? —pregunto sorprendida.

—Sí, el senador mandó hacerlo, le gusta mucho —contesta.

“Vaya, le ha llamado senador, ¿dónde ha que dado lo de llamar a tu padre por su nombre?”, dice la voz de mi cabeza.

—¿A ti también te gusta? Debe de gustarte, si se trata de tu parte favorita de la casa —me respondí a mí misma sin darle tiempo a contestar.

—Sí y no, no me gusta especialmente aunque juego de vez en cuando, pero... —contesta torciendo el gesto.

—Solo juegas por tu padre, ¿verdad? —pregunto, Jack asiente.

Aprieta suavemente mi mano que aún mantenía sujeta y continuamos andando por el campo de golf. No había ninguna iluminación allí, pero veíamos lo suficiente, gracias al resplandor de la casa.

De pronto nos paramos en seco, suelta mi mano y me deja sola en la semioscuridad. Se acerca a unos arbustos que hay allí cerca y enreda entre sus ramas. Lleva algo entre los brazos cuando vuelve a mi lado. Estira un manta a cuadros sobre un hoyo de arena practicado en el césped. Me tiende otra vez su mano para ayudarme a bajar y entrar en el agujero de arena, para sentarnos allí mismo. Se echa sobre la espalda, yo le imito y me tumbo sobre la suave manta que acaricia la piel de mi espalda desnuda.

La arena es compacta y bastante dura, muy cómoda para estar aquí tumbados. Es excitante, la luz solo me permite distinguir su cuerpo. Nuestras cabezas están ocultas por la sombra que provoca el propio montículo de arena, levanto la vista hacia el cielo y ahogo el suspiro que amenaza con salir de mi boca. Es el cielo más bonito que he podido ver en mi vida, millones y millones de estrellas brillan sobre nosotros.

—¿Es precioso, verdad? —pregunta con voz ronca, muy sensual.

—Es maravilloso, gracias por enseñármelo —contesto verdaderamente agradecida.

La visión de aquel cielo nocturno era sobrecogedora, al encontrarnos tan alejados de la casa y sin otra iluminación se podían ver las constelaciones.

—Eres la primera persona que le enseñó mi pequeño secreto —dice suspicaz, o eso es lo que parece.

—¿Ah sí? Yo creía que traías aquí a todas las chicas para impresionarlas.

—Claro, impresiono a las chicas trayéndolas a casa de mis padres, menuda táctica de seducción —aclara supongo que divertido, pues sigo sin poder verle la cara.

Se incorpora hincando uno de sus codos sobre la manta, girando su cuerpo en mi dirección. Ahora podía verle la mitad del rostro, el que está iluminado por la luz de la casa, un hermoso y pálido rostro, entre luces y sombras. Se ha desabrochado el botón del esmoquin y ha soltado la pajarita, es increíblemente sexy. “Y lo tengo aquí, tumbado a mi lado”, pienso.

Y como si me hubiera leído el pensamiento, Jack se inclina sobre mí acercando su rostro al mío. A escasos centímetros de mi boca para y busca mis ojos en aquella oscuridad. Cuando los encuentra, clava en mí su intensa mirada de ojos verdes, que en aquel momento parecían casi negros. Mi respiración se acelera rápidamente por su cercanía, estoy excitada. “Me ha puesto a cien, ¡y solo con mirarme!”, deseo sentir más y me lanzo en busca de sus labios. Él se sorprende al principio, pero rápidamente toma el control y con su lengua se introduce en mi boca invadiéndola por completo mientras siento como se acerca más a mí. Su creciente erección presiona junto a mi cadera, estaba tan excitada que gemí de placer...

De pronto ya no tengo su cuerpo pegado al mío, en su lugar una luz muy intensa me inunda desde todas partes. Estoy sentada en una silla muy cómoda y tengo delante una mesa enorme con varios papeles encima. Cuando mis ojos se han acostumbrado a la luz, me doy cuenta poco a poco, de que estoy en un

plató de televisión, pero no es el plató de siempre, sino donde hice mi primer programa.

Sentado a mi lado está mi padre, con los pañuelos remetidos por la camisa mientras la maquilladora pule y elimina los brillos de su cara antes de salir en antena. Conmigo ya han terminado, estoy maquillada y muy nerviosa aunque no me intimidan las cámaras, pero claro... “La primera vez que sales en televisión, en horario de tarde y en directo debe poner nervioso a cualquiera”, o al menos eso es lo que me digo, para tranquilizarme.

—¿Qué tal estás, cielo? —pregunta mi padre en cuanto se ve libre.

—Nerviosa, estoy muy nerviosa —confieso.

Es imposible ocultarlo, el tacón de mi zapato derecho no para de tamborilear contra el suelo.

—Estoy aquí contigo, yo te cubriré —dice para tranquilizarme.

El programa pasa bastante rápido, tenemos un guión más o menos establecido que seguimos al principio, pero cuando me voy sintiendo más cómoda, lo dejo de lado y me lo salto continuamente. Mi padre muy sabiamente me sigue el juego y terminamos siendo un auténtico existo, o al menos eso es lo que dice todo el equipo, cuando se apagan las cámaras. A mi alrededor todo son sonrisas y felicitaciones al término del programa. Tengo que soportar abrazos incómodos de personas que ni si quiera conozco, pero que agradezco con una gran sonrisa. Como no estoy acostumbrada a tantas muestras de cariño y a tanta atención de todo el mundo, me pasé los siguientes quince minutos con las mejillas completamente coloradas.

Ya en nuestro camerino, mi padre me abraza y besa mis mejillas, tiene los ojos anegados de lágrimas, llenos de emoción.

—Vamos a formar un equipo increíble —dice mientras aprieta mis mejillas con sus manos—. Mucho mejor que con tu madre —va al tocador a coger una toallita húmeda y la pasa por su cara deshaciéndose del maquillaje.

—¿Por qué dices eso? —pregunto sorprendida—. He visto muchos de vuestros programas y estáis geniales los dos.

—Sí, pero la tensión sexual entre nosotros... —dice sin acabar la frase.

—Déjalo, no sigas por ahí —no quiero escuchar las palabras; sexo y padres juntos, jamás.

Me quito el maquillaje y me cambio de ropa, nos despedimos del equipo y nos montamos en el coche. Mientras salimos del aparcamiento, decidimos que es una buena noche para salir a celebrarlo. Llamamos a mi madre mientras nos dirigimos a casa.

—¡Cariño! Empieza a arreglarte que esta noche salimos, ya estamos de camino.

—He visto el programa, ha sido genial. Los dos habéis estado sobresalientes, felicidades Jane. ¡Estoy tan orgullosa! No tardéis mucho, quiero darte un abrazo.

—¿A mí o a tu hija? —pregunta mi padre, mientras me guiña el ojo.

—A mi hija, tú eres un idiota y yo no voy abrazando idiotas —contesta ella mientras mi padre ríe.

—Estoy bromeando cariño.

—Y yo te estoy tomado el pelo, mi vida —y ambos se echan a reír.

Capítulo 10

Mucho tiempo después, una persona habita ya la nave, han pasado años desde que el médico durmiera al comandante de la nave, y a continuación lo hiciera consigo mismo.

Jack...

Estoy sorprendido, los temblores y las náuseas apenas me han molestado, cuando me levanto y salgo de la vaina, me encuentro fuerte y la estabilidad en perfectas condiciones. Pero también estoy intranquilo, nervioso. Tenía que preparar y estudiar varias cosas antes de despertar a Jane y al resto de la tripulación.

Decidí hacerle una visita a Jane para comprobar que estaba bien. Evidentemente era una excusa que me decía a mí mismo, pues no podía ser de otra forma, pero aun así me quedaré más tranquilo al comprobarlo. Encuentro rápidamente la vaina de Jane y suspiro de alivio al verla. “Esta preciosa, incluso dormida”, pienso. Accedo al panel de control incorporado en la vaina, y como un auténtico perverso, observo los sueños de Jane.

Jadeo por la sorpresa al comprobar que está soñando conmigo, recordaba perfectamente aquella noche y el sexo que practicamos después. Fue una de las pocas noches que pasé en su piso, recordada cada una de las noches que habíamos pasado juntos. En aquel momento no sabía todo lo que ella significaba para mí, hasta que la perdí. Una chispa de esperanza se extiende por mi pecho. Si su subconsciente traía ese tipo de sueños. “¿Podía suponer, que Jane deseaba que estuviéramos juntos? Veremos lo que ocurre la semana que estemos solos”, me dije a mí mismo.

Jane...

Estoy dormida, sé que lo estoy, recuerdo perfectamente haberme metido en el interior de la vaina, debo de estar soñando aunque algunos sueños parecen en realidad recuerdos. Unos son largos e intensos, y otros leves y fugaces. Creo que los largos e intensos son recuerdos.

Estoy en mi dormitorio muy excitada, Jack empieza a quitarme la ropa, me desabrocha lentamente los botones de la blusa mientras nuestras lenguas

luchan en mi boca en un combate lento y sensual. Me quita la blusa y la deja caer al suelo, recorre con sus manos mis caderas, pasan alrededor de la cintura y llega hasta mis pechos que están cubiertos aún por el sujetador, coge uno con su mano y lo aprieta suavemente, mientras con la otra, suelta el broche y desliza los tirantes por mis hombros, dejando al descubierto mis senos. Deja de besarme y mira mis pechos, vuelve a cubrirlos con sus manos y roza ligeramente con sus dedos mis pezones que se yerguen bajo su tacto. Vuelven sus besos, invadiéndome la boca fuertemente, con su lengua caliente y resbaladiza, igual que otra parte de mi cuerpo que también está caliente y resbaladiza.

Su boca abandona la mía y empieza un lento descenso hasta mis pezones, rodea uno con la lengua una y otra vez mientras el otro lo pellizca lentamente entre sus dedos. Tiro de las trabillas de sus pantalones para arrimarlo un poco más a mí, aprovecho la ocasión y empiezo a desabrochar los botones de la camisa, gruñe con mi pezón en la boca, lo noto justo ahí. Continúa chupando y succionando entre sus labios, yo continuo desabrochando botones hasta que consigo quitarle la camisa. Lo siguiente son sus pantalones. Meto mi dedo índice por el interior de la cinturilla de sus pantalones y desabrocho el botón de sus vaqueros, bajo su bragueta y con osadía meto mis manos en su interior y agarro su pene erecto. Acaricio suavemente arriba y abajo, deja de chuparme extasiado con mi contacto y en busca de más, proyecta su cadera hacia mí, veo como echa la cabeza hacia atrás y gime por mis caricias.

Ahora le toca el turno a mi falda, baja la cremallera tentadoramente despacio mientras vuelve a besarme. Me la baja junto con las bragas, y ya estoy completamente desnuda, pero Jack sigue con los vaqueros puestos. Meto las manos en el interior de su bóxer y vuelvo a rodear su pene, está muy duro y completamente listo, por lo que no me ando con rodeos y le bajo al mismo tiempo los vaqueros y el bóxer. Me arrodillo frente a él y apoyo mis manos en sus muslos. Su miembro oscila arriba y abajo delante de mí, tentándome. Lo agarro con fuerza y me lo meto en la boca, doy vueltas con mi lengua a la punta de su pene y entorno los ojos para mirarle a través de las pestañas. La cabeza inclinada hacia atrás mirando el techo, puedo ver sus labios que están ligeramente abiertos, respira entrecortadamente. “Le estoy volviendo loco” y eso me excita. Empujo más profundamente en mi boca, haciéndole gemir de placer. Bombeo una y otra vez, dentro y fuera de mi boca, rápido y fuerte, cada vez más extasiada de placer, desde la base hasta la punta. Gime fuerte de nuevo y sus caderas empiezan a balancearse al ritmo que marcan mis labios.

Paro un momento solo y le miro de nuevo sonriéndole.

Me levanta del suelo sujetándome por los hombros, rodea mi cintura con sus brazos y me coge en vilo, caemos sobre la cama, él encima justo entre mis piernas. De nuevo centra su atención en mis pechos y vuelve a jugar con mis pezones en su boca, pero no se detiene ahí y sigue bajando por mi estómago, mete su lengua en mi ombligo y juega con él mientras me mira. No hace falta leer el pensamiento, conozco bien sus intenciones. Sigue con su lento descenso por todo mi vientre hasta la cúspide de mis muslos, me separa las piernas con sus manos y su lengua vuelve a lamermme pero esta vez en mi centro.

—¡Por favor, Jack! —gimo porque me encanta, pero en realidad quiero que pare y me penetre.

—Eres deliciosa, Jane —dice y juguetea con mi clítoris dándole vueltas y más vueltas con su lengua alrededor.

Llego rápidamente al clímax, levanta la cabeza de entre mis piernas, se coloca un preservativo y me penetra, fuerte y hasta el fondo. Mi espalda se arquea por el placer, aún no han cesado las contracciones del orgasmo y al penetrarme con fuerza vuelvo a correrme, gritando fuerte su nombre.

—¡Jack! —grito, pero él no se detiene y sigue empujando en mi interior fuerte y rápido.

Me concentro en sus embestidas cuando los espasmos cesan y disfruto de su penetración una y otra vez. Siento que me acerco de nuevo al orgasmo, mi interior se aprieta en torno a él.

—Jane, estoy casi a punto, córrrete conmigo —me pide.

Introduce una de sus manos entre mis piernas y empieza a frotar mi clítoris, lo que dispara mi orgasmo y el suyo, gritando de placer al unísono.

Se desploma sobre mí, con la cabeza en el arco de mi cuello, respira entrecortadamente contra mi pecho, todavía no ha salido de mi interior y lo noto aún duro. Levanta la cabeza y me da un beso suave en los labios, apoya su frente contra la mía y al hacerlo lo noto en mi interior, de nuevo se desata el deseo en mí. Me tiene completamente atrapada con el peso de cuerpo, sus brazos ahora están alrededor de mi cabeza y no puedo moverme.

—Jack, casi no puedo respirar.

Automáticamente apoya los brazos al lado de mis pechos encima del colchón y se incorpora un poco encima de mí, librándome de parte de su peso, pero me retiene contra el colchón y sigue sin salir de mi interior, esa conexión que hay entre nosotros me excita muchísimo.

—No quiero estropear este momento, pero si no sales de mi interior,

tendrás que volver a ponerte en marcha, estás excitándome de nuevo.

—Eso me gusta —contesta sonriente.

Mueve la cadera en redondo haciéndome gemir, y con una sonrisilla de listillo sale de mi interior y se estira en la cama junto a mí, sonriendo y mirándome fijamente.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. Solo pensaba en el día que nos conocimos, cuando te vi pensé que eras una mojigata.

—¿Intentas decirme que soy una chica fácil? —pregunto intentando parecer ofendida, aunque la verdad no es así.

—No, para nada eres una chica fácil. Si no recuerdo mal me costó bastante traerte a mi cama.

—Probablemente me habría ido a la cama contigo el primer día, pero estaba muy nerviosa.

—¿Por qué estabas nerviosa? —pregunta arqueando una de sus cejas, esta intrigado.

—Después de conocerte, investigué un poco sobre ti.

—Ah, ¿y encontraste algo?

—Decían que eres un mujeriego —contesto tras un mohín.

—Y lo sigo siendo... —dice tan bajito que no estoy segura de haber oído bien.

—Supongo que el motivo principal de mi nerviosismo, era por tu culpa, jamás había conocido un hombre tan sexy como tú.

—¿Sexy, eh? —pregunta de forma sugerente mientras se inclina sobre mis labios, se detiene junto a mi boca—. ¿Ya no te pongo nerviosa? —pregunta muy serio.

—No, ya no. Aunque debo reconocer que cada vez que te veo, mi cuerpo entero se ruboriza.

—Paso mucho tiempo en el gimnasio, por el entrenamiento, ya lo sabes.

—¡Y ahora encima soy una frívola, qué bonito! No se trata de tu físico, es otra cosa, aunque no puedo explicar qué es. ¿Cuándo comienzas las pruebas? —pregunto para cambiar de tema.

—Las pruebas teóricas deberían empezar este mes, pero no sé las fechas. En cuanto a las físicas no tengo ni idea, necesito pasar la primera criba. ¿Nos duchamos?

—¿No te apetece dormir? —pregunto, haciéndome la tonta.

Cubro mi cuerpo con la sábana, me giro de medio lado y dándole la

espalda, finjo bostezar. Me gusta bromear, pero él no me sigue el juego. Jack pasa su brazo por encima de mi cintura y me arrastra hasta pegar nuestros cuerpos, aprieta las caderas contra mi trasero y noto de nuevo su erección. Me giro para quedar frente a su cara y observo su miembro. No está plenamente erecto, pero cierro los ojos y suspiro. Me encanta esa visión y cuando los vuelvo a abrir, su pene esta duro, completamente erecto.

—¡A la ducha! —exclamo dando un salto de la cama.

Oigo como Jack me sigue hasta el baño, abro el grifo del agua caliente y mientras me estoy dando la vuelta me abraza, me sujeta entre sus brazos y me coge en vilo. De pronto me suelta de nuevo en el suelo.

—Ya sale caliente, adentro —dice tendiéndome la mano.

No se trata de un espacio demasiado pequeño, pero debo dejar espacio para que Jack pueda meterse bajo la ducha. Miro caer el agua que corre por su cuerpo. Mojado y resbaladizo, bajo el torrente de agua. Se enjabona el pelo y se lo aclara rápidamente. No puedo apartar mi mirada de su cuerpo, me hipnotiza su piel dorada. La espuma le cae por los pectorales, sobre su abdomen y rodea su miembro que continua erecto, finalmente baja por los muslos hasta sus pies.

Me acerco a él y me abrazo a su cuerpo. Su pene presiona contra mi vientre, aprovecha ese contacto y mueve las caderas rozando su erección contra mi cuerpo. Me arrodillo en el suelo de la ducha y aprieto su miembro fuerte entre mis manos. Cuando me lo iba a meter en la boca, miro a Jack que me observa con la boca entreabierta. Me coge por los hombros y me pone en pie para besarme apasionadamente. Me besa suavemente la barbilla, baja rápido por mi cuello y llega hasta mis pechos, sigue regándome de besos suaves y húmedos, por mi tripa hasta el ombligo, y finalmente llega hasta mi sexo, donde me planta un beso y comienza su danza sensual en mi clítoris.

—Por favor, Jack —gimo.

—¿Qué pasa, Jane? —pregunta, junto a mi sexo.

—Te quiero dentro de mí —jadeo.

—Oh, eso será un placer para mí —dice.

Inmediatamente gira mi cuerpo, quedando de espaldas a su pecho, con una de sus manos en mi espalda me empuja suavemente para doblarme por la cintura.

—Agárrate a los grifos, va a ser muy rápido, Jane —pide y me penetra fuertemente.

Me impulsa hacia delante con el golpeo de sus caderas contra mi

trasero. Pone ambas manos en mis caderas y me sujeta firmemente. De esta manera, siento cada embestida en mi interior, más profundamente. El vapor del agua caliente inunda el baño, el agua corre por mi espalda y entre mis glúteos, es tan excitante que empiezo a notar como me acerco al clímax.

—Vamos Jane, déjate llevar —pide.

—¡Ah, Jack! —gimo alto y siento como me inundan oleadas de placer al llegar al clímax.

Sale de mi interior, me ayuda a incorporarme y gira de nuevo mi cuerpo, estamos otra vez cara a cara. Me besa apasionadamente, invadiendo mi boca con su lengua. Vuelve a ponerse de rodillas ante mí, coge el jabón y se frota las manos haciendo espuma, me las pasa entre mis piernas, limpiándome y mimándome suavemente.

—Ala, ya estás —exclama.

Lo tengo delante, tan atractivo y sexy, que no puedo evitar lanzarme a sus brazos, rodeándole el cuello, la ternura con la que acababa de tratarme, era maravillosa.

—¡Eh! —dice sorprendido por mi arrebatado cariñoso.

Cierra el agua, abre las puertas de la ducha y me pasa una toalla, coge otra para él que se anuda en las caderas y sale, me tiende su mano para ayudarme a salir.

—A dormir —sentencia.

Cuando abro los ojos ya no tengo los brazos de Jack a mi alrededor. Estoy tumbada en una hamaca, disfrutando del sol que se cuele bajo la red de seguridad calórica, en una playa de la costa española, me acompaña mi mejor amiga Guio. Estamos de vacaciones y llevamos una semana viajando por España, un país que hizo una gran inversión para convertir sus playas en lugares seguros y no perder su importancia turística mundial.

Guio sale del agua para tumbarse al sol a mi lado, es alta y curvilínea, tiene una larga melena rubia, ahora mojada y revuelta por el agua y la sal del mar. Lleva puesto un mini bikini negro, estamos morenas por el sol y se la ve realmente atractiva. El pasatiempo favorito de Guio, es pasear por la orilla de la playa y atraer el mayor número de tíos posible. Morenos o rubios, con músculos esculturales o larguiruchos flacuchos, para ella todos eran su tipo. Desde que se sometió a la reestructuración de su oído y cuerdas vocales, una operación muy complicada que le había dado voz, se descontroló por completo. Era una chica diferente, más extrovertida y divertida desde que

había encontrado su propia voz. Quedaba con ellos por la noche y me arrastraba a mí con ella.

—¿Nos vamos a dar un paseo por la playa? —pregunta todavía chorreante de agua mientras se estira en la tumbona a mi lado.

—¿No te cansas nunca?

—¿De ligar? La verdad es que no, intenta recordar la última vez que te tomaste una copa y tuviste que pagarla.

—No lo sé, aunque supongo que antes de venir aquí.

—Además los chicos de por aquí son amables y generosos, no suponen ningún peligro, en cuanto les das una negativa, se van a buscar a otra.

Mi amiga me conocía a la perfección y sin haberle contado mis temores me tranquilizaba.

—Esta noche solo hemos quedado con un grupo de amigos.

—¿Quiénes son? —pregunto, pues no suelo poner mucho interés cuando Guio liga.

—Esta mañana mientras paseábamos había un grupo jugando a *vóley-playa*, hemos quedado con ellos.

—No me acuerdo —admito—. Ya sabes que mi cabeza... no vale para mucho.

—Para una vez que me sirves para ligar, tú vas y lo olvidas.

—¿Que yo qué? —pregunto, pues no he debido escuchar bien.

—Lo que has oído, has sido tú quien ha ligado con ellos. Estaban jugando y se les ha escapado la pelota, que casualmente ha ido a parar a tus pies, cuando se lo has devuelto uno de ellos ha dejado de jugar para hablar con nosotras.

—Gracias por refrescarme la memoria Guio, ahora ya me acuerdo y tienes toda la razón, así que esta noche me toca elegir a mi primero.

Capítulo 11

Me encuentro a oscuras, no sé si tengo los ojos cerrados o todo a mi alrededor está oscuro, no estoy dormida pero noto como mi cuerpo va despertándose lentamente, primero es un hormigueo en las puntas de los dedos, sigue por mis tobillos y muñecas, seguido sube por mis piernas y brazos hasta que ha llegado al centro de mi pecho, y tengo mucho frío. Me castañetean los dientes y abro los ojos, mientras tiritito incontrolablemente.

Jack...

Observo desde un rincón como se va despertando. Siento deseos de ir hasta ella y abrazarla, pero me contengo, lo que necesita en este momento es algo de espacio a su alrededor. Tras la tiritona incontrolable vienen las náuseas y las arcadas, después la flojera en piernas y brazos. Debo darle tiempo.

Jane...

Todavía estoy tumbada o eso creo, me siento aturdida por la tiritona. Me incorporo rápidamente al notar la primera náusea, y recuerdo en ese instante lo que el médico me contó: “Despertar es bastante desagradable, primero todo tu cuerpo sufrirá espasmos musculares por el frío, también tu estómago, lo que te provocará náuseas. Sigue con flojera en las extremidades, esto último puede llevarte varias horas superarlo.”

Necesito salir de aquel espacio reducido, y en cuanto las náuseas cesan, apoyo mis manos en el borde, y hago acopio de todas las fuerzas que tengo para impulsarme fuera de la vaina. Pero mi cuerpo no quiere reaccionar y me quedo con medio cuerpo fuera y las piernas en el interior de la vaina, el peso de mi tronco me vence cayendo al suelo, pero solo mis pies llegan a tocarlo.

Jack que aparece de pronto ha detenido la caída, se ha lanzado a por mí sujetándome entre sus brazos.

—Ya estabas tardando. ¿No dijiste que me despertarías? —le suelto de pronto enfadada.

Vuelvo a sufrir otro ataque de náuseas mientras Jack acaricia suavemente mi espalda. El tiempo parece detenerse mientras estamos allí, tirados en el suelo. Cada vez que Jack acaricia mi espalda arriba y abajo, sufro menos convulsiones por el frío, su cuerpo desprende un calor muy agradable y me refugio más entre sus brazos.

—He estado aquí todo el tiempo, pero quería dejarte espacio. ¿Te encuentras bien? —me pregunta.

Sujeta firmemente entre sus dedos mi barbilla, obligándome a mirarle a los ojos. Observa primero mi rostro y después mi cuerpo, no se trata de la primera vez que estoy medio desnuda delante de Jack, pero me ruborizo al sentir su mirada sobre mi cuerpo.

—Sí, estoy bien. Creo que las náuseas ya han pasado.

Intento librarme de la intensa mirada de Jack, pero me tiene bien sujeta entre sus dedos. La tensión cambia sutilmente entre nosotros, mientras observamos nuestros ojos se inclina sobre mí y aun sabiendo que no tengo fuerzas para resistirme me besa en la boca. Coloco una de mis manos sobre el brazo de Jack, pero no tengo fuerzas para detenerle. En ese momento no sé si deseo que pare o continúe. Profundiza más el beso, me introduce la lengua en la boca, gimo bajito y sube sus manos acariciando mis brazos, hasta los hombros.

—No te puedes ni imaginar las ganas que tenía de verte, he soñado contigo. No veía llegar el momento de despertarte.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —pregunto.

—Seis horas y veintitrés minutos para ser exactos.

—Oh solo, me dijeron que podía tardar bastante en recuperarme del todo.

—Y tardaras en hacerlo, créeme —frunzo el ceño confundida—. Estoy entrenado para estas cosas —aclara Jack rápidamente, un escalofrío recorre mi cuerpo entero—. ¿Tienes frío?

—Un poco —confieso.

Jack estira el brazo y cubre mi cuerpo con la misma bata que me quité en esta misma habitación no sé cuánto tiempo atrás.

—¿Mejor? —pregunta él. Solo puedo asentir con la cabeza—. Bien, nos vamos a mi dormitorio, allí podrás descansar.

Se incorpora conmigo en brazos, tras la sorpresa inicial me agarro a su cuello por miedo a caerme, aunque sé en el fondo que no dejaría que me cayera.

—Espera, necesito recoger algo de ropa.

—Cuando estés en mi cama y bien arropada, yo iré a buscar lo que necesites —dice con los ojos brillantes, me ruborizo de nuevo ante la penetrante mirada de Jack.

—Vale —acepto y me acurruco en su regazo.

Mi cabeza descansa sobre su pectoral izquierdo, Jack inspira profundamente y salimos de la habitación.

Jack...

Nos dirigimos al puente de mando en un relajante silencio, mientras, de vez en cuando observo a Jane. Tiene los ojos cerrados, las pestañas caen sobre sus mejillas, un brazo descansa sobre su estómago, el otro está apoyado sobre mi pectoral derecho, casi sobre mí corazón. Respira suavemente entre los labios un poco entreabiertos, parece que esta dormida, aunque sé que no lo está.

Jane...

Estoy abrumada, no quiero abrir los ojos para que Jack no pueda ver reflejado en ellos mis sentimientos. Entre los espasmos de mi cuerpo a causa del frío, las náuseas y no tener el control de mis extremidades, sumado a la aparición imprevista de Jack, evitando que me golpeará contra el suelo no sé lo que siento. El calor que me brinda con su cuerpo y ese beso, me han dejado aturdida. Además recordaba perfectamente los sueños que había tenido y en especial los que aparecía Jack, e íbamos camino de su dormitorio.

La habitación estaba tal y como la recordaba. La última vez que estuve aquí me marché con un sabor agrídulce. Jack se sube a la cama y me deja suavemente sobre las sábanas blancas, se inclina y me da un beso en los párpados, abro los ojos sorprendida y me encuentro con su ardiente mirada. “¿Qué le ocurre? Las muestras de cariño de Jack, se limitan al plano sexual.”

—¿Estas sábanas serán limpias, verdad? —pregunto más brusca de lo que pretendía.

“¿Qué bicho te ha picado a ti ahora?”, grita mi subconsciente. “¡No lo sé, no sé qué me ha pasado!” Jack sorprendido se incorpora y se baja

rápidamente de la cama.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? — “Pobre ingenuo, no deberías haber preguntado”, apunta mi voz interior.

—La última vez que estuve aquí, acababas de follarte a Simona en esta cama, así que si tengo que quedarme aquí tumbada prefiero asegurarme —“Eso no está bien, discúlpate”, me ordena mi subconsciente.

—Pensé que ya me habías perdonado por eso —dice mientras se pasea arriba y abajo por la habitación.

—Y lo hice, pero ten en cuenta que para mí, esa conversación es como si hubiera sido anoche. No estoy enfadada contigo, era solo una pregunta.

—Pues por tu forma de decirlo, cualquiera diría lo contrario.

—Tienes razón y te pido perdón. Es por esa mujer, no me caía bien desde el principio.

—¿Estás celosa? Espero que no, ella no significa nada para mí, y lo siento.

—No estoy celosa, ya te lo he dicho. No me caía bien antes de que os hubierais liado.

—¡Yo no tengo un lío con Simona! —grita Jack.

—No pretendía decir eso, solo intentaba explicarte que no me caía bien antes de vuestro único revolcón —enfático la última parte, pero Jack hace una mueca de disgusto—. ¿Qué pasa, Jack?

—No fue un solo revolcón, tal vez fueran dos o tres —confiesa angustiado.

—Bueno, pues eso en mi familia se llama tener un lío, pero cambiemos de tema.

—Vale —accede Jack rápidamente—. Tengo que ir a buscar tu ropa, no te muevas de aquí —dice sonriendo ante la oportunidad de aparcar un tema espinoso.

—Que gracioso, ni que pudiera moverme de aquí —contesto mientras sale por la puerta y oigo su risa mientras se va alejando. La luz de la habitación, se apaga. “Me ha dejado a oscuras”.

Estoy sola y tumbada en aquella cama, escuchando solamente el sonido de mi propia respiración, solo hay silencio. La habitación está completamente a oscuras, a través de la puerta abierta se filtra una tenue luz que podría tratarse de los cuadros de lucecitas que manejan la nave. Empiezo a mordirme despacio en el interior de mi labio, justo en la comisura. Es un gesto nervioso que mis padres han intentado quitarme en innumerables ocasiones, siendo una

total pérdida de tiempo.

Estoy muy nerviosa, no paro de pensar en la semana que tenemos por delante los dos solos en la nave. Aquello sería una prueba para los dos, los dos queríamos lo que el otro tenía para ofrecer, y yo había tomado mi decisión. Aquella semana nos brindaría la oportunidad de averiguar, si era posible.

Un delicioso recuerdo del cuerpo de Jack encima del mío se pasa por mi cabeza, la reportera de mi interior está haciendo de las suyas. Escucho el siseo de la puerta al abrirse, Jack está de regreso. Se hace de nuevo la luz en el dormitorio, Jack cruza la puerta con mi ropa en sus manos, también ha cogido mi pequeño neceser que yo misma deje encima de la cama antes de marcharme.

—He encontrado esto... —dice mostrando el neceser—. Y he pensado que tal vez te apetecería asearte un poco, mejora mucho el humor o al menos en mi caso, después me sentía mucho mejor.

—Es muy amable por tu parte Jack, pero creo que no sería capaz de mantenerme en pie.

—Yo puedo ayudarte —ofrece con un brillo travieso en los ojos.

—No, gracias —niego rotundamente.

—¿Por qué? No sería la primera vez que nos duchamos juntos —dice mientras deja la ropa y mi neceser sobre la cama.

Sin darme cuenta miro de arriba abajo el cuerpo de Jack, hasta ese momento no me había dado cuenta que no llevaba el mono habitual de color naranja tan sexy, vestía una camiseta blanca sin mangas y unos pantalones finos de algodón grises. Tenía un cuerpo muy sensual, marcado y definido, que acompañado de su color de piel, se convertía en irresistible para mí. No me lo pensé dos veces y acepté el ofrecimiento.

—Está bien.

—¿De verdad? —pregunta sorprendido —prometo mantener las manos alejadas.

“¡No, tócanos por todas partes!”, grita mi subconsciente, ahora es mi reportera interior la que habla, esa que incordia cuando Jack anda cerca.

—Vale.

Se agacha sobre el colchón y me coge entre sus brazos, pasa un brazo por mi espalda y el otro por detrás de las piernas. Me levanta y me lleva hasta el baño, abre como puede la puerta de la ducha conmigo aún en sus brazos. Cuando estamos dentro, me deja suavemente sobre el suelo de la ducha, pero

no me suelta en ningún momento, deja sus manos apoyadas en mi cintura, soportando la mayor parte de mi peso.

—¿Puedes apoyar las manos en la pared y el cristal? —pregunta Jack.

Me ruborizo, solo puedo asentir con la cabeza mientras hago lo que me pide. Jack me suelta dejando que me sostenga por mí misma sobre las piernas. Los músculos me tiemblan por el esfuerzo aunque es solo un momento, el tiempo necesario para que Jack se deshaga de la camiseta.

—¿Quieres quedarte con la ropa interior puesta? —pregunta con su mirada de ojos verdes ardientes.

—No. Quítamela —le pido, sin pudor.

Jack se inclina hacia delante y rodea mi cuerpo con sus brazos hasta llegar a mi espalda, suelta el cierre del sujetador y desliza los tirantes por mis hombros, el sujetador cae al lado de los pies de Jack, a continuación baja sus manos a mis caderas y me quita las bragas por los muslos. Vuelve a sujetarme de las caderas, sujetando de nuevo mi peso. Abre el grifo del agua caliente y esta cae sobre mi cuerpo.

—¡Sale fría! —me quejo mientras Jack ríe.

Enseguida sale el agua más caliente. De nuevo suelta mi cuerpo, coge una esponja y jabón, con la que empieza a frotar mis piernas, sube por los muslos frotando primero uno y luego el otro, ignora mi sexo por completo muy sabiamente, sube la esponja frotándola por mi vientre y la espalda, se incorpora del suelo de la ducha para seguir enjabonando mi cuerpo y dejándome ver lo excitado que esta. Rodeada suavemente con la esponja primero uno de mis pechos y después el otro, siento unas caricias en los pezones, no sé si casuales o deliberadas pero sus dedos me rozan y cierro los ojos, enjabona mis hombros y el cuello. Inclino levemente la cabeza hacia atrás para facilitarle el trabajo, termina enjabonándome los brazos. Cuando abro los ojos observo el cuerpo de Jack, tiene el pecho salpicado de gotitas de agua que rebotan de mi cuerpo, los pantalones de algodón de Jack están empapados y pegados a su cuerpo. Puedo notar a través del tejido empapado, la erección de Jack. “Si pudiera mantenerme en pie sola, cogería esa erección entre mis manos”, pienso. “Eso seguro que le gustaría”, dice mi reportera interior.

—¿Estás bien, aguantas bien? —pregunta mientras suelta la esponja—. Ya queda poco. ¿Puedes lavarte tú el pelo? No sé cómo hacerlo mientras te sujeto, creo que no puedo hacerlo.

—Sí, yo puedo, ya has hecho bastante —“Y así tal vez pueda relajarme

un poco”, pienso.

Esta situación me recuerda demasiado al sueño que había tenido, y estoy tan excitada como la reportera.

Me echo un chorrillo de champú en la mano y enjabono rápidamente mi pelo, cuando Jack ve que he terminado me coloca bajo el chorro del agua caliente y me aclaro el pelo. Cometo el error de observar a Jack mientras quito la espuma de mi cabeza, me mira con sus ojos entreabiertos. Sigue empapado y excitado, saber que lo que había provocado aquella excitación había sido mi cuerpo me excita más, pero ambos sabemos que no es el momento de dejarse llevar. No podría soportar un asalto sexual con Jack, así que respiro hondo y cierro los ojos para tranquilizarme, mientras continúo aclarándome el pelo.

Cuando he terminado, Jack cierra el grifo y abre la puerta del baño, me coge entre sus brazos y salimos de la ducha, me deja sentada en el borde de la bañera mientras saca una toalla. Envuelve con ella mi cuerpo y sale del baño, vuelve con un par de pantalones secos y mi ropa. Lo deja todo sobre el lavabo y se quita los pantalones y los calzoncillos húmedos, dejando completamente visible su pene duro que se balancea con los movimientos de Jack al ponerse los pantalones secos.

—No quiero ponerme la ropa —digo poniendo un mohín lastimero en los labios—. Prefiero quedarme con la bata.

—Pareces más joven cuando pones esos morritos, me he fijado que pasa lo mismo cuando estás dormida.

—Creo que eso le pasa a todo el mundo, tú también pareces más joven cuando estás dormido —digo, Jack ha salido en busca de mi bata, regresa con ella en las manos y me la entrega.

—¿Y tú cuándo me has visto dormir? —pregunta Jack extrañado.

—Una de las pocas noches que pasamos juntos, no te hagas el tonto. De todas formas esa pregunta debería hacerla yo.

—¿Qué pregunta?

—¿Cuándo me has visto dormir? A diferencia de ti yo sé que nunca me has visto dormir.

—No te creo.

—Claro, porque duermes como un tronco, nada podía despertarte. Siempre me levantaba antes que tú —digo y dejo caer deliberadamente la toalla que rodea mi cuerpo, me pongo la bata lentamente porque aunque quisiera no podría ir más rápido.

—Cuando me desperté, fui a verte —contesta, creo que avergonzado.

Jack pasa la punta de su lengua por su labio superior mientras observa mis pechos.

—Eso me recuerda una cosa, cuando me has cogido en tus brazos has dicho que habías soñado conmigo. ¿Era cierto?, o solo hablabas por hablar.

—Claro que es cierto, por eso fui a verte. En mi sueño te tenía entre mis brazos y siempre estabas a mi lado, de pronto me desperté y no estabas. Me puse nervioso.

—Yo también he soñado contigo —reconozco tímidamente.

—Lo sé, también expíe tus sueños, no pude evitarlo.

—¡Pervertido! —le grito mientras me rió. En el fondo estoy encantada, pero necesito saber qué sueños ha visto—. Como me siento ofendida por eso que acabas de confesar, estás obligado a contestarme a una pregunta. ¿Qué sueños has visto exactamente?

—Ha sido solo uno, pero no voy a contártelo ahora. Acabo de ayudarte a que te des una ducha, además me has recordado tu sueño. Si seguimos con esta conversación, te llevo a la cama y no será para descansar, sin embargo, lo necesitas.

—Sí, lo necesito. ¿Vas a llevarme a tu cama? —pregunto y coqueta... aleteo las pestañas.

—Me encantaría —contesta y me lleva de nuevo entre sus brazos.

La cama está preparada cuando Jack me deja sobre el colchón, me cubre con la sábana. Noto su indecisión, no sabe qué hacer, y se pasea arriba y abajo al lado de la cama, está decidiendo si se echa a mi lado u ocuparse en hacer alguna otra cosa. Finalmente pregunta...

—¿Te apetece algo de comer?

—No, tumbate conmigo —pido mientras giro mi cuerpo para quedar frente a él, mirándole directamente.

Jack estira su cuerpo junto al mío y me mira intensamente a los ojos por un momento.

—Échate sobre la espalda —ordena Jack.

Yo me dejo caer sobre el colchón, Jack pasa su brazo por encima de mi cintura y arrastra mi cuerpo por encima de las sábanas y lo gira al mismo tiempo, quedando mi espalda pegada a su pecho. Levanta ligeramente mi cabeza y coloca debajo su brazo, apoyando mi cabeza sobre su bíceps. Tras un breve rato de silencio comienzan a pesarme los párpados, aunque no entiendo cómo puedo tener sueño. Finalmente me quedo dormida, esto era lo que

buscaba Jack, sabía que tras un breve sueño me levantaría con fuerzas renovadas.

Me despierto bruscamente cuando una mano grande y caliente se agarra a mi pecho, Jack está completamente dormido y me toquetea. Mi cuerpo está pegado al suyo y noto su erección contra mi trasero. Poco a poco, me voy dando cuenta de que me encuentro mucho mejor que antes de haberme quedado dormida. No sabía el tiempo que había dormido, pero debía probar el estado en el que se encontraba mi cuerpo.

Apoyando uno de los brazos contra el colchón, hago presión para comprobar la resistencia de mis brazos, a continuación pruebo con las piernas. Mis extremidades están firmes. Seguramente no podría correr una maratón, pero tampoco es precisamente lo que tengo en mente.

Me apretujo suavemente al cuerpo de Jack y muevo sugerentemente mi trasero contra su erección. Jack inconsciente, responde a mi caricia apretando sus caderas contra mi trasero. No se despierta y tampoco se mueve buscando más. Si quiero algo de acción, tendré que ser más atrevida. Meto una de mis manos entre nuestros cuerpos y agarro con la palma de mi mano abierta la erección de Jack. La acaricio suavemente arriba y abajo, por encima de la tela de los pantalones. La mano de Jack continúa sobre mi pecho, y los impulso hacia delante presionando mi pecho contra su mano para sentir su tacto sobre mi piel, cuando Jack se despierta.

—¡Jane! —suspira Jack junto a mi oído, a continuación me da un mordisco suave en el lóbulo de la oreja.

Me giro sobre el colchón quedando boca arriba y me enfrento a la penetrante mirada de Jack sobre mí. Aparta la sábana y abre la bata que cubre mi cuerpo, estoy completamente desnuda ante sus ojos. Intrépida y muy excitada paseo mi dedo índice por el interior de la cinturilla de sus pantalones, rozando su piel suave.

Jack sigue con los ojos el movimiento de mi dedo, levanto la mirada y me encuentro con sus ojos. La tensión entre nosotros aumenta y nos besamos con desesperación. Jack se incorpora y estira su cuerpo sobre el mío, mis piernas se abren para dejarle atrapado entre ellas. La lengua de Jack me invade la boca, penetrándola una y otra y otra vez, gira en mi interior y succiona mi labio inferior.

Siento la enorme erección de Jack presionando ese punto tan dulce entre mis piernas, provocando una oleada de humedad en mi sexo. Me agarro a sus bíceps y acaricio su piel, suave y dorada que sube hasta sus hombros, fuertes y

torneados. Jack sube y baja su mano por mi muslo hasta mi trasero, cuando su mano vuelve a bajar tira de mi pierna levantándome la rodilla, hace lo mismo con la otra. Pero yo no me detengo ahí y cruzo las piernas alrededor de la cintura de Jack, atrapándolo con mi cuerpo.

—Tómame Jack, hazme tuya —suplico entre jadeos.

—¿Estás segura de esto? —pregunta mirándome a los ojos.

Gimo como respuesta e intento deshacerme del pantalón de Jack, pero resulta muy difícil, Jack levanta un poco su cuerpo del mío para darme acceso a su pantalón. Deshago el nudo y bajándoselo por sus muslos libero su miembro. Él termina de quitarse el pantalón a tirones por las piernas. Se inclina sobre la mesita y coge un preservativo del cajón, yo mientras tanto me revuelvo excitada en la cama. Se coloca el preservativo y extiende su cuerpo encima de mí, entre mis caderas. La punta de su miembro presiona contra mi sexo, me mira y acaricia mi pelo pero no me penetra. Gimo y me aprieto contra él, animándolo a continuar. No me hace esperar más, y con un rápido y ágil movimiento, me penetra.

Gime junto a mi oído, y le oigo decir algo entre dientes que no logro entender. Se detiene, su pene erecto introducido en lo más profundo de mi interior, me excita aún más y siento como en mi interior empiezan a brotar oleadas de placer, sin que se haya movido dentro de mí ni un solo centímetro.

—Jack por favor, muévete.

—Creía que te gustaba tenerme encima de ti, que te excitaba —dice mientras va besándome alrededor de la oreja.

—Y así es, pero estoy tan excitada que siento que podría correrme en este mismo instante.

Jack sonrío y hace girar sus caderas, sintiendo por completo su pene en mi interior, antes de empezar a retirarse y volver a introducirse lentamente en mí. Mi cuerpo se tensa, respiro entrecortadamente, echo la cabeza hacia atrás para respirar sin dificultad mientras se hunde en mi interior. Me sujeta la cara por la barbilla entre sus manos y miro su cara mientras entra y sale, una y otra vez lenta y deliciosamente. Me besa penetrando mi boca con la lengua, al mismo ritmo que marcan sus caderas, gimo suavemente contra sus labios. Me suelta la barbilla para ocuparse de uno de mis pechos. Aprieta el pezón entre sus dedos fuertes y tira suavemente de él. Siento que el orgasmo está cada vez más cerca, sigue con su penetración lenta y profunda, sintiendo en mi interior cada centímetro de él, entrando y saliendo, pero el ritmo empieza a ser insuficiente, delicioso y sensual, pero insuficiente para llevarme hasta el

clímax.

—¡Más rápido Jack, y más fuerte por favor! —suplico, Jack gruñe junto al arco de mi cuello.

Hace lo que le pido e incrementa el ritmo de sus embestidas, levanta parte de su cuerpo liberándome de algo de su peso, apoyando sus antebrazos sobre el colchón. Sus bíceps están tensos, su pecho y abdominales se estiran y se contraen, incrementando el ritmo de sus embestidas en mi interior, respira entrecortadamente y emite un suave gruñido ronco desde el fondo de su garganta con cada penetración. Gimo alto de placer, el ritmo que Jack a impuesto es implacable, rápido y fuerte. Noto esa familiar tensión en mi interior cuando me lleva al orgasmo.

—¡Me gusta estar dentro de ti, Jane! Te siento húmeda y apretada a mi alrededor, me estás llevando al límite. Córrete conmigo, Jane.

Y ocurre. Como por arte de magia, mi cuerpo responde liberándose. El orgasmo invade mis sentidos. Para cuando regreso de nuevo al presente, me pregunto cuál ha sido el detonante de mi orgasmo. “¿Han sido las palabras de Jack o el sonido sensual y ronco de su voz?” “¿Tal vez solo sea que se trata del mismo Jack?”, me contesta la reportera de mi cabeza.

Jack solo se deja ir tras sentir mi orgasmo. Puedo ver su cara mientras llega a su propio clímax. Aprieta fuertemente los ojos y le salen unas arruguitas en las comisuras de los ojos muy graciosas. Cuando los abre puedo verme reflejada en el brillo de sus ojos. Mis labios están abiertos para recuperar el aliento, y parecen finos y pálidos, cuando en realidad mis labios son gruesos y de un color rosado. Siento los pechos hinchidos y los pezones duros. Vuelve a introducirse una vez más en mí, arrancándome un suave gemido desde el fondo de mi garganta. Sale de mi interior y estira su cuerpo junto al mío en el colchón, posa su brazo alrededor de mi cintura y una pierna sobre las mías mientras recuperamos el aliento.

—Parece que ya estás recuperada —comenta Jack, besándome en el hombro.

—Sí, bastante recuperada me sentía al despertarme, ahora me siento otra vez floja —admito agotada, pero satisfecha.

—¿Te apetece algo de comer?

—Estoy hambrienta.

—Voy a preparar algo. ¿Qué te apetece? —pregunta.

Se incorpora de un salto de la cama, se quita el preservativo y lo deposita en una pequeña papelera que hay junto a la cama y que no había visto

antes.

—¿Tienes café?

—Sí, tengo. Y masa para tortitas también. ¿Café y tortitas? —pregunta sorprendido al ver la expresión de mi cara. Yo asiento enérgicamente con la cabeza.

Se agacha, recoge los pantalones del suelo y se los pone rápidamente, lo observo mientras se viste, lleva una sonrisa radiante en la cara, y descalzo sale por la puerta. Me incorporo en la cama y me doy cuenta que no ha llegado a quitarme la bata, todavía la llevo puesta sobre los hombros. La cierro sobre mi cuerpo y me siento con las piernas cruzadas, encima de la cama. Estoy exultante de felicidad, mi padre tenía razón y no podía perderme momentos como este, aunque hubiera aspectos insalvables entre nosotros, valía la pena intentarlo.

El olor a café recién hecho, mezclado con el aroma dulzón de las tortitas, despierta aún más mi apetito. Me encuentro bastante estable, más de lo que suponía que iba a estar después de las últimas horas. Jack entra de nuevo en la habitación, lleva en los brazos una bandeja humeante. Cuando se acerca a la cama se sienta exactamente en la misma posición que yo, frente a mí al otro lado de la cama. Coloca la bandeja entre los dos. En ella, hay dos grandes tazas de café, un pequeño botecito de chocolate líquido, junto a dos platos con un par de tortitas cada uno.

—¡Vaya, esto es un pequeño banquete! —exclamo al ver todo aquello.

—Un pequeño desayuno. Aquí pocas cosas puedo hacer.

—Es genial, lo digo en serio, gracias.

Cojo uno de los platos y el pequeño botecito de chocolate. Me echo un pequeño chorrillo y lo dejo de nuevo sobre la bandeja, Jack coge el suyo y se echa otro chorrillo de chocolate. Corto el primer trocito de tortita y cuando me lo estoy llevando a la boca, veo que Jack prefiere coger su café, y mientras le da un pequeño sorbo me mira fijamente. Su mirada es ahora demasiado intensa como para poder aguantarla mientras estoy comiendo, cierro los ojos y respiro lentamente, cuando los vuelvo a abrir, Jack continúa mirándome. Necesito un poco de café, cojo mi taza y le doy un sorbo, sintiéndome momentáneamente libre de su mirada, cuando dejo de nuevo la taza sobre la bandeja, sus ojos verdes siguen fijos en mí. “Un poco más de café”, pienso.

—¿Qué? —pregunto suavemente, por encima de la taza de café.

—Parece que te gusta, ¿verdad?

—Está muy rico.

—Me alegro —dice y empieza a cortar su propia tortita.

Comemos nuestro desayuno en silencio, pero nuestras miradas no hacen más que encontrarse la una a la otra. Cada vez que sucede, a mí se me sonrojan las mejillas y a Jack le recorre una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, ¿cuáles son tus planes de trabajo? —pregunto—. ¿Y qué planes tienes para mí?

—De momento, nuestros planes por ahora son descansar y disfrutar de nuestra compañía.

—¡Dios mío, no me digas que solo me has despertado para seducirme! —digo intentando parecer escandalizada—. Lo has intentado, pero ha sido en vano.

—Yo diría que ha funcionado realmente bien —dice siguiéndome el juego, con un brillo travieso en los ojos.

—Me has traído a tu cama, pero no has conseguido seducirme.

—Tengo toda una semana para conseguirlo —la mirada de Jack traviesa a desaparecido, en su lugar sus ojos arden ante la expectativa.

—Seguirá siendo un intento en vano, porque ya me sedujiste —admito por fin.

Jack sorprendido abre mucho los ojos, incrédulo.

—Que bien saberlo, aunque no desistiré en volver a conseguirlo.

Ahora es mi turno de abrir los ojos de par en par ante la sorpresa, la reportera de mi interior también está sorprendida, pero se abanica con la libreta intentado alejar el calor que siente.

—A mí me parece muy buena idea, tengo muy buenos recuerdos de aquella época.

—¿Me podrías contar alguno? —pregunta Jack.

—Ah no, si pretendes seducirme no te voy a dar ninguna pista —digo mientras me río—. Pero ahora de verdad, cuéntame cuáles son tus planes.

—Bueno, llegaremos al límite de nuestro viaje aproximadamente dentro de cuatro días, entonces deberemos despertar a la tripulación y a los pasajeros, ahí es donde tú entras en escena, en realidad no es necesario que ayudes a despertar al pasaje, lo que queremos que hagas es hablar con ellos, acompañarlos y que recojas sus impresiones, sueños y miedos. Todo aquello que te puedan contar.

—Pero yo no dispongo de los conocimientos necesarios para esa tarea, Jack. Aquí en la nave he conocido a una mujer que es psiquiatra, ¿no sería ella mejor ayuda? —expongo con sinceridad.

—Solo queremos que recopiles información, y como periodista no se puede encontrar una mejor, y menos aquí.

—¿Este es el trabajo que me dijiste habíais pensado para mí?

—No, eso que te conté es para otro momento.

—¡No puedes dejarme con la duda, cuéntamelo por favor! —ruego.

—Tenemos organizado un grupo de reconocimiento para cuando llegemos a nuestro destino, sea cual sea el planeta, primero habrá que investigarlo, lo que necesitamos de ti es que pongas esos conocimientos en el pasaje.

—¿Queréis que sea la periodista de la nave, en un planeta nuevo?

—Sí, pensé que te gustaría —dice Jack encogiéndose de hombros, como si lo que acabara de decir fuera algo evidente.

—Y me gusta, mi carrera profesional era lo más importante para mí antes de que pasara todo esto. Y suponía que tendríamos una nueva vida.

—Así será para algunos de nosotros, pero te conozco y el periodismo es tu vida, lo he visto, por eso pensé en ti.

—Antes has dicho... Tenemos organizado, ¿a quién te refieres con “tenemos”?

—Ves, son cosas como esta, por la que pensé en ti. No se te escapa una y vas directa al grano. Aunque no te lo creas yo tengo un jefe aquí, él lo ha organizado todo.

—¿Quién es tu jefe?

—El senador.

—¿Tu padre?

—El mismo.

—Bueno... pues has tenido mucha suerte, no debe ser un jefe demasiado duro porque es tu padre.

—No tienes ni idea, cuando está en mitad de un proyecto no tiene clemencia con nadie, seas quien seas.

—¿Tú no crees que vaya a mandarme con el equipo de reconocimiento en sus salidas, verdad?

—Que no te extrañe si sucede eso precisamente.

—¡Pero yo no estoy preparada para el trabajo de campo! —grito verdaderamente espantada.

—Seré yo quien dirija el equipo, no tendrás nada de lo que preocuparte, si es que llegara el caso.

—Aun así, podría ser peligroso y con ello, no haría más que ponerlos en

peligro al resto del equipo —digo ocultado mi cara entre las manos. “No lo puedo ni imaginar”

—Para eso todavía queda bastante tiempo.

—¿Para cuándo está previsto que llegemos? —pregunto mirándole directamente a los ojos.

—No llega a ser un mes, tres semanas más o menos.

—¿Entonces ya estamos en otra galaxia?

Me sentía como si fuera montada en una montaña rusa de sentimientos. De la culpa, al entusiasmo en unos segundos.

—Sí.

—¿Nadie ha visto todavía lo que hay ahí fuera? —si pudiera daría saltos de alegría sobre el colchón.

—De esta nave, seguro que no. De las otras no puedo asegurarlo.

—¿Podemos bajar al comedor y echar un vistazo?

—Claro, pero no es necesario que vayamos a ningún sitio, puedo enseñártelo desde aquí, ven —dice tendiéndome su mano.

Cojo su mano y salimos del dormitorio, Jack me lleva hasta el puente de mando, sigue sin haber ningún tipo de luz más que las pequeñas lucecitas que siempre están brillando. Me deja sola en el centro del puente y se dirige al extremo más alejado. Me pongo de puntillas intentando ver que hace Jack, pero solo distingo su espalda. Creo que está inclinado sobre algo que no aprecio bien.

Momentos después y justo delante de donde se encuentra Jack, una barrera que no sabía que se encontraba allí, comienza a subir lentamente, dejando entrar en la sala una fina franja de luz tenue. Con el paso de los segundos se filtra un poco más de luz, sin embargo todo lo que puedo ver es negrura con unos pequeños puntos de luz brillante. “Deben ser estrellas”, pienso.

No doy crédito a lo que ven mis ojos. La cristalera es casi tan grande como la que tenemos en el comedor, y también está ligeramente combada hacia afuera. Delante de nosotros tenemos un planeta enorme y hermoso, al menos en apariencia. La superficie del planeta es de color naranja y esta ribeteado con líneas aquí y allí de color blanco.

Un poco más alejado de la nave, hay otro planeta de tamaño más pequeño y de un color completamente grisáceo. En total puedo contar hasta cuatro planetas diferentes cerca de la nave, delante de nosotros con tan solo la oscuridad por compañía y miles de millones de estrellas pequeñas,

observándolo todo desde la distancia.

—Hay más planetas, solo que ahora no los podemos ver —aclara Jack.

La luz brillante y difusa que se filtra por la cristalera provenía de tres soles.

—¿Qué te parece? —pregunta Jack.

—Es increíble, precioso. Pensar que somos los primeros en ver todo esto, es muy emocionante —contesto.

—Una visión sobrecogedora.

—Sobre todo para ti que tanto te gustaba observar las estrellas. ¿Te habías imaginado que una cosa así pudiera pasar?

—Cuando observaba las estrellas desde mi casa, me imaginaba muchas cosas, aunque nunca llegué a pensar que la humanidad casi llegara a extinguirse. Si este proyecto no se hubiera organizado, la humanidad habría desaparecido.

—¿No crees que hayan quedado supervivientes en la tierra?

—No, no lo creo. Es posible que algún millar de personas sobreviviera los primeros meses, pero sin comida ni agua, todo lo que hubiera en la tierra terminaría pereciendo. Ven, desde aquí se ve todo mejor.

Jack tiene razón, desde donde se encuentra él la visión del espacio era más sobrecogedora, sin ningún obstáculo excepto por el cristal que nos separa.

—¿Y nosotros, hacia dónde nos dirigimos?

—¿Puedes ver más o menos donde se encuentran las estrellas solares?

—Sí.

—Pues cerca de ellas.

—¿Y no será peligroso? Quiero decir, no sería más sensato estar alejados de esas estrellas.

—No son tan poderosas como nuestro sol, San ha estado realizando cálculos durante todo el viaje y ha determinado, que el mejor planeta que puede albergar vida como la nuestra, es justo ahí.

—¿Y San ha tenido en cuenta en esos cálculos, el motivo por el cual estamos aquí?

—No entiendo por qué crees que debería tenerlo en cuenta.

—Joder, pues es muy sencillo, nuestro sol casi acaba con la humanidad. ¿Tú no crees que sea un dato importante? Mucha gente estaría de acuerdo conmigo.

—Aquí no decide la gente. Decido yo —termina Jack con la discusión.

Y ahí está, ese rasgo de Jack que conocía tan bien, esa prepotencia suya.

Aunque en esta ocasión debía de darle el beneficio de la duda, al fin y al cabo tenía la razón de su lado, él era el piloto de la nave. La última decisión sería siempre suya.

Tras unos segundos más de contemplación, en un incómodo silencio para los dos, Jack se gira hacia mí.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —pregunta seductor.

—No tengo ni idea, ¿alguna sugerencia?

—Tengo varias sugerencias. Podríamos darnos un baño relajante o quedarnos tirados en la cama.

—Capitán, ¿puedo hacer yo alguna sugerencia? —dice la voz incorpórea de San.

—Por supuesto, ¿en qué has pensado?

—Dado el entusiasmo con que la señorita Jane ha visto el exterior de la nave, he pensado que tal vez le apeteciera ver las diferentes imágenes del espacio que se han tomado durante el viaje.

—No puede ser, ¿tenéis fotografías del espacio?

—Sí claro, como no se me habrá ocurrido. Gracias San.

—Sí, muchas gracias San, es un detalle.

—Están en el ordenador central, pueden verlas desde el hológrafo.

—Estupendo —contesta Jack que me coge de la mano y me arrastra consigo.

Nos acercamos a la mesa del centro de la sala, Jack pasa la mano por encima y esta se ilumina. Toda la superficie es una pantalla táctil, desde la cual Jack puede acceder a todo el sistema. Observo como se mueve por la pantalla abriendo programas y seleccionando menús. Cientos de fotografías se desparraman por toda la pantalla, e inmediatamente me desilusiono un poco. Lo único que veo son puntitos chiquititos de luz en una fotografía completamente negra, hasta que Jack con varios movimientos de sus manos sobre la pantalla, empieza a colocarlas una por una, justo delante de mis ojos. “Las fotografías parecen seguir un orden”, apunta la reportera.

Jack coloca las fotos según la fecha de edición que se imprime en la imagen en el momento de captarlas, la primera tanda de fotos que elige son del principio del viaje. Cuando termina la secuencia de fotos, activa el hológrafo, veo que introduce unas claves y de nuevo manipula las imágenes, no sé qué está haciendo, pero me fascina verlo tan concentrado.

Toma mi mano y nos colocamos en el centro de la sala. Un segundo después el hológrafo se extiende por toda la sala, inundándolo todo con

aquella luz difusa, reflejo de millones de estrellas. Hipnotizada doy un paso al frente y otro más. Me encuentro cerca de Marte, grande e imponente con su color rojo intenso, y ahuecando mis manos intento acunar a Marte entre ellas. Casi podía imaginarme en el espacio, con el casco y el traje de astronauta flotando delante del planeta.

Jack...

Observo a Jane detenidamente, la expresión de asombro que veo en su cara es graciosa, con los ojos abiertos como platos, la boca un poco entreabierta formando una O perfecta en sus labios, y sus cejas negras arqueadas hacia arriba. “Es una mujer muy expresiva” pienso. En ese momento me doy cuenta de que no quiero perderme ni uno solo de sus gestos.

—¿Qué te parece? —le pregunto mientras doy vueltas alrededor de Jane.

—Me encanta, es mejor que verlo en vivo.

—¿De verdad? —pregunto extrañado.

—De verdad.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Esto de aquí no lo conozco —contesta mientras señala el exterior—. Es muy bonito y emocionante pero no lo conozco, esto sin embargo ya sé que no es real, en el aquí y ahora, pero lo reconozco —termina diciendo encogiendo sus hombros.

—Entiendo lo que dices. Marte, Júpiter, Venus, todos esos son planetas que conocemos, pero que nunca has llegado a ver, y eso te provoca un sentimiento especial.

—Justo eso. ¿Hay más fotos?

—Tenemos miles de fotos, señorita Jane. Si quiere puedo colocarlas por orden cronológico y cada día ver una secuencia distinta —aclara San.

—Eso sería estupendo, gracias San —dice Jane, seguido de un gran bostezo.

—¿Cansada o aburrida?

—No sé cómo ni por qué, pero estoy muy cansada.

—Yo si lo sé, es por todo. El hibernar durante tanto tiempo y despertar es difícil.

—¿Cuánto tiempo hemos dormido? —quiere saber Jane.

—No te asustes vale. En total han sido once años, ocho meses y veintiún días.

—Joder eso es mucho tiempo, ¿soy once años más mayor? Estoy cerca de los cuarenta casi.

—No, no es así. Tu cuerpo y tu mente no han sufrido ese tiempo.

—No hace falta que me lo expliques, intentaba gastar una broma. Más vale que te vayas acostumbrando a mis bromas, soy muy dada a ellas, aunque sean malas.

—Entonces, deberías pensar en guiñarme un ojo cuando se te ocurra alguna broma.

—¿Cómo así por ejemplo? —pregunta sonriente mientras me guiña un ojo—. Qué sentido tendría gastar una broma si te aviso.

—Tienes razón, no tendría ningún sentido. Pero me gusta la Jane coqueta y sus guiños.

—De ahora en adelante, cuando necesite hablar contigo a solas, te guiñaré un ojo.

—¿Vamos a inventarnos un código para hablar entre nosotros?

—No un código para hablar no, solo un código para cuando queramos hablar de algo a solas, me gusta hablar contigo.

—Lo mismo digo, pero ahora vamos a descansar, se me ha ocurrido algo que podemos hacer después.

—¿En qué has pensado?

—Quiero ir a explorar contigo.

—¿Qué es lo que te apetece explorar? —pregunta Jane sugerente mientras se acerca a mí.

—Me refería a explorar la nave —contesto, pero rodeo el cuerpo de Jane con mis brazos.

—Vale.

—¿No parece que te entusiasme?

—No es eso, me pregunto cómo puede ser que el piloto de nuestra nave, no la conozca a la perfección.

Dejo caer los brazos, dejando de abrazar a Jane “Esta falta de confianza me hiere”, pienso. Jane se aparta y me mira, pero yo trato de mirar en dirección opuesta mientras me explico.

—Antes de aterrizar en algún planeta, debo asegurarme que el casco de la nave esté a la perfección, podría hacerlo desde aquí, pero se me ha

ocurrido que con una de las naves auxiliares, diéramos una vuelta alrededor del casco —vuelvo la mirada hacia Jane—. Debo decir que me siento ofendido, me conozco este sitio como la palma de mi mano, conozco hasta tu escondrijo.

—En mi defensa diré, que jamás se me habría ocurrido que pudiéramos hacer tal cosa, de habérmelo imaginado habría mostrado el entusiasmo que siento ahora mismo. Y siento haberte ofendido, no era mi intención.

—Vamos a tumbarnos un poco en la cama.

—Pero... ¿luego me llevas a explorar, verdad?

—Iremos.

Estamos tumbados y estrechamente abrazados, pero en realidad parece que nos separa mucha distancia, cada uno sumido en sus pensamientos. Cuando creo que Jane se ha dormido, me levanto de la cama moviéndome despacio. Quiero comprobar que todo en la nave auxiliar está en orden antes de llevar allí a Jane. “No te has enfadado con ella”, me digo a mí mismo, “solo se ha sentido dolido tu ego”.

Jane...

Siento como Jack se mueve y se levanta de la cama, finjo estar dormida, he cometido una equivocación y he pedido disculpas. “Esperemos que el viajecito le anime un poco”, susurra la reportera de mi interior, lleva las gafas de pasta negra en la punta de la nariz y el micrófono pegado a la boca, así la imagino dentro de mi cabeza.

Capítulo 12

Jack...

Lo he revisado todo y está en perfecto orden, como era de esperar. De regreso al puente me doy cuenta que vuelvo a ser de nuevo yo mismo. Un hombre que desea ser mejor para comenzar una nueva vida. Antes he sufrido un pequeño altibajo pero me he centrado de nuevo. Jane está dormida cuando llego al dormitorio. Está tumbada de lado, con las piernas dobladas, las manos están juntas, como si se hubiera quedado dormida rezando. Mechones de su pelo negro le tapan la cara, rozo ligeramente su mejilla para apartarle el pelo, pero cuando lo hago Jane se despierta. Abre sus preciosos ojos verdes y sonrío ampliamente al verme. Se estira tumbada en la cama y siento en ese momento mi pecho arder. El corazón me late muy deprisa y mi pulso se dispara, si no tuviera pleno control de mi cuerpo, transpiraría por todos los poros de la piel debido a la atracción que siento por ella. Aunque siempre la he deseado, jamás lo había sentido con tanta fuerza.

—¿He dormido mucho? —pregunta Jane.

—No, solo he tardado quince minutos en ir y volver.

—Pues me siento como si hubieran sido horas. ¿Dónde has ido?

—Quería comprobar que todo estaba en orden.

—Y... ¿Lo estaba?

—Todo en perfecto estado y en orden, esperando que te vistas y nos vayamos de excursión.

Jane...

Entusiasmada con nuestros planes me levanto de la cama de un brinco, cojo mis ropas que continúan a los pies de la cama y me visto rápidamente. No tengo calcetines, ni zapatillas que calzarme así que tendré que ir descalza, me coloco como puedo mi pelo revuelto con los dedos, mientras Jack sonrío.

—No vamos a encontrarnos con nadie por aquí —dice mientras su

sonrisa se hace cada vez más grande.

—Ya estoy preparada.

—Entonces nos vamos.

Salimos del puente de mando y tomamos una dirección que no había tomado nunca. Caminamos por un estrecho y largo pasillo que llega hasta unas puertas dobles, Jack marca un código numérico en un pequeño panel y las puertas se abren dejando a la vista el interior de un ascensor. Entramos juntos y las puertas se cierran tras nosotros. El ascensor empieza a ascender y yo miro a Jack para preguntarle adónde nos dirigimos, pero la pregunta pronto pierde importancia. Jack me observa de nuevo de arriba abajo y su mirada se queda fija en mis pies.

—¿No tienes ningún calzado que ponerte?

—En mi dormitorio sí, pero se te olvidó traérmelos. No me importa, en casa acostumbraba a ir descalza.

—Debemos solucionarlo antes de salir.

El ascensor se detiene con un frenazo seco y fuerte. Se abren las puertas, el espacio que hay frente a nosotros es completamente diáfano, el techo es todo abovedado y la extensión de aquella sala, en comparación con otras de la nave, es enorme. El suelo brilla tanto que puedo verlo todo reflejado en él, lo que le da un aspecto más grande a la sala. Al fondo están las naves auxiliares. “Deben ser las naves auxiliares, aquí no hay otra cosa parecida”, pienso. Son pequeñas burbujas de cristal que se mantienen quietas sin ningún tipo de sujeción, al menos que se pueda ver a simple vista. El espacio dentro de ellas parece bastante reducido, aunque los asientos que puedo ver en el interior parecen cómodos. Jack se acerca a un pequeño armario y saca un par de botas. Nos dirigimos a la primera de las naves alineadas, Jack aprieta un botón invisible para mí en el cristal y tras un pequeño siseo... se abre una puerta.

—Adentro —ordena Jack mientras sujeta con una mano la puerta y con la otra me ayuda a entrar en el interior.

—¿Dónde me siento?

—Donde quieras.

Me voy al otro lado y me acomodo en el asiento del otro extremo. Al entrar en el interior Jack me entrega las botas. Me pongo primero una y después la otra, son gigantes. Tan grandes que puedo mover mis pies en el interior de ellas, aunque se ciñen bastante bien a mis pantorrillas. Jack se coloca un cinturón por encima de los hombros y que termina a la altura de su entrepierna. Hago lo mismo que Jack y abrochamos el cierre de seguridad de

aquellos cinturones, el cierre chasquea al sentir la presión.

La puerta se cierra y una vez que está asegurada, aparece de la nada ante nosotros, el cuadro de mandos. Observo como Jack maneja los instrumentos de la nave, parece que está de mejor humor, aunque distante. Ha desaparecido de sus ojos, el brillo divertido y sexy que tenía antes. Ahora en su mirada se puede apreciar una fría determinación, es el mismo brillo que tenía en sus ojos cuando me ha despertado, solo que me lo ocultó rápidamente tras una mirada cálida y ardiente, “es un hombre con un propósito”, pienso. “¿Pero... cuál?”, pregunta la reportera de mi interior. “No lo sé, pero lo averiguare. Te lo aseguro” me respondo a mí misma.

El vehículo empieza a vibrar y siento una presión a mi alrededor. La nave se mueve un poco, casi imperceptiblemente al principio, pero enseguida se mueve hacia delante. La burbuja gira y gira a nuestro alrededor pero nosotros seguimos sentados en el mismo sitio. Aquello me recuerda algo de mi infancia y rompo a reír, Jack deja de hacer su trabajo para mirarme.

—Por favor, ¿me cuentas el chiste? —pregunta.

—Me estaba acordando del pequeño hámster que tuve cuando era niña.

—No logro entender el porqué —dice confuso.

—Parecemos dos hámsters aquí metidos, el mío se pasaba las horas dentro de su rueda corriendo sin parar.

Jack se queda pensativo y tras imaginar la situación, a nosotros dos metidos en aquella rueda para correr, sonrío.

La pequeña nave se desliza suavemente sobre el suelo pulido, avanza por un pasillo central, delineado con líneas amarillas a cada lado desde un extremo hasta el otro de la sala. Cuando llegamos al final, una puerta se abre delante de nosotros, y la fuerza con que la sala pierde todo el aire nos lanza al espacio de forma violenta. Ahogo el grito que amenaza con salir de mi garganta y Jack enciende los propulsores. La fuerza de los motores empieza a detener la velocidad con la que hemos salido despedidos. Veo bajo mis pies una llamarada blanca y resplandeciente que se mueve rápidamente bajo nosotros y nos impulsa con fuerza y velocidad, mucha más de lo que podía imaginar. Jack tuerce la nave hacia la derecha y volvemos de regreso a gran velocidad.

Nos acercamos cada vez más y más hasta la gran nave. “Vamos a chocar”, pienso mientras me agarro a los arneses para sujetarme, asustada como estoy porque pudiéramos chocar, cuando voy a cerrar los ojos para ver nuestro final, Jack salva nuestros culos pasando por debajo de la nave con un

movimiento ágil.

—¡Cabrón! Menudo susto me has dado —exclamo y le propino un pequeño puñetazo sin fuerzas en el muslo.

—Lo siento, no lo he podido evitar, tendrías que haberte visto la cara, estás muy graciosa cuando te asustas —dice mirándome y sin dejar de sonreír.

—Si piensas hacer ese tipo de filigranas, deberías tener los ojos puestos ahí delante —ordeno mientras señalo lo que tenemos en frente.

—Vamos a hacer nuestro trabajo, ¿me ayudas?

—Claro, ¿qué debo buscar?

—Cualquier imperfección que puedas observar en el fuselaje. Voy a acercarme más.

Y de esta manera pasamos un largo rato mirando aquí y allí para encontrar alguna anomalía. La pequeña burbuja se veía reflejada por la pulida superficie negra de la nave. No hay ninguna imperfección, el fuselaje está en perfecto estado y regresamos. Cuando llegamos al interior, busco el botón que abre la puerta.

—No, todavía no puedes salir, debemos esperar que la presión se normalice —me detiene Jack, se inclina sobre mí y suelta el arnés al que estoy sujeta—. ¿Tienes prisa por salir de aquí? —pregunta mientras vuelve a colocarse derecho.

—No especialmente. ¿Te ocurre algo, Jack? Te noto más raro de lo habitual.

—¿Yo, soy raro? —pregunta, creo que finge sentirse ofendido.

—Siempre me ha parecido que tu actitud era rara, pero como persona no eres un tipo raro — “Ja, que suave has sido, en tu cabeza habrías utilizado otros apelativos, menos agradables, para describir su personalidad.” No le hago caso a la reportera y me centro en Jack.

—No me pasa nada, te lo aseguro —dice mientras sonrío, pasa su brazo derecho por mi espalda y me agarra de la cintura arrastrando mi cuerpo hasta su regazo.

Grito y me rió ante la sorpresa de encontrarme entre sus brazos, tiene su mano en mi espalda y me sujeta firmemente contra su pecho. Agarra mi barbilla entre sus dedos y me besa fuertemente, invadiendo mi boca con la lengua. Suspiro de placer junto a su boca, rodeo el cuello de Jack con mis brazos y me subo a horcajadas sobre su cintura, aprieto mis senos contra su pecho, pero Jack interrumpe nuestro apasionado beso para echar un vistazo detrás de nosotros, la puerta ya está cerrada. Cuando vuelve de nuevo a

mirarme, me muevo sugerentemente encima de su cuerpo, sintiendo una considerable erección entre mis muslos.

—Vámonos de aquí —gruñe Jack.

Nos bajamos de la pequeña nave ya sin peligro, pero cuando nos dirigimos hacia la puerta, me doy cuenta de algo y le hago un gesto a Jack para que espere. Me acerco hasta el armario de donde él ha cogido las botas que llevo, me las quito con dos patadas al aire, y satisfecha, las guardo en su sitio. Jack lo observa todo desde la puerta con una sonrisa mientras vuelvo de nuevo junto a él.

Llegamos rápidamente al puente de mando pero no nos detenemos ahí, seguimos directos hasta el dormitorio, cierro la puerta tras de mí. Cuando me doy la vuelta, Jack está pegado a mi cuerpo y me empuja aprisionándome contra la puerta. Noto la creciente erección de Jack presionando en mi vientre, con sus manos va acariciándome desde los muslos, pasando por mi trasero, que apretuja con fuerza a su paso y sigue subiendo hasta uno de mis pechos que masajea suavemente provocando que mis pezones se endurezcan y se yergan. Arqueo la espalda separándola de la puerta, apretando mis pechos a sus caricias, tiro del dobladillo de su camiseta para quitársela, Jack me ayuda soltándome brevemente. “Solo con verlo en camiseta, con esos pantalones y esa mirada ardiente, me caliento”, pienso, la reportera está de acuerdo conmigo y asiente enérgicamente con la cabeza, suelta el bolígrafo que estaba mordiendo y toma nota de todo lo que ve en su block. Acaricio con mis dedos cada centímetro de piel del abdomen duro de Jack, mis manos suben por sus brazos hasta sus hombros y me abrazo a su cuello, tengo que estirarme y ponerme de puntillas para mantener el contacto con su boca. Jack aprovecha el momento y clava sus caderas presionando su erección contra mí, que ahora presiona en el vértice de mis muslos, gimo al notar esa presión que arranca pequeñas descargas de placer en mi interior.

Me agarra por el trasero y me levanta entre sus brazos, yo me agarro al cuello de Jack más fuertemente y entrelazo mis dedos en su nuca, mientras con las piernas rodeo sus caderas y allí me quedo, apuntalada contra la pared y su pecho. El cuerpo de Jack me presiona, notando plenamente la erección justo en el centro mismo de mi sexo. Nos deslizamos por la pared hasta un mueble bajo, donde Jack me deja sentada y empieza a desnudarme. Tira de mi camiseta dejando mis pechos al descubierto, los pezones ya están duros pero se endurecen más al sentir el contacto de sus manos, baja por mi vientre acariciando mi piel en dirección a los pantalones, introduce sus manos hasta la

curva de mi trasero y se lleva con ellos los pantalones, bajándomelos cuidadosamente por los muslos y así me deja completamente desnuda. Sube por mi cuerpo, acariciando con sus manos mis piernas, su boca dibuja el mismo camino que sus manos con besos húmedos, al llegar al vértice de mis muslos Jack me empuja las piernas abriéndome más para él.

Arrodillado en el suelo y entre mis piernas, me besa el sexo. Introduce su lengua para dar rienda suelta a su deseo. Su lengua gira y gira sin parar sobre mi clítoris, mis caderas tienen un ritmo propio acompasado con el ritmo de su lengua, cuando introduce un dedo en mi interior, excitándome todavía más.

—Vamos Jane, quiero ver y sentir como llegas al orgasmo. —pide y sopla suavemente, justo donde estaba su lengua.

Sentir la caricia de Jack y escuchar sus palabras es lo único que necesito para liberarme, y grito su nombre entre jadeos. La erección presiona contra los pantalones de Jack que se quita rápidamente, vuelve a cogerme por el trasero y me levanta entre sus brazos. Apoyando mi espalda contra la pared, me sujeta de las nalgas y con una mano coloca su pene entre los labios de mi sexo y me penetra con fuerza. Casi llego de nuevo al clímax entre gritos al sentir la embestida de Jack en mi interior, pero no se detiene y sigue empujando con fuerza, dentro y fuera, haciéndome rebotar contra la pared. Somos como dos salvajes completamente desatados el uno en el otro. Las piernas me tiemblan y tengo que apretar con fuerza en torno a las caderas de Jack para aguantar el ritmo de sus penetraciones. Mis manos están firmemente sujetas en torno a su cuello, los dedos entrelazados en su nuca y mi frente pegada a la de Jack.

No recordaba haber sentido nunca esta pasión arrolladora, salvaje, que me llenaba de sensaciones que nunca antes había sentido.

—¡Jack, ya no puedo más! —ruego mientras miro fijamente sus ojos verdes.

—¡Yo tampoco Jane, yo tampoco! —contesta

Vuelve a embestirme una última vez más antes de detenerse y de liberarse en mi interior. Esta vez es el orgasmo de Jack, el que dispara mi propio clímax, sentirlo y ver el placer que le provoco en su rostro, me libera.

Nos dejamos caer hasta el suelo deslizándonos por la pared, sentados con el trasero en el suelo y las rodillas dobladas recuperamos el aliento, Jack se ha tumbado directamente sobre el suelo, tengo los pies de Jack a los lados de mi trasero y su cuerpo estirado delante de mí. Su pecho sube y baja con

cada respiración profunda que hace, mientras que su pene hace lo mismo, su erección apenas ha bajado y un fino brillo de sudor cubre todo su cuerpo. Me incorporo sobre mis pies y avanzo sobre las rodillas, subiendo por el cuerpo de Jack, hasta alcanzar mi objetivo. Me muero de deseo por besar su boca.

Beso los labios de Jack y lamo suavemente con mi lengua su labio inferior. Jack entreabre los labios dándome acceso a su boca, introduzco mi lengua y le beso. Jack acaricia mi culo y me empuja suavemente hasta quedar tumbada sobre su cuerpo y rodamos por el suelo, Jack queda encajado entre mis muslos.

—Hola —dice Jack mientras acaricia mi barbilla con su nariz.

—Hola —contesto con un suspiro.

—¿Qué te ha parecido la excursión? —pregunta alzando la cabeza para mirarme a los ojos.

—Ha sido de otro mundo —aseguro entre carcajadas—. Ahora en serio, ha sido fantástico.

—Me alegro que lo hayas pasado bien, además ha sido como una especie de entrenamiento, por si te toca bajar con nosotros.

—No creo que ese viaje fuera ni mucho menos, tan tranquilo y divertido como este.

—No, supongo que tienes razón, sería mucho más movidito —contesta con su radiante sonrisa desplegada, solo para mí.

—¿Te apetece que nos demos un baño relajante? —pregunto seductora apretando mis pechos contra su torso.

—Contigo en la bañera jamás podría ser un baño relajante, pero vamos me apetece mucho.

Jack se incorpora, poniéndose en pie me tiende las manos para ayudarme a levantar del suelo. Con un fuerte tirón, me lanza hacia arriba aterrizando en sus brazos. Entre carcajadas y completamente desnudos nos dirigimos al baño. Jack abre el grifo del agua caliente, el sonido del chorro de agua golpeando contra la bañera resuena en toda la habitación. Delante del espejo, me recojo el pelo con una goma que había olvidado que llevaba en la muñeca. Jack se acerca a mí con pausa observándome y rodea mi cintura con los brazos mientras me recojo el pelo a través del espejo.

Al terminar, levanto los ojos y nuestras miradas se cruzan. Como sin darse cuenta de lo que hace, Jack roza con sus labios mi pelo y me besa suavemente la cabeza. Yo satisfecha con sus muestras de cariño, reclino la cabeza en su pectoral izquierdo, miro sus ojos y suspiro de alivio al ver de

nuevo en sus ojos aquella calidez que hasta hace muy poco acompañaba su mirada. Jack sujeta mi rostro con mi barbilla entre sus dedos, gira ligeramente mi cabeza y me planta, un sonoro y casto beso en los labios antes de girarse hacia la bañera.

Observo a través del espejo, como Jack introduce un pie tras otro en el agua caliente, me tiende la mano invitándome a acompañarlo. Entusiasmada ante la idea me giro y entro en la bañera, Jack acomoda su cuerpo bajo el agua y a continuación me ayuda a sentarme. Estamos sentados uno frente al otro, dentro de la bañera, los pies de Jack rozan mi trasero, mis pantorrillas descansan sobre sus muslos, mis pies llegan a la altura de sus caderas, el agua cubre nuestros cuerpos, pero el grifo sigue abierto llenando la bañera de más agua caliente.

Jack coge mi pie derecho entre sus manos suaves y calientes. Sus dedos fuertes empiezan a masajear la planta de mi pie, me reclino hacia atrás en la bañera y cierro los ojos. Cuando el agua llega a la mitad de mi pecho, Jack cierra el grifo y continúa con el masaje de mi pie izquierdo. Me siento relajada con los ojos cerrados y la cabeza apoyada cerca del borde de la bañera. El agua lame con suavidad mis pezones, endureciéndolos y alargándolos ante la mirada de Jack.

Jack...

La respiración de Jane es profunda y suave, cada vez que inspira los pechos sobresalen del agua y al soltar el aire vuelven a sumergirse, cada vez que Jane respira se le endurecen más los pezones. “Deseo tenerlos entre mis labios”, pienso en el momento en el que Jane abre sus ojos y los pone sobre mi cuerpo, directo a mi erección que sobresale levemente por encima del agua. Jane inspira suavemente por su nariz y se incorpora inclinándose hacia delante, y apoyando sus rodillas en la bañera lo salpica todo de agua.

—¡Hey! —protesto—. ¿No te gustan los masajes en los pies?

—Sí, me encantan. Hasta ahora no lo sabía, aunque prefiero los masajes sensuales, y parece que tú estás preparado para uno de esos —dice para luego inclinarse sobre la punta de mi miembro besándolo.

Jane...

Jack al saber de mi intención, alza fácilmente las caderas para que pueda tomarlo en mi boca. Chupo y lamo su miembro como si de un polo se tratara, rodeando la punta y apretando con los labios fuertemente antes de profundizar en mi boca, provocándole gemidos y gruñidos desde el fondo de la garganta. Ese sonido ronco me excita.

—¡Oh, Jane cuanto me gusta tu boca! —sorprendida por sus palabras, le miro, tengo que ver su expresión.

Mira mi boca, observa como entra y sale de ella su pene, respira entrecortadamente jadeando, y al ver el éxtasis que le provocho con mi boca, aleteo seductoramente las pestañas mientras continuo chupando con fuerza su miembro.

—¡Basta, por favor! Quiero terminar hundido en ti. Ven aquí —dice y tira de mí, subiéndome en su regazo, directamente encima de su erección.

Me agarro al borde de la bañera con ambas manos y me deslizo sobre su pene hundiéndolo entero en mi interior, de forma lenta y pausada, sintiendo cada centímetro de él. Sentada en su regazo me mira fijamente a los ojos, su color verde de siempre está oscurecido por la excitación que siente, me penetra con la mirada. Comienzo a subir y bajar sobre la erección de Jack. Cojo ritmo rápidamente, el que más me gusta a mí, fuerte y rápido. Pronto mi espalda se arquea por el placer que siento, las manos de Jack rodean mi cintura con fuerza y me ayuda a mantener el ritmo mientras chupa y mordisquea uno de mis pechos, que suben y bajan delante de su cara al ritmo de mis caderas. Desliza sus manos hacia mi trasero, lo aprieta entre sus manos y empuja con sus brazos, impulsándome con más fuerza.

Jack...

Observo extasiado el cuerpo de Jane, resulta muy sensual ver el movimiento de sus pechos, su ombligo saliendo y entrando del agua, al igual que su sexo que tiene completamente depilado. Siento como Jane se acerca al clímax.

—¡Jack, Dios mío! —grita mirándome a los ojos, en el momento que llega al orgasmo.

Todavía agarrado al trasero de Jane la obligo a mantener el ritmo para llegar a mi propio clímax.

Rodeo el cuerpo de Jane con mis brazos, abrazándola tras el orgasmo. Levanto el cuerpo de Jane y salgo de su interior, ella vuelve a sentarse al otro lado de la bañera. El agua que nos rodea se ha quedado fría, me levanto y salgo de la bañera, cojo una toalla y la anudo alrededor de la cintura, cojo otra para Jane que sale de la bañera tras de mí.

Jane...

—¿Has visto como compartir un baño contigo no puede ser relajante? — pregunta retórica de Jack mientras me entrega la toalla.

—Yo me he relajado bastante —contesto encogiéndome de hombros.

—Ha estado muy bien, pero en ningún momento he conseguido relajarme —dice mientras se seca las gotas del pecho y de los hombros con la toalla.

Rodeo mi cuerpo con el suave algodón de la toalla, pensando en el vacío que siento en el estómago. “¿Cuánto hace que nos hemos despertado? ¿Y de la última vez que comimos?”, pregunta mi subconsciente.

—¿Te apetece que vayamos a la cocina a comer algo? —pregunta Jack.

—¿Puedes leer el pensamiento?

—No, ¿por qué? —contesta extrañado.

—Precisamente estaba pensando que tenía muchísima hambre.

—La última vez que comimos fueron unas tortitas y un café. Yo también estoy muerto de hambre.

—Estoy algo desorientada. ¿Cuánto hace desde que salí de la cápsula?

—Unas treinta y ocho horas, un día y medio más o menos.

—¡Que rápido ha pasado el tiempo!

—Mañana tengo trabajo, más vale que aprovechemos el tiempo — comenta Jack mientras deja caer la toalla para ponerse el pantalón—. ¿Nos vamos?

Su pregunta me hace reaccionar y volver al presente, estoy embobada observando los movimientos de Jack mientras se seca con la toalla, mientras tanto yo todavía estoy mojada y con la toalla a mi alrededor.

—Sí, vámonos... —contesto y me visto rápidamente.

Al llegar a la cocina, me doy cuenta que Jack se encuentra fuera de

lugar, no sabe dónde se encuentran los utensilios de cocina ni cómo funcionan aquellas máquinas. Se aparta hacia un lado, para no estorbarme, pues yo conozco mucho mejor aquel lugar.

—¿Qué ocurre? —pregunto al darme cuenta que Jack no aparta los ojos de mí.

—No quiero parecer machista, pero parece que conoces bastante bien este sitio, yo es la segunda vez que entro aquí.

—Claro que lo conozco, estar en las cocinas fue la primera tarea que me toco al repartirse los trabajos, creo que te lo dije el primer día que nos vimos —digo desde la otra punta de la cocina, donde se almacenan los alimentos. He cogido unas cuantas patatas, huevos y pimientos. He decidido preparar una tortilla de patatas y pimientos fritos.

—Ahora que lo dices, sí que creo recordar que lo mencionaste.

—Cómo es eso... ¿Crees recordar que lo mencione? ¿No lo sabes? —pregunto levantando la voz.

—Estaba desconcertado, intentaba ser encantador y tus reacciones eran tan frías y carentes de sentimientos... —dejo de cortar patatas y le escuchó atentamente— sinceramente creí que me odiabas.

—No pretendía ser fría contigo, ni mucho menos. En realidad mantenía una lucha conmigo misma —contesto con sinceridad mientras continúo cortando.

—¿Cómo es eso posible?

—No puedo contártelo, si lo hiciera pensarías que estoy loca —me acerco al armario y saco varias placas de cocción, las despliego sobre la superficie de trabajo y de inmediato se calientan.

—Prometo no hacer tal cosa —asegura Jack mientras levanta su mano derecha, se acerca a mí y me rodea con sus brazos.

—Está bien, ya te lo cuento. Pero déjame seguir trabajando, por favor —ruego y me separo de su cuerpo, y mientras bato los huevos pienso como explicárselo—. Mi cerebro me decía una cosa, mi corazón me pedía otra y mi cuerpo traicionero, iba por libre.

—Me da en la nariz, que lo que has contado es solo la punta del iceberg —dice Jack mirándome a los ojos—. Algún día cuando confíes en mí, tendrás que contarme toda la historia.

Las placas de cocción que tenemos allí resultan ser ultra rápida, una tortilla que en casa me habría llevado media hora al menos hasta poder cuajarla, en aquella cocina lo tenía todo hecho en diez minutos.

Nos sentamos allí mismo, en la cocina a comer la tortilla y los pimientos.

—Comida típicamente española —digo al colocar el plato frente a Jack.

—Huele muy bien. ¿Conoces España? —pregunta Jack intrigado.

—Mi madre es española, yo nací allí pero mi padre sentía nostalgia y cuando tenía ocho años nos trasladamos.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—En televisión, se trataba de dos prometedores periodistas que coincidieron en un programa de televisión. Al principio no se soportaban, mi madre pensaba que solo era un hombre muy guapo pero carente de nada más. “De tal palo, tal astilla. Diría yo”, apunta ferozmente la reportera de mi interior, le saco una lengua imaginaria a modo de respuesta a mi subconsciente.

Parto la tortilla en varias porciones triangulares y coloco un trozo de pimiento encima de cada porción. Lo pongo en un plato y le ofrezco a Jack, después me sirvo otro para mí.

—¡Esta buenísimo! —dice Jack lamiéndose los labios.

—¿Te gusta?

—Mucho —contesta asintiendo y pinchando otro trozo.

Entre bromas, tonto y sonrisas nos acabamos la tortilla.

—¿Y ahora qué?

—Podemos volver y pasar un rato tranquilo, lo que nos espera las próximas horas... va a resultar estresante.

—¿Me enseñarás un poco cómo funciona el puente de mando?

—Señorita, ¿pretende usted quitarme el puesto?

—No, solo quiero conocer lo que haces aquí —“Solo está bromeando contigo, sígueme el juego”, me dice mi subconsciente—. Aunque está claro que con poquito que me enseñes, lo haría mejor que tú.

Bromeó y Jack se carcajea.

—¿Tú no tienes abuela que te halague, verdad? —pregunta.

—Ni pareja que me diga cosas bonitas, así que me las digo yo —“Aunque sí tengo una voz en mi cabeza que se da cuenta de todo”, añado en mi interior.

—Eso tiene fácil solución —contesta de forma seductora.

—¡No me digas que Jack Riter quiere convertirse en mi pareja! —exclamo divertida.

—No sé por qué te sorprende tanto.

—No me sorprende, me hace gracia.

—Eso lo entiendo menos —“Su cara se ha puesto muy seria. ¡Estás desconcertando a Jack!”, susurra mi subconsciente. “En realidad Jack no nos conoce, ahora empieza a hacerlo”, pienso en mi interior.

—Corría el rumor de tus problemas con el compromiso, se sorprendieron cuando nos vieron aparecer más de cuatro veces juntos.

—Yo no tenía problemas con el compromiso, solo vivía mi vida.

—Tendrías que haber escuchado lo que se hablaba en los cuartos de baño de mujeres, en las fiestas a las que acudíamos.

—Las mujeres de esas fiestas no me interesaban en absoluto. Creo que solo salí en un par de ocasiones con una mujer que conociera en una de esas fiestas, y fuiste tú.

—Ellas no lo tenían tan claro. Alguna esperaba su oportunidad para intentar atraparte.

—¡Vaya, de haberlo sabido me lo habría pasado realmente bien!

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

—No es la primera vez que me lo dicen. Mira, la mujer florero no es mi tipo, solo estaba bromeando. Tú no eras como ellas, el día que nos conocimos estaba cansado de todo. Cuando te vi noté que estabas nerviosa, mirabas a tus padres con cara de póquer, y entonces me viste. Te cambió la cara, sonreíste casi imperceptiblemente y se enrojecieron tus mejillas, pero te esforzabas en no parecer fuera de lugar. Tus ojos fueron lo que te delataron, supe que te gustaba aunque solo fuera un poquito.

—Ese tipo de fiestas no van nada conmigo, de pequeña me pasaba el día jugando en la calle.

Recogimos y limpiamos todo dejándolo como estaba, Jack esta muy participativo, preguntando dónde iba cada utensilio cuando pasaban por sus manos.

—Creo que no había pasado nunca por aquí —musito en voz baja de camino al puente de mando.

—Estos son pasillos de servicio, no los conoces porque son solo para la tripulación, por aquí se mueve mi equipo.

Cuando llegamos al puente de mando, comencé a hacerle preguntas a Jack.

—Y dime, ¿cuál es el asiento del capitán?

—Este de aquí —contesta Jack. Me coge de la mano y tirando de mí, me lleva hasta el lugar que ocupa el capitán—. Aquí es —dice, y me deja frente al

asiento, me giro y me siento.

—Es asombrosamente cómodo.

—Cierto.

—¿Estos botones que están cubiertos, para qué sirven? —pregunto pasando mis manos sobre el panel delantero de la nave.

—Esos botones, expulsan secciones de la nave que estén dañadas —contesta Jack, yo retiro rápidamente las manos de ahí.

—Este de aquí, ya sé para qué sirve —digo antes de pulsarlo.

La cubierta exterior de la nave se retira dejando al descubierto el exterior. Me reclino sobre el respaldo, disfrutando de la vista.

—No puedo imaginar, cómo fue estar aquí sentado mientras despegábamos de la tierra.

—Espero no parecer cruel, pero para mí fue el momento más especial de mi vida. Volar hacia un cielo azul, que poco a poco se convierte en negro. La sensación de abandonar la atmósfera, y con ella la atracción que la Tierra ejerce sobre tu cuerpo, fue increíble. Quería gritar por la emoción aunque no podía.

—No resulta cruel, te comprendo perfectamente, unas veces me encuentro eufórica, en otras, triste y melancólica. ¿Cuáles son los mandos que controlan la nave? —pregunto.

—Coloca los brazos a los lados, apóyalos y estíralos —al hacerlo noto en la punta de los dedos unas teclas como las de un instrumento de viento—. ¿Lo notas?

—Sí, lo noto. Son como las teclas de una trompeta —contesto mientras miro mis manos, las teclas no son visibles solo se activan ante el contacto.

—Cada uno de los motores de la nave se pueden controlar con cada una de esas teclas, y este de aquí... —explica mientras acaricia mi pulgar izquierdo— controla la potencia de los motores traseros que llegan a alcanzar la máxima velocidad.

—¿Y este grupo de botones de aquí, con tantos colores, para qué sirven? —pregunto señalando las luces que hay frente al asiento.

—Los amarillos bloquean todos los accesos de la nave, los verdes son la ayuda al aterrizaje y los rojos dejan todos los servicios importantes de la nave en espera.

—¿Tú no estás impaciente por conocer lo que nos aguarda? —pregunto entusiasmada.

—Sí y no, me gustaría saber qué nos espera en ese planeta, si nos

podremos adaptar, si existe vida... ¿y si existe, será pacífica? Pero ahora mismo, contigo aquí carecen de importancia.

Sus palabras me dejan sin aliento, y el silencio se cierne sobre nosotros. Nos miramos intensamente a los ojos y el aire a nuestro alrededor cambia. La tensión entre nosotros es palpable, el contacto de nuestros cuerpos es urgente. Me arrojo a los brazos de Jack que me abrazan estrechamente contra su pecho, se sienta sobre la consola de mandos y arrastrándome con él, me acomoda entre sus piernas. Besa mi boca invadiéndola por completo, gimo mientras noto como florece de nuevo el deseo en mi interior. Jack acaricia mi espalda en su viaje hacia mi trasero, lo aprieta entre sus manos acercándome más a él.

Siento en mi vientre la erección de Jack, grande y dura que provoca una oleada de humedad entre mis piernas. Deseo que esté en mi interior. Esa sensación me vuelve loca y me desinhibe totalmente, meto mis manos por el pantalón y encuentro su pene, rodeo con la palma de mi mano el glande, suave, terso y caliente. Calor, siento mucho calor entre las piernas, mientras cojo el pene de Jack con las manos y lo acaricio suavemente arriba y abajo, una y otra vez desde la punta a la base.

Jack continúa el saqueo de mi boca, suelta mi trasero y sube las manos hasta mi cabeza, me sujeta firmemente entre sus manos mientras mete la lengua una y otra vez en mi boca al mismo ritmo que yo marco con mis manos. Jack gime, mis caricias le provocan jadeos incontrolados que salen de su boca. Espoleada por el deseo, al oír los sensuales sonidos que salen de la garganta de Jack, me dejo llevar por el momento y suelto su pene, le bajo los pantalones hasta el suelo, quedándome allí, arrodillada frente a su erección, que oscila larga y dura delante de mí, el glande rosado de Jack parece querer explotar gracias a las caricias de mis manos. Lo meto entre mis labios y comienzo a chupar con fuerza, lo introduzco en mi boca una y otra vez, es tan grueso que apenas cabe entre mis labios, algo que a Jack parece gustarle, dados los gruñidos que salen de su boca, cada vez que mis labios rozan su glande.

—Si seguimos... por este... camino me voy... a correr —comenta Jack entre jadeos.

—Pues... córrete —contesto dando una pausa a la felación—. ¿Quién te lo impide? —pregunto y le doy un gran lametón de mi lengua al glande, inmediatamente Jack cierra los ojos y gime.

—¿No quieres follar? —pregunta Jack.

—Claro que sí, solo quería darte placer —contesto sorprendida por mi

propia respuesta.

—Si es eso lo que te preocupa, ven aquí —dice mientras me levanta del suelo—. Tienes puesta demasiada ropa —comenta Jack, desnudándose—. Salta encima de mí y rodéame la cintura con las piernas.

Hago lo que me pide, y Jack me sujeta del trasero con una mano mientras con la otra orienta la punta de su erección entre los labios húmedos de mi vulva, juguetea conmigo paseando la punta de su pene entre los pliegues de mi sexo. Sonríe con picardía y me penetra fuertemente y sin aviso, arrancándonos a ambos un fuerte gemido. Ninguno nos movemos, tengo su pene completamente ensartado en mi interior, nos miramos y nos besamos.

—Quiero que esta vez, seas tú quien me haga gemir a mí —dicho esto y conmigo todavía entre sus brazos, vuelve a apoyar su trasero en la consola.

—Está bien... —contesto segura de mí misma.

Suelto uno de mis pies de la cintura de Jack y paso la pierna por debajo de mi propio culo, dejando mi pie sobre el muslo de Jack, hago lo mismo con la otra pierna mientras siento con fuerza su pene en mi interior. Cuando estoy colocada, empiezo a rotar las caderas en círculos sintiendo su pene por completo. Subo y bajo como puedo sobre su erección una y otra, y otra vez, Jack ha dejado su cabeza caer hacia atrás, extasiado de placer.

Jack...

Los movimientos de Jane son enloquecedores, de no parar ahora no podría darle el placer que ella necesita. Me incorporo con Jane aún entre mis brazos, inmediatamente rodea con fuerza mis caderas con las piernas sin que se llegue a romper el contacto entre nosotros, me arrodillo en el suelo, recuesto a Jane sobre la espalda y sigo penetrándola con fuerza, como a ella le gusta, dentro y fuera lentamente, dentro fuera rápidamente, así una y otra vez, mientras gemimos y nos consumimos, como lo harían dos estrellas moribundas coorbitantes, que tras haberse atraído por la fuerza gravitacional, se van acercando hasta consumirse en un estallido de energía.

Jane...

Siento deseos de dejarme ir, pero el bombeo de Jack en mi interior es tan delicioso que no quiero que pare nunca, pero el deseo y el placer son más poderosos que mi voluntad y se produce en mi interior el estallido de placer, haciéndome llegar al clímax. Jack me sigue tras unas cuantas embestidas más y tras un estremecimiento que le recorre el cuerpo entero, se corre en mi interior penetrándome fuertemente por última vez.

Jack se desploma sobre mi cuerpo, coloca ambos brazos en el suelo para que no tenga que soportar su peso e intentamos recuperar el aliento tras el intenso orgasmo. Suelto una de las piernas que aún estaba en su cintura y Jack se tumba a mi lado.

—Necesito ir un momento al baño, no tardo —digo mientras me levanto del suelo.

Completamente desnuda cojo rápidamente la camiseta y el pantalón y salgo hacia el dormitorio. “Habéis echado un polvo en mitad del suelo del puente de mando”, me dice mi subconsciente de camino al baño. “Joder, es verdad. ¿Tendrán cámaras?” me pregunto a mí misma. “Tendrás que preguntarle a él”. En el cuarto de baño, me refresco un poco y me pongo la camiseta y los pantalones. Cuando salgo del baño, me doy cuenta de un detalle que me había pasado inadvertido y que Jack tendría que explicar. Al entrar de nuevo al puente veo a Jack, está recostado sobre la consola del puente de mando, en la misma posición que minutos antes, las piernas cruzadas y un brazo sobre su firme estómago. Está concentrado en algo que parece le preocupa, su ceño y labios están fruncidos.

—¿Qué ocurre? —pregunto al verlo tan pensativo, llego donde está él y me siento a su lado.

—San se lo ha debido pasar de lujo con nuestro espectáculo —susurra Jack junto a mi oído.

—¿A ver si hemos estropeado algo? —cuchicheo.

—¿Por qué dices eso?

—Pues no sé, supongo que podrían surgir problemas como sobrecalentamiento del sistema... —expongo mientras palpo la entrepierna de Jack— o humedad en los circuitos —continúo y para dejar claro a lo que me refiero, meto la mano de Jack entre mis piernas.

—Tendremos que preguntarle si todos los sistemas funcionan bien, ¿no? —pregunta Jack que abre con los dedos mi sexo e introduce un dedo en su interior, provocándome un suave gemido.

—No, ahora no que me muero de la vergüenza, ya tendrás otro momento

para preguntárselo cuando yo no esté por aquí —vuelvo a gemir cuando Jack mueve su dedo en círculos en el interior de mi vagina.

—Pues yo te veo cada día menos pudorosa —añade Jack arqueando una de sus negras cejas. Entregada a las caricias de Jack, asiento con la cabeza—. Deberíamos descansar algo —susurra Jack en mi oído. Saca el dedo de mi interior y se lo lleva a la boca ante mi cara de asombro.

Me coge de la mano y me lleva al dormitorio, cierra la puerta tras entrar y nos recostamos en la cama. Espero que Jack continúe con el juego, pero solo se acerca a la cama, se tumba a mi lado y pasa un brazo por encima de mi cintura y se acerca a mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Todas las que quieras.

—No hemos vuelto a usar preservativo desde la primera vez que nos hemos acostado. ¿Por qué?

—¿Tiene mucha importancia para ti?

—No es importante, pero es un detalle del que me he dado cuenta y no puedo dejar de pensar por qué no lo hemos vuelto a usar.

—No se ha demostrado, pero la hibernación puede causar algunos problemas en los hombres.

—¿Dices que no está demostrado?

—No.

—¿Y si me dejas embarazada?

—No me importa.

—¿Pero... qué pasa si me importa a mí? Es mi cuerpo, yo decido.

—No hay problema, tengo un gran alijo de preservativos, aunque no es ilimitado. Podrás elegir a partir de ahora.

—Eso está mejor, por el momento tenlos siempre cerca, los necesitaras.

Jack...

El olor dulce y fresco del pelo de Jane inunda mis fosas nasales, son los momentos como este los que me recuerdan el trabajo que tengo hacer. Sospecho que ratos como estos, dejaran de suceder si se descubren nuestros planes para el futuro de la humanidad. Nuestras respiraciones se acompañan, siendo cada vez más profundas y lentas hasta quedarnos completamente dormidos.

Capítulo 13

El viento revuelve mi pelo, me encuentro en un páramo desconocido para mí, el suelo que pisan mis pies es arenoso y muy suave bajo mis dedos. Como la arena de una playa virgen. Es de color anaranjado, con pequeñas motas verdes, sin embargo es firme como si fuera cemento y caminar por allí resulta tan fácil como pasear por una gran avenida metropolitana. El aire que me revuelve el pelo, golpea ahora con fuerza sobre mi cuerpo cada vez en una dirección distinta rodeándome por completo. Parecía cobrar vida y abrazarme.

Me despierto bruscamente del sueño asustada, me sentía aprisionada por el aire. Pero no se trata del aire quien me aprisiona, sino el cuerpo de Jack que se enrosca sobre mí. El brazo de Jack se cierne con fuerza a mi cintura, el otro brazo está bajo mi cuello, su marcado bíceps me sirve de almohada y una de sus piernas rodea las mías, estoy literalmente envuelta por Jack. Está excitado, siento su erección contra mi trasero, está soñando con algo caliente y jadea junto a mi oído muy suavemente, sus caderas se mecen de vez en cuando contra mi trasero mientras gruñe de satisfacción.

El deseo interrumpido unas horas antes ha tardado en llegar pero lo ha hecho con fuerza en el subconsciente de Jack, no dispuesta a perder esta oportunidad, de continuar con el juego que habíamos empezado antes, me doy la vuelta sobre el colchón para quedar frente a él, despertándole en el intento. Me estrecha más fuertemente entre sus brazos, cierro los ojos y suspiro contra su pecho desnudo, Jack besa suavemente mis párpados. Levanto la cabeza ofreciéndole mi boca, deseo que ponga sus labios sobre los míos y me bese como él sabe hacerlo. Jack sin saberlo me concede mi deseo besándome ligeramente en los labios, abro mi boca para que Jack penetre en su interior. Roza suavemente mi lengua con la suya despertándola de su letargo, mi cuerpo se arquea mientras siento la mano de Jack viajando por mi espalda hasta el trasero que apretuja con su mano pero sigue su camino. Sube hasta mi pecho, un calor fácilmente reconocible me inunda el cuerpo. Jack introduce la mano debajo de mi camiseta y acaricia mi pecho, juguetea con el pezón entre sus dedos estirándolo y excitándolo, el calor de mi cuerpo viaja hasta mi entrepierna humedeciéndola. Jadeo contra su boca y dejo que haga lo que quiera con mi cuerpo, me dejo caer sobre el colchón entregándome a sus caricias.

Jack...

La despojo de la camiseta y la observo con una sonrisa. Me deleito con la suavidad de su piel mientras beso cada centímetro de su cuerpo, lamo y chupo sus pechos excitando los pezones con la lengua, cuando está duro y prieto cambio al otro, mientras mi mano viaja por todo su cuerpo, acaricio su vientre pero no puedo más y sin demora, me introduzco entre los pliegues de su sexo caliente y húmedo, localizo el centro mismo del deseo de Jane y lo excito, rodeándolo una y otra vez, lenta y pausadamente. Arrancándole gemidos de placer, Jane se estremece entre mis manos, tiene los ojos cerrados y gime fuertemente por la boca, sus labios forman una O muy sexy, deseo esa boca alrededor de mi miembro que late con fuerza entre las piernas preparado para la acción. Con cada gemido de Jane mi pene se sacude pidiendo atención. Me subo a horcajadas sobre el cuerpo de Jane, agarro la cinturilla de sus pantalones y los bajo por sus piernas, dejándola desnuda y preparada para mí, busco en el cajón un preservativo, me quito los pantalones y me meto entre sus piernas, no sin antes colocarme la gomita en mi miembro, me mira excitada retorciéndose de deseo y la penetro de un solo empujón, fuerte, como sé que le gusta.

Jane...

Yo grito de placer ante tal embestida en mi interior, tan larga y dura que me pilla por sorpresa y sin darme tiempo a adaptarme, bombea fuertemente con sus caderas una y otra vez, sintiéndolo en todo mi ser.

—Córrete para mí cariño, necesito sentirlo —exige Jack junto a mi oído.

Y mi cuerpo esclavo de sus palabras, se libera llevándome al orgasmo, exprimiendo la erección de Jack en mi interior y disparando así su propio orgasmo que se derrama en mi interior tras un par de embestidas fuertes. Tumbados uno junto al otro en el colchón, nos miramos con picardía mientras recuperamos el aliento.

—Algo tenemos que reconocer cariño, en el plano sexual estamos hechos el uno para el otro.

—Desde luego, de eso no cabe la menor duda. Todavía queda por averiguar si somos compatibles en el plano sentimental.

—Creo que vamos por el buen camino —afirma Jack de forma rotunda y con una solemne sonrisa en los labios.

—Supongo que sí —es lo único que acierto a contestar, me he quedado sorprendida por la maravillosa sonrisa de Jack.

“Guau, vaya sonrisa. Esto es auténtica alta definición”, susurra la reportera de mi interior.

Jack...

Me incorporo ligeramente, apoyando el antebrazo sobre el colchón y con el torso ligeramente girado para poder observar detenidamente el cuerpo desnudo de Jane. Me encantan las curvas de su cuerpo, se nota que lo trabajaba en el gimnasio, sus pechos son turgentes y su vientre, ligeramente marcado por los músculos de su abdomen, el monte de su sexo y esa pequeña abertura entre sus piernas, me vuelve loco, me inclino un poco sobre los pechos de Jane y lamo un pezón y después el otro. Chupo y tiro con fuerza de sus pezones irguiéndolos con mi lengua y arrancando pequeños gemidos de Jane, tan suaves que parecen suspiros.

Jane...

—Es hora de irse, tengo trabajo que hacer —dice Jack tras separar su boca de mi cuerpo, y levantándose de la cama.

—¡Qué pena! —exclamo, poniendo un mohín dulce en los labios—. Con lo bien que se está aquí contigo —digo y estiro todo mi cuerpo sobre las sábanas, ofreciéndole un buen espectáculo a Jack.

—Sé lo que intentas, y por muy tentadora que puedas resultar, cuando se trata de trabajo soy muy responsable —dicho esto, agarra mis tobillos y tira de mi cuerpo sobre las sábanas. Mis pies tocan el suelo de la habitación, está arrodillado entre mis piernas y me incorporo de la cama.

Jack se pone de pie y posa sus manos a ambos lados de mi cara, mira intensamente mis ojos, la nariz y mi boca. A un centímetro escaso de nuestros rostros, Jack suspira casi imperceptiblemente y me besa. Un beso apasionado, mi cuerpo se estremece ante el arrebató de Jack, que me besa con desesperación, como si intentara que aquel beso durara eternamente en su

recuerdo

Jack...

Yo había empezado el beso y yo tenía que ponerle fin, aunque no quería que terminara, había memorizado los rasgos dulces del rostro de Jane, y atesoraré el sabor de aquel beso. Ahora que todavía estoy a tiempo, me separo de ella. Si la excitación continúa creciendo, no saldría de aquella habitación en todo el día, y tenía mucho trabajo por hacer. Me vestí lo más rápidamente que pude.

Jane...

—Volveré dentro de un par de horas, estás en tu casa —dice antes de marcharse de la habitación, dejándome sola, excitada y confundida.

Esos son principalmente los sentimientos que me dominan, desde que he vuelto a estar junto a Jack, él se comporta de forma extraña. Algunas veces me siento deseada o devorada por su ardiente mirada y en otras, se comporta de forma distante, como en aquel preciso momento. “Cuando se ha hartado de besarme, se ha detenido y marchado sin más”, pienso con amargura. “Son cosas como esta, lo que yo quería evitar”, le increpo mentalmente a mi subconsciente. “A mí no me eches la culpa de esto, tu dijiste que dejarías de pensar y te dejarías llevar”, recuerda mi subconsciente. “Es verdad que lo pensé”.

Dispuesta a sentirme como en casa, decido prepararme un baño en la bañera de hidromasaje de Jack, aunque para ello debo dar primero un paseo hasta mi dormitorio, necesito alguna de mis cosas para sentirse como en casa.

A medio camino de mi dormitorio, me doy cuenta de que no ha sido buena idea haber salido sola a pasear por aquellos pasillos oscuros. Soy consciente de que estamos Jack y yo solos en la nave, sin embargo, siento que no estoy sola, se escuchan ruidos y una estática leve por toda la nave, como si esta se estuviera moviendo. Me apresuro a llegar a los dormitorios, la bañera me espera y deseo estar en el agua caliente cuanto antes.

—¡Joder, que mala suerte tengo! —grito al llegar a los dormitorios.

Me toca subir a pulso todos los peldaños. “No se ha instaurado todavía la gravedad cero”, pienso “Lógico, no hay quien pueda usar este espacio por el momento” señala mi subconsciente.

Localizo mi habitación y pongo las manos en el primer peldaño, inspiro hondo y comienzo a subir peldaño a peldaño hasta la séptima fila de celdas en horizontal. La mía es la cuarta habitación en la vertical y debo llegar hasta allí agarrándome a los pequeños salientes. En otras circunstancias usaría esos salientes para apoyarme levemente y empujar en otra dirección. Debía ir con cuidado. Primero coloco el pie derecho bien sujeto en el siguiente saliente y después mi mano derecha al primer borde donde puedo agarrarme, bien sujeta al saliente respiro hondo y suelto mi mano izquierda y el pie izquierdo, agarrándome rápidamente. “Ya está, el primero es siempre el más difícil”, apunta la reportera.

Antes de lo que me hubiera imaginado, llego a mi celda. Abro rápidamente la puerta para refugiarme en el interior. Estoy recuperando el aliento cuando creo escuchar algo fuera. Me asomo a la puerta de cristal aún abierta para escuchar mejor, y veo a dos tripulantes de la nave paseando y charlando alegremente por los pasillos.

—¿Qué crees que puede haber pasado? —pregunta uno al otro.

—No lo sé, ¿pero te has fijado en la actitud del capitán? Nunca se había comportado tan serio y frío.

“Al menos ya sé que la actitud de Jack no es solo conmigo”, le digo a mi subconsciente.

—¿Y las ordenes que nos ha dado, no te parece extraño?

—Me pagan para obedecer, no pienso perder el tiempo en pensar.

—¿Ah, pero te pagan? —pregunta escéptico.

—¿Te parece poco habernos salvado la vida?

Es lo último que puedo escuchar de la conversación, han girado hacia el siguiente pasillo ajenos a la confusión que han provocado en mi interior con su pequeña conversación. Recojo apresuradamente mis cosas, el cepillo para el pelo, algo de ropa, unas zapatillas y mi pequeño reproductor de música. Bajo los peldaños lo más rápidamente que puedo y miro a uno y otro lado al llegar al suelo. No veo a nadie por ahí y salgo corriendo en dirección a la salida, compruebo si hay moros en la costa y de nuevo, salgo disparada.

Corro lo más rápidamente que puedo por los pasillos haciendo el menor ruido posible. Ahora que sé que no estoy sola por la nave, no quiero que me

pillen por ahí dando vueltas. “A lo mejor necesitamos algún tipo de autorización”, pienso en mi interior.

Me detengo momentáneamente al escuchar unas voces. Reconozco la voz de Jack, parece que está discutiendo con alguien. Camino lentamente hacia el foco de las voces escuchando atenta para no perder nada de lo que hablan.

—Sigo sin comprender por qué debemos guardar esto en secreto, por eso me pongo así —le grita Jack a la persona que lo acompaña.

—La gente no lo entendería —contesta el hombre que está con él en aquella habitación.

Me pego a la pared y continúo escuchando...

—Creo que ya sé lo que te ocurre, es esa muchachita que te tiene comido el cerebro.

“No es precisamente el cerebro lo que le hemos comido a Jack”, dice la reportera de mi interior, tengo que taparme la boca con la mano para amortiguar la risa que me produce lo soez que puede resultar mi subconsciente en ocasiones.

—Sabe usted perfectamente que nunca he permitido que nadie me coma la cabeza, sea una mujer o no.

“Bonita revelación”, pienso con sarcasmo.

—Pero no se trata de cualquier mujer —apunta el otro hombre. Es en ese momento cuando reconozco la otra voz. Se trata del senador, el padre de Jack.

—Esa no es la cuestión, se lo aseguro. Esto terminará estallando sobre nuestras cabezas —asegura Jack categórico.

Cuanto más escucho aquella conversación a escondidas, más curiosidad siento por averiguar lo que aquellos dos se traen entre manos, algo que realmente no les conviene en absoluto.

—Tú ocúpate de todo lo dicho y déjame a mí las consecuencias —tal y como Jack había dicho hace unos días, su padre movía los hilos.

Despacio y paso a paso voy retrocediendo hasta una pequeña esquina que me protege de las miradas, Jack y su padre salen por la puerta. Me escondo tras la esquina para seguir escuchando, pero ya no vuelven a hablar de nuevo, simplemente caminan por el largo pasillo. Salgo otra vez disparada en cuanto los he perdido de vista, en dirección al dormitorio. Cuando llego al puente de mando, dejo mis cosas apresuradamente, ya no me apetece tanto ese baño espumoso, por el contrario me apetece una ducha.

Coloco mi pequeño reproductor en la muñeca, activo los auriculares

inalámbricos y me meto en la ducha. El agua corre rápida y caliente por mi cuerpo, relajándome inmediatamente. Me dejo llevar por el son de la música y contoneo mi cuerpo.

Jack...

Cuando llego al puente de mando estoy furioso, furioso conmigo y con mi padre. Al ir a la reunión, tenía la firme intención de convencerle para que Jane formara parte de sus planes, él se ha negado en rotundo. Mi padre resulta ser un obstáculo en mi relación con Jane, lo que se trae entre manos la alejará de mi lado, estoy convencido. Entro en el dormitorio, la cama está vacía y fría cuando me acercó hasta ella. Escucho el ruido del agua caer en el cuarto de baño. Llego a la puerta y entro, me quedo apoyado en el quicio de la entrada observando a Jane bajo el chorro de agua caliente.

Canturrea algo en inglés mientras baila, resulta muy divertida y sexy al mismo tiempo, algo con lo que no me había encontrado en una mujer, hasta ahora.

Jane...

Bailoteo y meneo las caderas al son de la música de Jennifer López, con los ojos cerrados puedo verla claramente. Lo está dando todo sobre el escenario, ante su público, que ha ido a verla en concierto. Yo me imagino allí, con ella. Le hago los coros, mientras los fans gritan descontrolados, en una de las vueltas que doy sobre mis pies abro los ojos y me encuentro ante la atenta mirada de Jack. Está apoyado sobre el lavabo, una pierna cruzada sobre la otra, los brazos cruzados a la altura de su pecho y tiene una increíble y pícara sonrisa en los labios, pasea una y otra vez los ojos sobre mi cuerpo. Aquella mirada tenía el poder de hacerme olvidar hasta de mi propio nombre, solo era capaz de pensar en sexo y su sonrisa. Mi cuerpo entero se incendia ante la presencia de Jack, que no se sacia nunca de él. Desnuda y mojada, deseo que sean sus manos las que recorran mi cuerpo bajo el agua. “Que le den a los sentimientos, puede que me vuelva una adicta al sexo, pero me siento tan viva que solo quiero disfrutar de ello.”, pienso para mis adentros, y dispuesta a disfrutar digo...

—¿Me acompañas? —pregunto tras el cristal, y abriendo la puerta lo invito a entrar.

—Me encantaría, no sabes hasta qué punto resulta tentador meterme ahí contigo, pero tenemos trabajo.

“¡Vaya, una negativa! En ese caso, intentaremos conseguir respuestas”, apunta mi reportera interior que se ha puesto en modo entrevistadora.

—¿Ya has empezado a despertar a los pasajeros? —pregunto inocentemente.

—No, solo la tripulación —contesta sin apartar los ojos de mi cuerpo mojado.

“Primera mentira, aquí se cuece algo” asiento mentalmente a la reportera de acuerdo con ella.

—Si solo has despertado a la tripulación, ¿por qué tanta prisa?

—Queremos que esté incluido todo el personal de la nave.

—¿Usted también, señor comandante de la nave? —pregunto desde el interior de la ducha.

—No creo que le interese a nadie las experiencias durante mi letargo.

—¡Cómo que no! El flamante piloto que nos lleva camino de la salvación, las chicas se volverán locas con lo que escriba de ti.

—Como tú quieras preciosa, aunque a mí solamente me interesa volver loca a una chica.

—No sé quién será la afortunada, pero te aseguro que se volverá loca —bromeo.

—Creo que ya lo está, es una loca divertida —dice Jack mientras se acerca a la puerta de la ducha.

Sigo escuchando boleros románticos y sugerentes mientras termino de aclararme la espuma que queda sobre mi cuerpo, sin apartar la mirada de la de Jack que me sigue observando detenidamente. Aclarada toda la espuma cierro el grifo, escurro el agua de mi pelo y abro la puerta, cojo la toalla que Jack me tiende y me envuelvo con ella. Jack se acerca hasta mí, me sujeta de la barbilla entre su pulgar e índice, se inclina sobre mí y me planta un sonoro beso en los labios, me suelta y rápidamente vuelve a su lugar.

—Vístete, nos esperan —ordena cortante.

—¡Bueno...! Llevan dormidos como tropecientos años, no creo que esperar un poquito más sea para tanto —contestó igual de cortante.

—Soy yo quien tiene prisa, cuanto antes cumplamos nuestra misión antes volveremos, llevo diez minutos aproximadamente viendo tu cuerpo desnudo y

mojado, así es como te quiero pero en mi cama.

Me humedezco entre las piernas al escuchar las palabras de Jack, yo me siento igual y es un alivio escuchar de sus propios labios que me desea tanto como yo le deseo a él.

—Yo también te deseo, ¿por qué esperar? —pregunto y suelto la toalla que envuelve mi cuerpo, Jack sonrío y se acerca.

—Estoy tentado de hacértelo aquí y ahora, pero no tenemos tiempo, no pongas esa cara... —dice Jack ante el dulce mohín de mis labios— solo quiero posponerlo para más tarde, me gusta hundirme en ti sin prisas.

—De acuerdo, vamos a trabajar un poco.

De camino al comedor, Jack me pasa una hoja. Es una lista con los nombres, rangos y país de procedencia de la tripulación al completo. Son diez personas entre hombres y mujeres por igual.

—Que variedad de nacionalidades —apunto tras echarle un vistazo al listado.

—Sí, con algunos de ellos tendrás que entenderte en inglés, mi español es bastante bueno pero algunos no entienden nada.

—No hay problema, mi inglés es bastante más bueno que tu español. ¿Harás tú las presentaciones, verdad?

—Sí, no esperan todos allí.

La tripulación charla animadamente cuando Jack y yo llegamos al comedor entre risas. Estos, al ver llegar a su comandante se callan inmediatamente, y los que se encuentran de espaldas, se giran para ver a su comandante.

—Ostras, esto sí que es hacerse el silencio al entrar en una habitación —susurro divertida.

—Nunca he sido una persona risueña, ni tampoco se me ha dado nunca bien hacer reír a la gente.

—Con razón se han parado en seco al entrar nosotros —susurro junto a su oído, Jack me mira sonriendo.

—Equipo, como ya os había informado antes, nos hemos reunido aquí para presentaros a la persona que a partir de ahora seguirá nuestro día a día. Presentadora de un exitoso programa de televisión además de audaz periodista, Jane Johnston.

Todo el equipo mira en mi dirección, cambio sutilmente la postura de mi cuerpo para parecer profesional, mi cara es más seria y con voz más suave, saludo a todos los presentes.

—Hola y buenas tardes, estoy encantada de conocerlos a todos. En las próximas horas, me iré reuniendo con cada de uno de ustedes para conocer sus experiencias.

Jack va nombrando uno por uno los miembros de su equipo mientras nos vamos acercando a ellos. Nos damos un apretón de manos y pasamos al siguiente, una vez que todas las presentaciones están hechas, me acerco al primero de ellos:

—Josh, ¿verdad? —pregunto en inglés.

—Sí, el mismo.

—Comencemos por usted. ¿Dónde le apetece que nos sentemos?

—Aquí mismo está bien —contesta él.

Tras acomodarnos en las sillas del comedor, saco mi pequeña libreta del bolsillo trasero de mi pantalón. Siempre procuro llevar una encima. Me gusta tomar nota de casi cualquier cosa que se me pase por la cabeza, además cualquier momento es bueno para una gran idea. Creía que aquello era una virtud, aunque mis padres no lo consideraban de igual forma.

—Josh, ¿le importa si le tuteo?

—Adelante.

—Antes de entrar en materia, cuéntame un poco quién eres —pregunto mirándole directamente a los ojos, y me doy cuenta de lo increíblemente guapo que es aquel hombre.

—Poco le puedo contar, sinceramente.

—Cualquier cosa que me puedas decir, estará bien. Es solo para tener algo de contexto cuando comience a escribir sobre ti. Por ejemplo, ¿qué hacías antes del fin del mundo?

—Cabo primero de la marina de los Estados Unidos —dice Josh tras un rictus.

—Era militar, ¿pareces orgulloso de serlo? —pregunto sin acritud.

—Sí, a las dos cuestiones. Me encantaba mi trabajo, además en mi unidad éramos una gran familia.

—¿Solo te reclutaron a ti de tu unidad?

—No, aquella mujer de allí, Noah, era mi compañera en la misma unidad.

—¿Cómo te reclutaron? —pregunto mientras escribo en mi libreta.

—Fue nuestro superior, nos reunió a ambos para informarnos de la misión.

—¿Vuestro superior directo?

—Sí, aunque las órdenes debían venir de mucho más arriba. Cuando llegamos nuestro capitán estaba acompañado por otro hombre, muy bien trajeado y serio. Por su aspecto, supuse que las órdenes las daba él, o alguien por encima de él.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—Lo siento, no lo recuerdo.

—¿Qué misión os encomendó?

—No puedo hablar de eso, lo siento —dice Josh que se levanta de su asiento con la intención de marcharse.

—Perdóname, te pido disculpas por mi indiscreción. Algunas veces me dejo llevar por el momento, no volveré a preguntar. Siéntate por favor y continuemos, no hemos hecho más que empezar —pido más seria y profesional.

—De acuerdo —acepta Josh, sentándose de nuevo.

—¿Tienes familia?

—Sí, un hermano y nuestro padre.

—¿Embarcaron contigo en esta nave?

—No.

—¿No permiten a las familias de la tripulación viajar justos?

—No lo sé. Mi padre y mi hermano estaban en Nueva York, así que supongo que embarcaron allí.

—¿Qué tal la hibernación, cómo ha sido la experiencia?

—Excepto por lo que ocurre a tu cuerpo cuando despiertas, se podría decir que me ha parecido una agradable experiencia.

—Sí, sé a lo que te refieres. ¿Has tenido sueños mientras dormías?

—Muchos.

—¿Algunos de ellos eran recuerdos?

—Algunos sí, en otros sin embargo las personas eran totalmente desconocidas.

—Qué curioso, a mí me ocurrió lo mismo. ¿Crees que puede significar algo?

—No lo sé. Tuve uno de lo más extraño.

—Cuéntamelo, por favor.

—Lo tengo algo difuso, ya sabes cómo son los sueños. Hace mucho viento, eso lo recuerdo y además estoy solo, me encuentro perdido en el desierto, y hay mucha luz a mi alrededor.

“Sí que parece extraño, sobre todo porque se parece mucho a nuestro

propio sueño”, apunta mi subconsciente.

—¿Ocurre algo? —pregunta Josh, al observar mi gesto incrédulo.

—Yo tuve uno muy parecido.

—Puede ser sugestión por todo lo que hemos pasado.

—Es posible, bueno Josh creo con esto tengo suficiente —digo mirando mi libreta—. Muchas gracias por hablar conmigo —me despido, mientras estrecho su mano.

Este se levanta y tras una pequeña inclinación de cabeza, se aleja sumido en sus propios pensamientos. “O eso es, lo que tú supones”, me dice la reportera interior. Cuando me voy a levantar para buscar a otro integrante de la tripulación, una mujer atractiva se sienta frente mí.

—Hola Jane soy Ángela, encantada de charlar contigo —dice en español.

—¿Tú eres una de las españolas que formáis parte de la tripulación?

—Sí, española y castiza hasta la médula.

—¿Y eso? —pregunto, sacando mi lado más madrileño.

—Me criaron en la zona más castiza de Madrid. La puerta de Toledo —dice Ángela con toda su chulería.

Se trata de una mujer madura, rondara los cuarenta y pocos años de edad. Es una mujer menuda, delgada pero con buenas curvas. Su pelo es rubio, liso y lacio en una melenita corta que le daba a sus gestos un aire muy dulce. A simple vista parecía una mujer vivaz e inquieta, incluso sentada frente a mí, su nerviosismo es palpable en los gestos de las manos y en la inquietud de su trasero sentado sobre la silla.

—Yo también nací en Madrid, pero la mayor parte de la infancia la pasé en el extranjero, en cuanto terminé mis estudios, regresé.

—Es una ciudad preciosa, o mejor dicho era una ciudad preciosa, yo era de las que pensaba que jamás podría estar mucho tiempo alejada del barrio de La latina, y ahora mira dónde estamos.

—¿Sientes nostalgia? —pregunto realmente interesada por los sentimientos de aquella mujer.

—Sí, un poco.

—Es normal, yo echo de menos muchas cosas. Venga, vamos al grano para quitarnos la nostalgia. ¿Cuéntame qué hacías antes de embarcar en esta nave?

—Piloto de caza de la armada española, estaba destinada en la base militar de Torrejón.

—¿Ángela, tiene usted familia?

—Geli, llámame Geli por favor. Sí, mi familia está conmigo, tengo a mi marido y mis hijas.

—Es una suerte, ¿verdad?

—Sí, tengo conmigo lo más importante en mi vida. Sin ellos esta aventura no tendría sentido.

—Yo también tengo a mis padres, y al igual que tú, para mí tampoco tendría sentido esta aventura. Un compañero tuyo no ha tenido esa suerte, su padre y su hermano han embarcado en otra nave, o eso cree él.

—Todos en la tripulación formamos ahora una gran familia, debemos ayudarnos, apoyarnos y comprendernos mutuamente.

—Está bien, tener donde acudir cuando necesitas a alguien —afirmo—. Cuéntame lo que recuerdas durante la hibernación.

—Recuerdo meterme en la vaina, ver al doctor como me conecta y sentir mucho sueño, me sumergí en un profundo sueño. Cuando desperté, sufría esos espasmos desagradables, seguido de las náuseas y la falta de control sobre las extremidades.

—¿Nada importante, o extraño, que puedas recordar?

—Nada —contesta, pero cierra un momento los ojos e inspira profundamente y expulsa el aire antes de continuar—. Recuerdo un sueño extraño, puede que no tenga la menor importancia, pero es desconcertante.

—Cuéntamelo —apremio.

—No recuerdo el sueño, pero sí como me sentí. Me sentía desolada, estaba completamente sola, lo desconcertante es que al mismo tiempo me sentía observada, hasta oprimida por una fuerza intangible.

—A ver si puedo ayudarte con eso, cierra un momento los ojos —pido a aquella mujer, ella inmediatamente los cierra—. Has dicho que te encontrabas sola. ¿Hay alguien a tu alrededor? —ella niega con la cabeza—. ¿Ves lo que te rodea? —esta vez asiente—. ¿Lo reconoces? —vuelve a negar.

—Parece un lugar desértico.

—Esa fuerza extraña que te rodeaba. ¿Puedes sentirla? —asiente de nuevo—. ¿Puedes verla? —niega con fuerza—. Es el viento que te rodea, ¿verdad? —abre los ojos de golpe sorprendida.

—¿Tú cómo sabes todas esas cosas?

—No eres la única que ha tenido ese sueño, tras lo que me acabas de contar, ya somos tres que hemos soñado lo mismo.

—Menuda coincidencia.

—Sí, menuda coincidencia más extraña —coincido con ella.

Cuando la miro de nuevo, Geli tiene la mirada fija en un punto, justo por detrás de mi cabeza, ve algo a mi espalda que la hace reaccionar.

—¿Eso es todo? —pregunta mientras se levanta de su asiento.

—Sí, creo que eso es todo, muchas gracias por charlar conmigo.

—Gracias a ti, ha sido un rato la mar de agradable —la sonrisa que se perfila en sus labios no llega a su mirada que de nuevo ha vuelto a ese punto detrás de mi espalda.

Movida por la curiosidad, sigo la mirada de la piloto detrás de mi espalda. Me giro para poder ver lo que tengo detrás. Jack nos observa, en cuanto se cruzan nuestras miradas, las comisuras de sus labios se curvan en una sensual sonrisa.

Aquella mañana realicé de un plumazo todas las entrevistas a la tripulación. Solo me quedaba una por realizar, y se trataba de la entrevista del comandante. Planeaba sonsacarle información con aquella entrevista y trazaba un plan mentalmente. Atacaría en el momento en que Jack es más vulnerable. A mi juicio, ese momento era el previo al sexo, durante el sexo y tras el sexo.

Me encontraba tomando notas de los últimos apuntes en mi libreta cuando unas manos muy cuidadas y de largos dedos se plantaron en la mesa frente a mí. Levanto la mirada, hacia el dueño de aquellas manos, era Jack que se sentaba frente a mí en la mesa.

—Señorita reportera, usted dirá —dice Jack sonriente mientras se acomoda en su asiento.

—¿Qué? —pregunto haciéndome la inocente.

—Soy el último de tu lista, ¿no?

—¡Ah, las entrevistas claro, perdona estaba en otro mundo!

—Se te veía muy concentrada en lo que hacías.

—Le daba vueltas y más vueltas a una teoría que ronda por mi cabeza.

—¿Y se puede saber esa teoría tuya? —pregunta Jack intrigado.

—No, de eso nada. Primero necesito pruebas antes de contarte nada — Jack arruga el entrecejo y yo continúo preguntando—. ¿Te importaría que la entrevista la hagamos en tu dormitorio?

—No me importa, de hecho lo prefiero así —contesta Jack.

Ha vuelto su sonrisa pícaro y la mirada ardiente, una combinación que tiene un efecto inmediato en los latidos de mi corazón y entre mis piernas.

Caminamos uno junto al otro en un agradable silencio, en dirección al puente de mando. Jack no deja de mirar mi rostro mientras andamos por el

pasillo, solo deja de mirarme para guiar el camino de vuelta, y rápidamente vuelven a mí sus ojos verdes cristalinos. Para mí estaban muy claras las intenciones de Jack, quiere aquello que le ofrecí horas antes en su ducha. Sus intenciones me venían muy bien, dado el plan que había trazado para sacarle información. Tenía que aprovechar que quería sexo para conseguirlo.

—¿Qué te ha parecido la tripulación?

—No sé, supongo que muy profesionales.

Debía andarme con cuidado, no podía contarle a Jack que me parecía muy extraño que toda la tripulación fuese personal militar. “¿Por qué militares? ¿Por qué no astronautas?” Al llegar al puente de mando, Josh y Noah nos dieron la bienvenida. “Se acabó lo de estar aquí solos”, pensé.

—Buenas tardes chicos, gracias por vuestra ayuda.

—Comandante —contestan ambos al unísono—. Señorita Jane —se despide Josh al pasar por mi lado, Noah que lo sigue unos pasos detrás, mueve ligeramente la cabeza a modo de saludo, yo sonrió tímidamente.

—Gracias —digo cuando Josh y Noah han salido.

—¿Por...? —pregunta Jack.

—Creí que ya no volveríamos a estar solos, ahora que la tripulación está despierta. Me gusta demasiado la intimidad, me he dado cuenta de ello ahora, cuando nos encontramos todos en este espacio tan reducido.

—A mí también me gusta la intimidad, sobre todo cuando estoy contigo.

—No me entiendas mal, no soy una mojigata. Antes del fin del mundo no habría detenido una sesión de arrumacos porque hubiera alguien en la habitación de al lado, pero aquí... como nos encontramos en un espacio tan reducido, tenemos que vernos las caras sí o sí todos los días. Mejor mantenemos las distancias fuera de este dormitorio —termino diciendo justo al entrar en su dormitorio.

—Es bueno saberlo —dice Jack entornando los ojos.

—Bueno, acabemos con esto cuanto antes.

—Me desconciertas Jane, pensaba que íbamos a darle una oportunidad a lo nuestro —contesta él en tono abatido.

—Me refiero a la entrevista, Jack —contesto lo más serena que puedo.

—Cuando has dicho “acabemos con esto”, creí que te referías a nosotros.

—Todavía no sabemos si hay algo entre nosotros, pero de momento lo que tenemos me gusta. Quiero que me respondas, con sinceridad. ¿Por qué pensabas que hablaba de nosotros?

—No pareces la misma chica que conocí hace tiempo, no consigo averiguar lo que sientes y por eso, creo que en realidad no tienes interés en que funcione.

—¿Qué significa exactamente para ti, lo nuestro? —Jack titubea, yo insisto—. Contesta, por favor —jamás ha sido un hombre inseguro, sin embargo, lo parece en este momento.

—Lo significa todo —contesta finalmente mirándome a los ojos.

Yo me he quedado con la boca abierta, estoy estupefacta ante lo que acaba de decir y estoy muda por el asombro, por lo que Jack continúa hablando...

—Los últimos días que hemos pasado juntos, incluso en estas extrañas circunstancias, han sido los mejores de mi vida.

—Nos estamos dando una oportunidad, todavía no ha pasado tiempo suficiente como para tomar una decisión tan rotunda —alego yo.

—Ahora quien te lo pregunta a ti soy yo. Dime, ¿qué significa esto que hay entre nosotros?

“Ahora sí que te has metido en un buen lío. ¿Serás sincera con él, mostrándole tus sentimientos?”, pregunta mi subconsciente, le asiento mentalmente.

—¿Sinceramente?

—Yo he sido completamente sincero.

—Lo que hubo entre nosotros fue muy intenso. En esta ocasión solo quiero pasármelo bien contigo, sin expectativas.

Jack no dice nada, solo asiente ante mis palabras, no le han gustado pero lo comprende y cambia de tema.

—Vamos reportera, dispara tus preguntas —me anima Jack.

—No tienes nada que decir —afirmo, no satisfecha con cambiar de tema.

—Te entiendo y quiero respetar tus sentimientos, eso es todo lo que tengo que decir.

—¡Venga...! —insisto con un mohín en los labios—. Si no somos sinceros el uno con el otro y nuestros sentimientos, no funcionará.

—Pensaba que sería más fácil...

—Sí, que caería rendida a tus pies, ¿no? —le digo interrumpiéndole, me tapo la boca con la mano para ocultar mi risa.

—Dicho así, suena presuntuoso.

—Suena presuntuoso lo digas como lo digas, pero como te conozco ni

siquiera me sorprende.

—¿Estás llamándome presuntuoso? —pregunta Jack fingiendo sentirse ofendido.

—Sí, mi presuntuoso favorito —contesto al fin acercándome a Jack, pego mi cuerpo al suyo.

—¿Tu favorito, acaso conoces a muchos? —contraataca Jack meciendo su cuerpo contra el mío.

—¡Oh a muchos! Estoy rodeada de ellos —respondo con una sonrisa, satisfecha con el flirteo entre nosotros.

—Me alegra saber que soy tu favorito —dice, rodea mi cuerpo con sus brazos y lentamente me besa mientras sus manos viajan hasta mi trasero.

—¿Cuál es tu misión en la nave, Jack? —pregunto inesperadamente.

—Asegurar la supervivencia de la misión, la nave y todos aquellos que la ocupan, cueste lo que cueste —responde Jack, noto el cambio en su gesto al finalizar la frase, pasa rápidamente de sensual a estupefacta, como si hubiera recordado algo desagradable.

—¿Estás bien? —pregunto sinceramente alarmada ante la expresión de su rostro.

—Sí, claro que estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo? —“Está mintiendo”, apunta mi subconsciente.

—¿Qué has querido decir, con lo de cueste lo que cueste? —insisto.

—Pues que si es necesario para la misión poner en riesgo mi vida, no lo ponga en duda.—contesta muy serio.

—Pero eso es demasiada responsabilidad para una persona sola, por no decir que es pedir demasiado. —contesto alzando la voz, estoy enfadada y consternada con lo que escucho.

—¿Te estás ofreciendo para compartir conmigo esa responsabilidad? —pregunta en tono jocoso.

—Depende de tu misión. ¿Qué es lo que tendríamos que hacer? —pregunto zalamera entre sus brazos, necesito sacarle información.

Jack se pone tenso, lo noto en su cuerpo que rodea el mío con fuerza, sus músculos emanan cierta tensión.

—Ya te lo he dicho, solo asegurar que todo vaya como debe de ir, tranquila jamás te pediría a cambio tu vida, esa responsabilidad es solo mía.

“Sabía que nos ocultaba algo, intenta ocultarlo ahora mismo. ¿Te has fijado en la expresión de su cara?”, le pregunto a mi subconsciente, esta vez no tiene palabras graciosas para mí, solo asiente con su cabeza imaginaria.

—Cuando te has marchado, me he dado una vueltecita por la nave hasta mi dormitorio para traerme algunas cosas que necesitaba —Jack otra vez arruga el entrecejo.

—No deberías andar sola por la nave —me advierte Jack.

—Solo estaba poniéndote dentro del contexto para lo que realmente te quiero preguntar. No me gusta que me regañen, por esta vez lo pasare por alto.

—¿Tu pregunta? —insiste Jack en tono hosco.

—Bueno, cuando estaba dentro de mi dormitorio han pasado por allí dos de la tripulación e iban hablando de cosas —continúo ignorando el tono de Jack.

—¿De qué cosas hablaban? —pregunta, ya en un tono más suave.

—Uno de ellos no entendía las órdenes que habían recibido, y además no comprendían tu actitud.

—¿Mi actitud? —pregunta sorprendido, como si su actitud solo pudiera importarle a él.

—Sí, distante, serio, frío, enfadado.

—Mi tripulación habla demasiado, es posible que deba mejorar eso. Pero sé a lo que te refieres, a mí también me cuesta comprender algunas órdenes.

—¿Pero no eres tú quién da las órdenes?

—Sí, pero recuerda que también te dije que hay gente por encima de mí.

—Por cierto, cuando te pregunte me dijiste que en estos momentos solo estamos la tripulación, tú y yo, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Nada, solo cosas mías. Debo estar volviéndome loca o algo por el estilo. ¿No existe una enfermedad psicológica que afecta a las personas que pasan mucho tiempo en el espacio?

—No cielo, eso solo es ficción. Pero cuéntame, con lo lista que tú eres, ¿por qué piensas que te estás volviendo loca? o algo por el estilo, como dices tú.

—A sabida cuenta de que te vas a reír de mí, o coincidirás conmigo que me he vuelto loca, te lo voy a contar. Cuando volvía de camino por uno de los pasillos, me ha parecido escucharte hablar con tu padre.

—Ahora lo comprendo, eso no puede ser, mi padre sigue durmiendo.

—Ya lo sé, por eso creía que me estaba volviendo loca —digo escrutando sus ojos en busca de algo, espero encontrar arrepentimiento pues está mintiéndome a la cara, dejándome creer que estoy loca, pero allí, no hay

nada de eso.

“Prefiere dejar que pienses que estás loca a decir la verdad”, apunta sabiamente la reportera de mi interior. “Sí. Toca investigar un poco, aquí se cuece algo y quiero ser yo quien lo destape”.

—Bueno, vamos al tema que nos ocupa —digo, deshaciéndome de los brazos que me rodean y poniendo un poco de espacio entre nosotros pregunto—. ¿Durante el tiempo que has dormido, has tenido algún sueño?

—No, nada de nada.

—Interesante... —digo en voz alta aunque es solo para mí.

—¿Interesante, por qué?

—Resulta que de los entrevistados hasta ahora, unos hemos soñado durante el trayecto y otros no.

—¿Y por qué te resulta interesante? —pregunta Jack que no entiende mi lógica.

—Aquellos que sí hemos soñado, hemos compartido un mismo sueño.

—¿Todos habéis soñado lo mismo?

—El mismo sueño, sí.

—¿Y cuál de ellos era? —pregunta Jack curioso.

—Aquí las preguntas las hago yo, comandante.

—Sí, señora. Me gusta que me llames comandante. Me excita.

—Es bueno saberlo, tomo buena nota de ello. ¿Qué recuerdas exactamente desde que nos dormimos?

—Nada en realidad, para mí ha sido como una noche cualquiera, cuando me desperté era como si solo hubiera pasado una noche.

—Tienes suerte, ¿lo sabes, verdad? Lo digo porque los sueños que he tenido me recuerdan lo que hemos perdido. El único que no se trataba de un recuerdo, es precisamente el que hemos compartido.

—¿Cuándo te refieres a compartido, quieres decir que todos participabais en el mismo sueño?

—No, cada uno en su sueño estaba completamente solo.

—¿Ya has terminado con tus preguntas?

—Sí, porque tu vida antes de esto ya la conozco.

—Estupendo, entonces cuéntame tu sueño por favor —ruega Jack.

—Es usted de ideas fijas, comandante —digo con coquetería antes de continuar—. Estoy completamente sola, en un terreno completamente desconocido para mí, hay mucha luz a mi alrededor, una luz radiante cegadora, el terreno es llano, arenoso pero duro al mismo tiempo. Es muy extraño,

porque estoy sola pero siento una presencia a mi alrededor. Es un viento fuerte que se arremolina sobre mi cuerpo y me aprisiona.

—A mí también me gusta rodear tu cuerpo con mis brazos y aprisionarte contra mí, pero que sueño tan raro.

—Raro e inquietante. Sobre todo quiero saber qué significa, que solo unas pocas personas hayamos soñado con lo mismo me tiene intrigada. No sé si me encontraré con lo mismo cuando empiece con el resto de los viajeros.

—Estoy seguro que lo averiguaras —dice Jack con una sonrisa radiante, sincera—. Eres la mujer más tenaz y persistente que he conocido jamás.

—Eso es mucho decir sabiendo la cantidad de mujeres que conoces —“¿Si tan buena estima nos tiene como periodistas, por qué oculta información?”, apunta mi subconsciente, que está muy cabreada. “¿No eras tú quien predicaba eso de relájate y disfruta? Pues chata aplícate el cuento”, mientras hablo con mi subconsciente Jack se acerca lentamente hacia mí, el deseo me invade, debo morderme el labio inferior para no hiperventilar y acudo a su encuentro.

Me desnuda en un santiamén, me levanta cogiéndome justo por debajo de los brazos y me lanza sobre la cama todavía revuelta, se tumba encima y me aprisiona bajo su cuerpo, su mano va bajando lenta y seductoramente por mi cuerpo hacia la rodilla, tira de mí y se encaja entre mis piernas,

Siento la erección de Jack justo en el centro de mi húmeda entrepierna. Con su cara entre mis manos le beso apasionadamente introduciendo mi lengua dentro de su boca, Jack gime mientras me devuelve el beso, aprieta su erección contra mi centro y jadeo sobre su boca ante el contacto. Su mano abandona mi rodilla y rodea uno de mis pechos, lo masajea y estruja con deleite, deja de besarme y dirige sus labios directos hacia mi pezón. Mis manos suben por su ancha y fuerte espalda, subiendo la camiseta a su paso. Siento la suave piel y la fuerza de su cuerpo, Jack se quita la camiseta y vuelve a mi boca, aprieta de nuevo sus caderas en el centro mismo de mi deseo. Rodeo su cintura con ambas piernas y le intento bajar los pantalones con los pies, pero resulta imposible y Jack tan ansioso como yo, se incorpora sobre el colchón, baja sus pantalones junto con los bóxer liberando su increíble erección, me muevo sobre el colchón en busca de su pene, esa visión me hace querer tenerlo en mi interior y pillándolo totalmente por sorpresa, me lo introduzco entero en la boca, haciéndolo gemir. Chupo arriba y abajo sobre su pene acariciando con la lengua, Jack echa la cabeza hacia atrás y gime fuerte, un sonido ronco y sensual que como siempre me aviva a continuar con

más rapidez y fuerza, volviéndolo loco de placer.

—Si me quieres entre tus piernas, te aconsejo que pares —me pide, sus ojos arden de deseo.

Inmediatamente dejo de chupar, me incorporo y lo beso invadiendo su boca, mis manos suben por sus brazos hasta los hombros, se deslizan hasta su nuca y allí entrelazo los dedos. Tiro suavemente de él y Jack se deja llevar cayendo sobre el colchón, vuelve a besarme, pero el destino de sus labios está más hacia el sur. Sus labios rozan mi piel, bajando entre mis pechos, sobre mi vientre hasta mi ombligo, donde sopla suavemente. Continúa su lento descenso hasta mi monte de Venus que mordisquea mientras me pide:

—¿Quieres que te chupe, o quieres que follemos?

—Fóllame... —susurro, no muy segura de mis palabras.

Sin embargo, parece que a Jack le excitan aún más mis palabras, gruñe algo entre dientes mientras se incorpora de mi cuerpo, me tumba boca abajo y me sube las caderas apoyando las rodillas sobre el colchón, saca de la mesilla un preservativo y se lo pone rápidamente mientras pienso “Me va a penetrar, y va a ser fuerte”, me preparo y coloco mis brazos apoyados fuertemente sobre el colchón, justo cuando me penetra fuerte. También me gusta así, duro y fuerte. Gimo alto y arrugo las sábanas de la cama entre mis manos dado el placer que siento. Jack bombea en mi interior de forma implacable, una y otra vez, de esta forma lo siento mucho más en mi interior y llega mucho más lejos.

Agarrado a mi cintura mueve mi cuerpo a su antojo, adelante y atrás para profundizar más en mi interior, me encanta que tome mi cuerpo de esa manera. Me hace vibrar como ningún otro hombre lo ha hecho antes, incluso el mismo Jack en nuestra relación anterior nunca había sido tan rudo y enérgico.

Es un hombre con mucha experiencia y está bien dotado, me llena por completo y arranca sensaciones en mi interior hasta ahora desconocidas. Ya no recuerdo el plan que había trazado, todo eso ha desaparecido por completo y mi subconsciente tampoco me sirve de ayuda, se ha quedado muda. El orgasmo es inminente, lo siento en los músculos de mi interior que se tensan deliciosamente con cada embestida de Jack. Cuando el orgasmo me invade, grito de placer.

—¡Dios mío, Jack no pares por favor! —suplico entre gritos mientras succiono su erección en mi interior.

—¡Jane! —gruñe al llegar al orgasmo y se desmorona encima de mi cuerpo.

Rápidamente se levanta de mi espalda para no hacerme daño y se tumba

boca arriba, respira profundamente para calmar sus pulsaciones.

—No me vuelvas a incitar al sexo cuando tenemos trabajo que hacer — dice Jack desafiante.

—¿Y por qué no, si se puede saber? —pregunto igual de desafiante.

—Resulta que no he sido capaz de concentrarme en toda la mañana. Y ha sido por tu culpa.

—Quien lo diría... —apunto con sarcasmo—. No te he visto en toda la mañana y la única vez que hemos cruzado nuestras miradas, estabas bastante concentrado en una de las mujeres de tu tripulación.

—Conozco a Geli bastante bien y lo único que quería era que se diera prisa, se puede enrollar horas y horas hablando, quedaban muchos por entrevistar y estaba ansioso por volver, ¿celosa?

—¡No, para nada! Yo me suponía algo así, pues nada más verte se ha levantado como un resorte.

—Es una mujer increíble, inteligente, buena, amable y divertida, pero como le des carrete...

—También me he dado cuenta de eso, por mi experiencia diría que no es necesario si quiera darle carrete. ¿Te has fijado cómo me ha abordado?

—Sí, lo he visto. Nos quedan unas cuantas horas libres antes de volver a comenzar con el trabajo. ¿Qué te apetece que hagamos?

—Tengo hambre y puede ser que te rías, pero también tengo algo de sueño.

—Estupenda idea, comida y un sueñecito reparador —coincide Jack.

Capítulo 14

Comimos en la sala común y aunque se trataba de las bandejas de comida preparada, disfrutamos de la comida, esto se debía más a la compañía que a la comida en sí. Tras acabar volvimos al dormitorio.

—¿De verdad que tienes sueño, no te gustaría hacer otra cosa?

—Aunque suene raro, sí, me apetece descansar un poco.

No estaba realmente siendo sincera con Jack, únicamente necesitaba un poco de espacio para pensar y fingir un sueñecito entre sus brazos, me parecía una buena idea.

—¿Tenías algo en mente? —pregunto sensual, sobre todo porque quiero saber hasta dónde puede llegar Jack.

—No sé, pensé que a lo mejor te podía interesar las cosas que hacemos aquí.

“Vaya, está siendo sincero, me siento culpable”, pienso con amargura. “Retrocede, estás a tiempo. Cuanta más información tengamos mejor. Ya habrá tiempo para pensar en todo esto”, estoy de acuerdo con mi subconsciente y le digo...

—¿De verdad? Si vas a enseñarme cosas tan bonitas como aquella sucesión de fotos, me apunto —digo fingiendo el entusiasmo necesario para la situación.

—Algunas son más bonitas que otras.

—Está bien, me apunto.

Ya en la otra sala, Jack se acerca a la isleta central iluminada, le sigo hasta allí. Jack empieza a teclear en la pantalla mientras me explica.

—Esto que vas a ver ahora, te va a gustar mucho.

De nuevo el hológrafo, despliega ante nosotros una imagen que nos envuelve por completo, lo que tengo ante mí es lo mismo que puedo ver desde la consola central y me desilusiono momentáneamente.

—Vas a ver una simulación del corto trayecto que nos queda hasta el planeta donde aterrizaremos.

Jack teclea sobre la superficie pulida y lisa, el sistema holográfico que se cierra y de nuevo se despliega por toda la sala, como la primera vez. Jack se gira apoyando su trasero sobre la consola, me tiende una mano invitándome a acompañarlo en aquel lado, yo la cojo y voy hasta él que abre sus piernas y me sitúa entre ellas, rodea mi cintura con los brazos y me arrima a su cuerpo, su pecho está pegado a mi espalda. Me recuesto contra su cuerpo donde me

encuentro muy a gusto, reclino hacia atrás apoyando mi cabeza entre sus pectorales. Con una sola mano Jack activa la simulación.

Lo que se despliega ante nosotros, es la misma imagen del espacio que vi desde el sillón del comandante cuando Jack me enseñaba los controles. La imagen va cambiando a cámara lenta, se desplaza hacia la izquierda quedando casi fuera de la imagen el enorme planeta que ahora está ante nosotros. Una luz resplandeciente nos ciega momentáneamente al salir de la sombra de dicho planeta. Tras estabilizarse la imagen, puedo ver varios planetas más, todos están muy juntos, y son de colores distintos y tamaños diferentes, salpicados aquí y allá. La simulación continúa su camino entre los planetas dejándolos atrás. Todos y cada uno de ellos llaman mi atención, sobre todo uno que se parece bastante a la Tierra o al menos eso piensa mi subconsciente, la simulación se dirige hacia el planeta más alejado de todos, y que es el más cercano a la estrella que nos ilumina.

Intento levantarme del cuerpo de Jack, pensando que la simulación había terminado y que eso era todo, pero él no deja que me mueva de entre sus brazos, reteniéndome.

—Todavía no ha terminado, ahora viene lo mejor —susurra junto a mi oído, su aliento me hace cosquillas al rozar mi pelo.

La simulación continúa, se acerca al planeta y penetra en la atmósfera y la imagen se distorsiona un poco, pero en seguida se estabiliza. Aparece la superficie del planeta, que es de color amarillento terroso, no se ve ninguna depresión, ni montaña que interrumpa la visión del horizonte.

—Es exactamente igual que en mi sueño —murmuro.

—¿En serio?

—Muy en serio, esto está empezando a ponerse espeluznante —comento girándome entre sus brazos.

—Pronto estaremos allí, es posible que sobre el terreno puedas encontrar más respuestas.

—¿Pronto, cuándo?

—En menos de dos días estará todo el mundo despierto y en ese momento aterrizaremos.

—Vaya, termina el viaje —digo con pesar.

—Y empieza la vida. Un nuevo comienzo para la humanidad —replica Jack, rodea mi rostro con sus manos.

—Espero que esta vez lo hagamos un poquito mejor —susurro junto a su boca antes de besarle.

Incapaz de detener el bostezo que se acerca inminente, me tapo la boca y bostezo, en realidad sigo sin tener sueño, pero debo poner en orden mis ideas.

—A la cama. Para dormir —aclarar rápidamente, al ver mi expresión de cansancio.

—Gracias, estoy exhausta.

Nos acostamos en la cama, estamos abrazados y entrelazados el uno con el otro. Siento como el cuerpo de Jack gradualmente se va relajando, su respiración es cada vez más lenta, pausada y los latidos de su corazón que retumban en mi oído, también son más lentos, se ha quedado dormido. Empiezo a pensar para mí misma punto por punto todo lo que sé, lo que podría ser y cómo averiguar más cosas.

“¿Qué sabemos hasta ahora?” “Nos ocultan algo”, contesta mi subconsciente mientras muerde las patillas de sus gafas negras. “Jack miente, su padre anda por aquí. Lo hemos visto, así que se trate de lo que se trate, tienen que estar metidos en todo este asunto”, pienso. “Recuerda además que la tripulación no entendía las órdenes recibidas, eso debe significar algo”, apunta mi subconsciente, se ha puesto las gafas y escribe en el bloc de notas. “Luego está lo de los sueños, aunque no creo que tenga nada que ver con Jack y su padre.”, continúo pensando. “Deberíamos trazar un plan para las próximas horas, encontrarnos con el padre de Jack casualmente es buena idea.”

El calor del cuerpo de Jack calienta al mismo tiempo mi cuerpo, me invade un sopor que me resulta difícil de aguantar mientras hablo con mi subconsciente, realmente no me había dado cuenta de lo cansada que estaba, y lentamente me voy sumergiendo en un sueño profundo.

Horas más tarde, Jack me despierta suavemente pronunciando mi nombre junto a mi oído.

—Jane, nena, despierta —susurra Jack.

Lentamente voy abriendo los ojos, parpadeando sin ver realmente nada.

—Hola, preciosa —dice Jack cuando cree que estoy despierta del todo.

—Hola —contesto.

Observo a Jack que ya está levantado, probablemente recién duchado y vestido con ese mono naranja, su uniforme, que le queda tan terriblemente sexy.

—Vamos, levanta y vístete, ya han empezado a despertar al pasaje. Tienes trabajo —asegura Jack divertido.

Me estiro sobre la cama desperezándome, estiro brazos y piernas sobre

el colchón, Jack sonrío de oreja a oreja.

—¿Cuánto hemos dormido?

—Llevas casi veintidós horas inconsciente, yo he tenido que levantarme antes.

—¡Oh! —exclamo sorprendida.

—No quería despertarte, estabas adorable cuando me he marchado. Me ha costado mucho.

—¿Despertarme?

—No, dejarte aquí sola. Me hubiera quedado aquí contigo mientras dormías para poder observarte.

—No sé si sentirme halagada o preocupada —contesto en voz baja.

—Yo en tu lugar, lo segundo.

“¿Qué significa eso?”

—¿Qué quieres decir? —pregunto al no entender lo que significan sus palabras.

—Si yo estuviera en tu lugar y una mujer me observara mientras duermo, me preocuparía, sobre todo por los sentimientos que eso pudiera implicar.

—Siempre igual, tú y los sentimientos... —apunto de pronto malhumorada.

—No, siempre y cuando esa mujer fueras tú y en este momento. Te dije que había cambiado, pero parece ser que no te has dado cuenta.

—Dame tiempo, solo han pasado unos pocos días y encima las cosas que dices son las que diría el Jack que conozco. Aunque puedo apreciar los cambios.

—Lo mismo digo, era un comentario inocente y suponía que gracioso, ya he visto que no. ¿No te gusta el antiguo Jack?

—No. La próxima vez no lo intentes, la verdad es que no se te da bien hacerte el gracioso. Venga, levanta y déjame vestirme que debo marcharme, tengo trabajo que hacer. —digo mientras me incorporo de la cama. Jack se levanta sonriente.

Capítulo 15

Camino sola por los pasillos de la nave en dirección al comedor, estoy ansiosa por encontrarme con mis padres, parece que hace un siglo de la última vez que estuve con ellos y en realidad así ha sido, ha pasado mucho tiempo desde que abandonamos la Tierra, solo que no lo hemos sentido así. El pasillo largo y oscuro que conduce hacia las escaleras está vacío, cuando tuerzo a la derecha para enfilas las escaleras, me encuentro frente a frente con el senador, el padre de Jack.

—Lo siento, señorita —se disculpa tras chocar conmigo.

—¿Senador Riter, qué tal está usted? —pregunto amablemente, no puedo dejar escapar esta ocasión que se me presenta.

—Bien, ¿y usted es? —pregunta desconcertado.

—Senador me siento ofendida, sé que solo nos hemos visto en una ocasión pero... soy Jane Johnston.

—Ah perdone, si ya me acuerdo pero por favor llámeme Fred, ya no soy el Senador de nada.

“Oh, permítame que lo dude”, apunto en mi interior.

—¿Cuándo se ha despertado? —pregunto.

—Hace apenas una hora. ¿Y usted?

—Llevo varios días despierta, su hijo quería mi compañía, parece bastante recuperado para hacer tan poco que ha despertado.

—A mí también me ha sorprendido, según me habían dicho no iba a ser nada agradable. Estaré en buena forma, ¿no? —dice mientras se acaricia la prominente barriga.

—Sí, puede ser —miento—. ¿Hacia dónde iba? Tengo que preguntar a todos los pasajeros de la nave por su experiencia durante el largo viaje, qué le parece si le acompaño y le hago las preguntas.

—Iba de camino al puente de mando para ver un poco a mi hijo. Siento que hace mucho que no lo veo.

“Que hombre más mentiroso”, añade mi subconsciente.

—Yo vengo de allí, le acompaño.

—Está bien, vamos.

Juntos vamos hacia el puente de mando.

—¿Dígame como ha sido la experiencia?

—Nada importante que reseñar. Ha sido un sueñecito agradable.

—¿Ha soñado usted algo durante ese tiempo?

—No recuerdo nada, no creo.

—Que rápido ha sido, ya hemos acabado, siento no poder acompañarle por más tiempo, pero también tengo ganas de ver a mis padres —me despido estrechando su mano—. Ya nos veremos.

—Hasta pronto señorita Johnston.

—Por favor Fred, llámeme Jane.

En el comedor no se ve a nadie. Rápidamente voy a los dormitorios pero también están vacíos. “Tal vez tengan una sala de recuperación”, dice la reportera de mi interior. Me dirijo hacia el mismo espacio donde desperté, allí me encuentro con el doctor que me durmió.

—¿Dónde están los pasajeros que ya se han despertado?

—Aquí, en una sala contigua, pero no le recomiendo que entre, no es agradable.

—Pues parece que el exsenador no opina lo mismo.

—Por aquí no ha pasado —dice inocentemente el médico.

—Gracias, voy a echar un vistazo.

La sala contigua es un espacio amplio y diáfano, de paredes lisas de un blanco brillante, con cápsulas abiertas a lo largo de toda la pared y con personas todavía recuperándose. La sala está iluminada por luces blancas que salen del techo. Todo es blanco, hasta los suelos son de blanco pulido y brillante, ahora salpicados de vete a saber que líquido. “Mejor no pensar en ello”, me digo mientras camino entre las cápsulas buscando a mis padres. Mi madre esta convulsionando y vomitando dentro de la cápsula, me acerco rápidamente a ella, sujeto su pelo negro detrás de la espalda y cojo su mano.

—Tranquila mamá, deja que pase. No intentes controlarlo.

—Tu... padre... —dice entre convulsiones.

—Voy a ver —y salgo escopeteada hacia la siguiente cápsula justo donde está mi padre, que se encuentra exactamente igual que ella.

Me acerco a él y lo tranquilizo como puedo, froto su espalda arriba y abajo con fuerza haciendo fricción para tratar de darle algo de calor.

—¿Y... tu... madre? —pregunta él.

—Está bien, ya la he visto, ahora vuelvo.

Vuelvo al lado de mi madre y le susurro al oído.

—Papá está bien. Ha preguntado por ti —comento a mi madre, ella levanta el rostro para poder mirarme.

—¿Y tu cariño... estás bien? —pregunta jadeando.

—Sí, ya os contaré. Tú relájate.

Una media hora después parece que mis padres son capaces de controlar las convulsiones y las arcadas que sentían antes. Es increíble que después de tantos años juntos, lo primero en lo que han pensado cada uno, ha sido en el otro, preocupándose por su estado. Eso me demuestra el amor que sienten mis padres y que yo deseo para mí algún día.

Al final de la sala de recuperación hay dispuestas sillas y pequeñas mesas a lo ancho de la sala, en el mismo color blanco brillante, aunque parece brillar con más fuerza. Las sillas y las mesas emiten un pequeño fulgor blanco.

Ya sentados, les cuento a mis padres lo que ha pasado hasta ahora sin revelarles nada acerca de Jack, ni de los sueños de la tripulación y el mío, ellos asienten escuchando pacientemente, aunque no estoy segura de que estén entendiendo todo lo que les cuento.

—Vamos a descansar, os llevo a las habitaciones, ya os lo contaré tranquilamente.

Al llegar a la puerta de los dormitorios, me encuentro con ella cerrada y rezo para mis adentros a mi ser más positivo, para que la gravedad cero se hubiera restablecido en aquella zona. Solté un suspiro de alivio en cuanto noto como mis pies se levantan del suelo y la puerta se abre lentamente.

Una vez acomodados en la habitación, vuelvo de nuevo a la sala de recuperación lo más rápidamente que puedo, allí hay mucha gente que necesitaba apoyo en esos momentos.

El doctor los acompañaba desde la cápsula donde dormían hasta las cápsulas de recuperación de la sala contigua. Allí intento tranquilizarlos, los acompaño y ayudo a llegar hasta sus dormitorios, y así uno tras otro durante todo el día. Al siguiente día más de lo mismo, sin descansar, dormir o comer durante ese tiempo ayudando en todo lo que podía. Cuando solo quedan dos o tres personas en aquella sala, el doctor me interrumpe mientras le hablo en susurros a un pasajero.

—Vete a descansar, ya me quedo yo —dice mientras posa la palma de su mano en mi hombro.

—Gracias, sí, muchas gracias —contesto.

Tras despedirme educadamente del médico, me dirijo al comedor. Estoy exhausta tras todo el trabajo hecho durante estos días pero estoy muerta de hambre. Ya dormiré más tarde. Cojo una bandeja, con verduras salteadas con carne y arroz, y un trozo de pan, junto con un vaso de agua. Me siento en la primera mesa que veo a mi alrededor, ajena a las miradas de todos aquellos

que están en el comedor.

Tras comer un poco, empiezo a percatarme de que soy el centro de atención del grupo de personas que se reúnen junto a mí por todo el comedor. Empiezo a sentirme incómoda ante tanta atención. Un niño se acerca a mí, le reconozco. Es uno de los niños que horas antes he acompañado junto a su hermana pequeña en busca de sus padres, me sonrío y se acerca más a mí.

—Hola, mi papá y mi mamá me han pedido que venga a darte las gracias por habernos ayudado a mi hermana y a mí.

—De nada cielo. ¿Cómo te llamas?

—Paul. ¿Y tú?

—Yo soy Jane. ¿Qué tal os encontráis tú y tu familia?

—¿Flojos? —dice el pequeño.

—Así es cómo te sientes? —el pequeño asiente con la cabeza—. A mí también me pasó, ¿sabes? —el crío sonrío radiante—. Es lo normal, corre con papá y mamá que te andan esperando.

El niño se gira sobre sus talones y al ver que su familia se mueve, se despide de mí apresuradamente y sale tras de ellos. Segundos más tarde una pareja, aproximadamente de la edad de mis padres, se acerca hasta mi mesa.

—Hola, buenas tardes.

—¿Qué tal, ya se encuentran ustedes mejor? —pregunto con una sonrisa.

—Sí —contesta la mujer.

—Gracias a ti —termina diciendo el hombre—. Somos Mark y Susan Taksons —dice él mientras entrega su mano para estrecharla.

Se sientan en la misma mesa en la que yo me encuentro. Sorprendida y sin saber qué hacer, me termino el último bocado de mi tenedor y empiezo a recoger mi bandeja, solo quiero salir de allí.

—No queríamos molestarte, sabemos que tienes que hacernos unas preguntas y al verte sola queríamos darte las gracias y facilitarte en la medida de lo posible tu trabajo —comenta Susan al observar mi nerviosismo.

—¿Cómo saben ustedes eso?

—Oh, pues lo sabemos todos. Al estar en nuestra habitación nos ha llegado una notificación.

—Ah gracias. Tendré que echar un vistazo más tarde.

—¡Claro! Que tontos somos, no ha tenido tiempo ni de ir a su dormitorio —le explica a su marido entre carcajadas—. ¿Podemos volver más tarde, si te parece bien?

—No, no, está bien. Además va a ser muy rápido —contesto mientras

saco mi cuaderno de notas—. ¿Qué tal ha sido la experiencia, dormir tanto tiempo y viajar tan lejos?

—Nada especial —contesta la mujer.

—¿Y usted Mark?

—Lo mismo, nada especial.

—¿Han soñado ustedes algo mientras dormían?

—No —contestan ambos al unísono.

—¿Qué es lo que sienten después de haber dejado atrás nuestro mundo y todo lo conocido?

—Esperanza, mucha esperanza —contesta la señora tras una sonrisa radiante.

—Alivio por estar vivos —comenta su esposo algo más amargamente. Siento pena por aquel hombre, no debería sentirse así por haber sobrevivido, no es culpa suya pero tampoco debo meterme en terreno desconocido y quiero dar por terminada la conversación.

—Ya hemos acabado. ¿A qué ha sido rápido?

—¿Eso es todo, no tiene que preguntarnos nada más? —comenta Mark aliviado.

—No es necesario, con un poquito de información de cada uno de nosotros se puede realizar un fantástico diario de nuestro viaje —respondo, sintiendo que les debo esa explicación.

Nos despedimos y ellos se van para continuar con lo que fuera que estaban haciendo. Recojo las cosas de encima de la mesa y las llevo hasta el tubo de desperdicios. Cada cara con la que me cruzo al salir del comedor me obsequia con una sonrisa, todos me saludan mientras voy a los dormitorios en busca de mis padres. Antes quiero pasar por mi propio dormitorio.

En la pared de la izquierda sobresale un papel blanco, no consigo ver desde donde sale, pero me acerco allí y lo arrancó. No se aprecia ninguna rendija, ni abertura por la cual haya podido salir aquel papel y leo atentamente.

“A todos los pasajeros de la nave Evasiva, se les informa que tras recuperarse del trance del despertar, serán visitados por una periodista que está realizando un pequeño diario de nuestro viaje. Se trata de Jane Johnston, la reconocerán ustedes de la televisión. Poco a poco todos serán entrevistados y a partir del momento en que lleguemos a nuestro destino, todos los días se pasará una pequeña notificación con lo acaecido hasta el momento. Muchas gracias”. Fin del mensaje.

En cuanto he terminado de leer, el papel simplemente desaparece de entre mis dedos. Salgo de mi dormitorio y voy al de mis padres, pero no están allí. “Habrán ido a comer algo, como todos los demás”, pienso. Empiezo a sentirse cansada de verdad, tanto viajecito para arriba y para abajo está agotando mis fuerzas. Ya en el comedor, encuentro a mis padres que comen tranquilamente en una de las mesas. Me acerco a ellos y me siento a su mesa.

—¿Mamá, papá, qué tal os encontráis?

—Bien cielo —contesta mi madre y acaricia mi cara con el pulgar, un gesto cariñoso de mi madre que agradezco.

—Enhorabuena —dice mi padre—, solo tú podrías encontrar trabajo en el fin del mundo —añade jocosamente.

—Supongo que sí, aunque creo que esto me va a dar mucho trabajo —le contesto a mi padre.

—¿Tú quejándote de no tener tiempo libre? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hija? —pregunta mi madre.

—No te extrañe tanto, es posible que este viaje haya cambiado un poco el espíritu de tu hija —comenta mi padre—. Además, creo que tienes más cosas que contarnos, recuerdo que dijiste que habías pasado estos últimos días con Jack, ¿no es cierto?

Siento que mis mejillas arden ruborizadas ante la atenta mirada de mi padre.

—Sí, antes de meternos en la cápsulas de sueño, me pidió que hiciera ese trabajo y claro... me despertó unos días antes.

—Sea lo que sea, te sienta bien. Sabía que estando Jack aquí, serías más feliz.

—¡Papá, por favor! Ya estamos otra vez.

Y de esta forma, como siempre ocurría entre nosotros, nos enfrascamos en una conversación entre los tres. Vuelvo a contarles otra vez lo mismo que ya les había contado, recuerdan algunas palabras y ahora lo entienden todo mucho mejor. Ya en los dormitorios les doy las buenas noches a mis progenitores y los dejo solos. Me voy de allí con la intención de no dormir sola aquella noche.

Ya de vuelta en el puente de mando, me siento transportada a la primera vez que llegue allí, todo está oscuro y en silencio pero esta vez, Jack está sentado en su butaca, girada y pegada a la isla del centro de la sala. Está muy concentrado en lo que mira a través de aquella pantalla plana. Cuando entro, Jack levanta la mirada y sonríe.

—¡Qué sorpresa! Ya pensaba que no ibas a venir —dice tras una sonrisa triste.

—¿Dónde iba a estar mejor?

—No sé. Tal vez con tus padres.

—Llevo a su lado toda la vida.

—En cualquier caso, me alegro mucho que estés aquí —dice, tras lo cual se levanta y se acerca hasta mí.

Coge una de mis manos y la sube hasta su cuello, dejándola allí, hace lo mismo con la otra, dejándola en el mismo lugar y me agarra de la cintura, arrastrándome contra su cuerpo. Suspiro al sentirme tranquila por primera vez desde que me marché.

—Yo también me alegro mucho, de verdad —digo sinceramente.

Me subo de puntillas sobre mis pies y beso fugazmente los labios carnosos de Jack. Un gesto cariñoso y dulce.

—Ven, vamos a la cama.

—¿Ya has comido? —pregunto.

—Sí, he comido algo —contesta Jack de forma evasiva.

—¿Qué tal ha ido el trabajo?

—Muy aburrido, ¿y el tuyo?

—Frenético, todo el tiempo arriba y abajo ayudando a todas las personas que podía —digo encogiéndome de hombros.

—Lo he visto —dice Jack con una sonrisa en los labios.

—¿Me estás siguiendo? —pregunto mientras me giro y con mis manos apoyadas en las caderas tratando de parecer enfada.

—No me ha hecho falta, desde aquí se controla el circuito de imagen de toda la nave —contesta Jack satisfecho consigo mismo y con la respuesta.

—¿Toda la nave? —pregunto sorprendida.

—Conozco algunos rincones que ya te mostraré —dice con su sonrisa pícaro en los labios.

—Más pronto que tarde, espero —susurro junto a su oído.

“¡Cómo ha cambiado el cuento!”, exclama mi subconsciente.

Jack...

Con un beso apasionado, doy por terminada la conversación, estaba ansioso por estar con Jane. Antes de que llegara contaba los segundos

mientras observaba el ir y venir de ella por la nave a través de los monitores. Deseaba hablar con ella o simplemente estar junto a ella. Todo este tiempo sin ella se ha convertido en un infierno. Hundo las manos en su pelo y la mantengo pegada junto a mi boca, profundizo el beso, Jane gime bajito y pega su cuerpo al mío mientras acaricio su cintura con las manos, la pasión que siento hace que Jane deba ponerse de puntillas para mantener mi ritmo, sus manos suben por mi abdomen hasta mi pecho y rodea mi cuello con las manos, y se apuntala sobre mi pecho. Aprieto el trasero de Jane mientras mi erección presiona contra su estómago, apretujones fuertes y suaves caricias que se entremezclan. Jane está muy excitada y deseo estar en su interior, salta sobre mí y me rodea la cintura con las piernas.

Jane...

—Llévame a la cama, desnúdame —susurro junto a la boca de Jack.

—¿Segura? Debes estar muy cansada.

—Muy segura, no creo que exista mejor forma de relajarme que estando contigo, lo necesito. Te deseo.

Él me complace y conmigo entre sus brazos me lleva a la habitación, me deja sobre la cama y se cierne sobre mí, siento su dura erección contra mi clítoris ya excitado, haciéndome gemir. Mis manos vuelan sobre su pecho, busco la cremallera de su uniforme. Cuando la localizo la bajo de un tirón con un ágil movimiento de mano, sorprendiendo a Jack que gruñe de satisfacción ante la urgencia que demuestro. Introduzco mis manos por el interior del mono de Jack y acaricio su estómago, subo hacia sus pectorales y los hombros, empiezo a deslizar el uniforme por su cuerpo, Jack me ayuda incorporándose sobre mí y se quita el uniforme, quedándose solo con unos bóxer negros muy sexys. Me incorporo sobre los codos apoyándolos sobre el colchón para poder observar el cuerpo de Jack. “Es tan perfecto”, piensa la reportera. “Ese color de piel, la forma de su cuerpo, el pelo negro muy corto y el flequillo que le cae sobre su frente y ligeramente sobre sus ojos como aguas cristalinas, me vuelve loca”.

Es mi último pensamiento antes de que Jack empiece a reptar por mi cuerpo como un felino, y yo soy ahora su comida. Tira de mi camiseta hacia arriba para quitármela, lo siguiente son los pantalones que me quita junto con las bragas. Cuando me tiene desnuda sobre la cama se cierne sobre mí,

cubriéndome con su cuerpo, piel con piel. Mi cuerpo se arquea contra su cuerpo pidiendo que me penetre. Lo hace con una profunda embestida que me impulsa sobre el colchón, sale de mí y vuelve a penetrarme con la misma intensidad, mi cabeza está cada vez más cerca del borde del colchón. Con cada nueva embestida me estremezco de placer, la fuerza, la pasión y la forma que tiene de poseerme me llevan rápidamente al precipicio y entonces de pronto para, dejándome con las ganas, pero sigue en mi interior.

—No. Tan rápido no. Sigue conmigo, por favor. Necesito sentirte —suplica Jack entre jadeos.

Siento que se desvanece el inminente orgasmo, estoy a punto de enfadarme con él por perder esa ocasión, pero la intensidad que puedo ver en sus ojos hace que pierda rápidamente el arrebatado de rabia. Muevo ligeramente las caderas animándolo a continuar, Jack se retira lentamente de mi interior y vuelve a llenarme lentamente, así una y otra vez, exquisitamente lento y delicioso, un baile sensual, él dentro y fuera y yo muevo mis caderas, nuestros movimientos acompasados como uno solo. Calor, fricción, alientos y jadeos mezclados, toda esa emoción y excitación me lleva al orgasmo, liberándome justo en ese momento con un gemido de placer puro.

—Cuanto me alegro de que estés aquí —susurra Jack junto a mi oído.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Porque me alegro mucho, mucho —dice, me planta un sonoro beso en los labios, se incorpora y tira de mí, caigo entre sus brazos—. ¿Una ducha?

—A eso me apunto siempre —contesto con una sonrisa en los labios.

Y juntos nos vamos al cuarto de baño, allí compartimos una ducha refrescante y relajante antes de acostarnos. Jack me acribilla a preguntas, acerca del día, de mi vida anterior, las aficiones que tengo, los libros que he leído y mis películas favoritas. Con cada respuesta que le doy, contraataca con una nueva pregunta para él y así, entre pregunta y pregunta, alguna que otra caricia y muchas sonrisas vamos lavándonos poco a poco. Cuando voy a lavarme el pelo, Jack me interrumpe.

—¿Puedo hacerlo yo? —pregunta tímidamente, algo inesperado en Jack.

—Claro —acepto gustosa.

Coge el bote de champú, lo abre y echa un chorrito en su mano. Extiende el champú por mi pelo y comienza a masajearme suavemente el cuero cabelludo, a continuación enjabona mi largo pelo, tengo toda la cabeza llena de espuma. Cierro los ojos disfrutando de las caricias de sus dedos. Jack tira suavemente de mí para colocarme justo debajo del chorro del agua y así

aclarar toda la espuma, gimo bajito desde el fondo de la garganta al sentir el agua caliente correr por mi cabeza, esto me relaja. Estoy exhausta, tan cansada como las primeras horas después de despertar. Tengo las extremidades lánguidas, los parpados me pesan y tengo que hacer grandes esfuerzos por mantenerlos abiertos, un bostezo se abre paso entre mis labios sin poder detenerlo.

—¿Estás cansada, eh? —pregunta Jack con cariño.

—Mucho.

—¿Quieres ir ya a la cama? —pregunta en el mismo tono.

—Sí por favor, tengo mucho sueño.

—Vámonos, esto ya está —dice soltando mi pelo que tenía entre sus dedos.

Abre la puerta de la ducha y coge dos toallas, la primera se la anuda rápidamente sobre las caderas pero no consigue ocultar su erección.

—Date la vuelta —pide Jack. Me giro quedándome frente a la pared del interior de la ducha.

Una toalla mullida y suave me rodea por la espalda, seguido de los brazos de Jack que me abrazan contra su pecho.

—A dormir —susurra Jack junto a mi oído.

Me giro sobre mis talones, todavía en los brazos de Jack, acerco mi boca a la suya...

—Sí, llévame a dormir.

Capítulo 16

Tras una noche de sueño reparador, me despierto sola en la cama, desnuda pero cubierta por una suave sábana de satén negro. Sé que no me encuentro sola, la puerta del dormitorio está abierta y a través de ella escucho la voz de Jack que habla con San, rápidamente me pongo algo de ropa y salgo al puente de mando.

Jack está sentado en su silla, los brazos apoyados y manejando los mandos de la nave. Está realizando la aproximación al planeta cuando me acerco hasta donde está, me quedo a su lado observando como maneja la nave.

—Buenos días Jack, San —saludo a ambos que no se han percatado de mi presencia allí.

—Hola preciosa —contesta Jack sumergido en su tarea.

—Buenos días señorita Jane —dice la incorpórea voz de San.

—¿Vamos a aterrizar ya? —pregunto entusiasmada.

—Sí —contesta Jack, sigue concentradísimo en lo que está haciendo.

—¿No se supone que se iban a realizar expediciones antes de aterrizar en el planeta?

—Ya las han hecho, señorita —contesta San.

—Vaya, ¿cuándo?

—Estabas profundamente dormida. Y todo ha salido a la perfección —dice Jack.

La nave se encuentra muy cerca del planeta, cuando sufro una visión que nada tiene que ver con mi subconsciente, es tan clara que siento como si me hubiera transportado a otro lugar. Estoy en el mismo sitio de mi sueño pero esta vez no estoy sola, a mis espaldas se encuentra la nave Evasiva, pero miro lo que tengo delante de mí. Veo una hilera de luces blancas muy brillantes. Pronto empezamos a traspasar la atmósfera de aquel planeta y vuelvo al presente y a su lugar. Todo el puente de mando vibra al atravesar aquella neblina gris, mis huesos y músculos tiemblan a su ritmo, es como estar encima de una de esas plataformas de masajes tan famosas. La cosa se calma un poco al traspasar por fin la atmósfera, ante nosotros se despliega el paisaje inhóspito de mi sueño, la tierra es árida y arenosa, entre amarillenta y anaranjada, sin depresiones ni montañas que interrumpen la vista de aquel lugar. Descendemos lentamente en busca de un sitio donde aterrizar, algo no muy complicado teniendo en cuenta el terreno.

Cuando estamos cerca de tomar tierra, algo llama mi atención delante de nosotros, es algo extraño, parece una hilera de puntos de luz que titilan y

refulgen sobre el suelo arenoso, a su alrededor se puede observar un aura transparente que las hace oscilar muy lentamente. “Eso es lo mismo que acabamos de ver”, susurra mi subconsciente. En aquel momento siento por primera vez una necesidad que nada tiene que ver conmigo, necesito estar junto a aquellas luces, lo necesitaba tanto como mi cuerpo necesita el aire y el agua para sobrevivir. Por fin Jack toma tierra.

—¿Qué es eso? —pregunta Jack.

—No lo sé, pero pienso ir a averiguarlo —digo mientras me marchó en dirección a la puerta. Jack me detiene sujetándome del brazo.

—¿Dónde crees que vas, inconsciente?

—Quiero averiguar qué es eso.

—¡Pero estás loca! No sabemos qué puede ser aquello y tampoco las condiciones del planeta, no sabemos si podemos sobrevivir ahí.

—Estoy dispuesta a arriesgarme —digo y me suelto de la mano de Jack sobre mi brazo.

—Te acompañaré —declara Jack y me sigue de cerca, parece que no está dispuesto a que corra ningún peligro.

Caminamos rápidamente uno al lado del otro, Jack va mostrando el camino por donde tenemos que ir. Llegamos a una pequeña habitación con dos puertas a cada lado, cada una con un ojo de buey que deja ver el otro lado de la puerta. De las paredes blancas de aquella habitación, cuelgan unos trajes acolchados que Jack insiste en que debemos ponernos antes de salir al exterior. Nerviosa meto primero las piernas y los brazos en aquel traje acolchado que extrañamente son muy ceñidos al cuerpo, guantes y botas son los siguientes, seguido de un casco pequeño.

—Me siento totalmente ridícula —digo mientras abro los brazos para mostrar a Jack mi aspecto.

—Pues por extraño que te parezca, creo que estás muy sexy así vestida.

—¡Vamos a ver qué es eso de ahí fuera! —digo para acabar rápidamente con el asunto.

Jack se acerca hasta la puerta contraria por la que hemos entrado, esta da a la misma sala donde días atrás, Jack y yo salimos al espacio en la pequeña nave auxiliar. Esta vez nos dirigimos a otra puerta, esta se baja lentamente dejando al descubierto el planeta, puedo sentir el calor a través del traje mientras el aire y la luz penetran en la nave dejándonos momentáneamente cegados. Cuando la puerta está completamente abierta y debido a la impaciencia que me consume, desciendo rápidamente por la rampa

hasta pisar la tierra. Jack me sigue un paso por detrás. Delante de nosotros se encuentra la hilera de luces que tanto nos había llamado la atención. Siento que me llaman, necesito estar más cerca de ellas y dispuesta a conseguirlo me giro hacia Jack que me mira intensamente, como si creyera que me estoy volviendo loca.

—Voy a acercarme hasta allí —digo en dirección a Jack. Este asiente casi imperceptiblemente, pero no dice nada.

Cuando comienzo a caminar en dirección a las luces, Jack me sigue. No pretende dejarme sola y expuesta a alguna clase de peligro. Una de las luces, la que estaba en el centro, avanza hacia mí. Jack se pone tenso a mi lado, lo noto pero lo ignoro, no puedo y tampoco quiero concentrarme en Jack en aquel preciso momento, me he dado cuenta que aquella luz va cambiando a medida que me acerco a ella. Van apareciendo sombras donde antes solo existía luz. Parece que se está formando una silueta con forma humana.

“Bienvenidos a nuestro hogar”, resuena con fuerza una suave y dulce voz en mi cabeza.

Continuará en... Un amor en el nuevo mundo

—¿Has oído eso? —pregunto a Jack sorprendida.

—No. ¿Qué has oído?

—Creo que eso que tenemos delante, se está dirigiendo a mí —susurro solo para Jack.

“Solo usted puede escucharme, señorita Johnston”, esa dulce voz vuelve a dirigirse de nuevo a mí.

Estoy asombrada y anonadada, siempre tengo bajo la manga un comentario mordaz o inteligente ante cualquier situación, sin embargo me he quedado muda. Pero esto no es una situación cualquiera. Estoy frente a una forma de vida desconocida para la humanidad, que además se está comunicando conmigo y sabe mi nombre.

“Tranquilícese, se lo explicaré todo”, dice de nuevo esa voz que escucho solo en mi cabeza y que trata de calmarme.

—Creo que estoy en estado de shock —digo, aunque esto es solo algo para mí, no dirigido a nadie. Giro sobre mis talones mirando directamente a Jack—. Creo que quiere hablar conmigo.

El ente sigue cambiando sutilmente, ahora predominan las sombras, parece menos etéreo. A mi espalda, empiezo a escuchar un rumor de voces que hace que ambos nos giremos para ver lo que ocurre, en la puerta de entrada de la nave ha comenzado a congregarse un grupo de gente.

“¿Me acompaña, por favor?”, me pide la voz dentro de mi cabeza. Asiento sin saber qué más añadir y doy un paso en dirección al ente, Jack hace lo mismo pero le detengo sujetándole del brazo.

—No, en cuanto acabe con esto, voy a buscarte —Jack pone mala cara pero asiente y se vuelve en dirección a la nave—. ¿Puede oírme? —pregunto indecisa y sintiéndome estúpida al no saber cómo dirigirme ante lo que tengo delante.

—Sí, puedo escuchar tu voz y tus pensamientos —dice el ente hablándome directamente—. También puedo comunicarme contigo solo con el pensamiento —resuena esta vez dentro de mi cabeza.

Resultaba aterrador y fascinante al mismo tiempo ver cambiar a aquel ser extraterrestre delante de mis ojos, las sombras dejaban paso a una boca que se formaba junto con la cabeza y cuello de una forma humanoide hasta el momento.

—¿A qué se debe esta bienvenida?

—Hace mucho tiempo que os esperábamos.

—Explíqueme eso, por favor.

—Estamos conectados con el Universo, señorita. Conocíamos el final

del planeta Tierra y hemos estado pendientes de vuestra evolución.

—¿Por qué nosotros?

—La civilización humana es muy joven, pero sabemos que tiene potencial, solo necesita una pequeña guía para sobrevivir.

Avanzamos lentamente sobre el terreno alejándonos de la nave, vuelvo momentáneamente la cabeza para poder ver lo que ocurre a mi espalda, las luces que habíamos dejado atrás, están emparejadas con otras personas. El único que está sobre la rampa es Jack, que lo observa todo desde la distancia. Le saludo tímidamente con la mano, Jack inmediatamente responde a mi saludo, lo que arranca una gran sonrisa a mi cara. Una pequeña fluctuación en el ente hace que vuelva la mirada hacia esa cosa. Está cambiando más rápidamente, ahora puedo distinguir unos pies y unas pantorrillas, delgadas pero fibrosas aunque el color no es el esperado, tienen un color verde oscuro, como el color de las botellas de vino antiguas, esas que mi padre guardaba en la bodega. El torso comienza a coger forma, muslos, caderas y brazos lo siguen y finalmente la cabeza.

Ha dejado de ser un ente de luz andrógina para convertirse en un ser humanoide bastante atractivo. El rostro de aquel ser, pese a su color, se parece demasiado al rostro de Jack. La forma de la cara y de la mandíbula, la nariz, si hasta el color de los ojos, es el mismo color que los de Jack, no tiene pelo, solo una brillante calva verde oscuro.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias en primer lugar a José Luis Victoria por darme esta oportunidad, sin esa confianza esta novela no estaría entre nuestras manos. Gracias también por tu paciencia, he sido un poco pesada además de despistada.

Por supuesto a mi marido Carlos, que siempre ha estado para ayudarme y centrarme en un único camino. Mi primer lector, que siempre me ha apoyado y que ha tenido que soportar mis cambios de ideas, de humor y alguna decepción con paciencia y cariño.

A mis padres, quienes han confiado siempre en mí.

A Pedro y a Isabel, gracias amigos por haber estado siempre ahí, animándome para que no dejara en el empeño.

Gracias a todos los familiares y amigos por acompañarme siempre.

Por último, pero no por ello menos importante, quiero dar las gracias a un pequeño grupo de personas; Paloma y Rai, Javi y Marta, Enrique y Rosa, siento en mi corazón que haberos conocido le ha dado un nuevo impulso a mi vida.

¡Gracias!